

JEAN-GABRIEL CAUSSE

*El día  
que amaneció  
sin colores*

NOVELA



JEAN-GABRIEL CAUSSE

El día que amaneció  
sin colores

Traducción de  
Paz Pruneda

Grijalbo **narrativa**



SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para aquellos que ven con el corazón*

## Érase una vez en el planeta azul...

Una serie de ondas de una frecuencia de quinientos ochenta nanómetros excita los conos medios del sistema visual de Arthur Astorg, provocando una actividad eléctrica que atraviesa su cerebro hasta la zona V4 de la corteza visual.

Es el color verde el que le causa ese efecto. O, más exactamente, el color verde manzana de las gafas de sol de su vecina, a la que observa con insistencia, y sin siquiera ocultarse, tras la gran ventana abierta. Pero lo que más le fascina no son sus pequeños senos firmes ni el cuerpo perfectamente proporcionado que se adivina bajo el albornoz entreabierto, sino que lleve en el interior de su casa esas grandes y deslumbrantes gafas.

A escasos metros de él, ella teclea frenéticamente en su BlackBerry. La joven se pasea a menudo en ropa interior por su apartamento del Distrito XIV desprovisto de cortinas, y siempre con las gafas puestas. Arthur sueña con frecuencia que se las quita con delicadeza para descubrir sus ojos. Sin embargo, su sueño acaba ahí, ya que siempre se despierta en ese momento. Suele cruzarse regularmente con ella por el barrio, la mayoría de las veces lleva de la mano a su hija de cinco o seis años, pero nunca se ha atrevido a abordarla. Él, en otros tiempos tan seguro de sí mismo, ya no es más que una sombra gris de lo que fue.

Desde que vino al mundo, Arthur ha sido la cobaya de un ángel de la guarda de espíritu bastante retorcido. Un ángel que hizo que naciese a la izquierda: en la orilla izquierda del Sena —para que comprendiera desde niño la

importancia de la cultura—, en el seno de una familia acomodada de intelectuales de izquierdas, y que incluso decidió que fuera zurdo. En todo caso y de forma inconsciente, él siempre ha pensado que no era exactamente como los demás.

Su ángel de la guarda de izquierdas ha demostrado ser además muy diestro. Le proporcionó una cara atractiva y modeló su nariz a base de los golpes recibidos en los partidos de rugby, hasta darle un aire a lo Belmondo que hizo que se multiplicasen sus conquistas femeninas en los colegios privados de Saint-Germain-des-Prés y, más tarde, en una escuela de negocios de cierto prestigio. Su ángel de la guarda le dotó, asimismo, de un talento ligeramente superior a la media en todo aquello que decidía emprender. Rugby, estudios, trayectoria profesional, haciendo que su ángel fuese sumando cruces en la columna del Haber. Así, tras acceder al puesto de comercial en el departamento internacional de una empresa emergente, había conseguido triunfar al cumplir los treinta. Sin hijos, sin una relación estable, Arthur era demasiado egocéntrico para tener un perro o un pez rojo. Las únicas cosas que conservaba eran su colección de whiskies ambarinos japoneses y su tarjeta platino para acumular sus millas de vuelos. Esta última le permitía recorrer una y otra vez la alfombra roja que conducía a los mostradores de facturación de clase *business* de todos los aeropuertos del mundo, donde no podía evitar mostrar cierto aire de superioridad al pasar ante los viajeros que hacían cola sobre una vulgar moqueta gris. Estaba convencido de que los demás contemplaban su envoltura carnal de metro ochenta como quien mira un piso piloto con forma humana, donde les habría encantado amar y vivir.

Sin embargo, un día, su ángel de la guarda decidió teñir su vistoso plumaje nada menos que de un tono betún. Desde ese momento todo se precipitó. Arthur se enamoró de una mujer que lo despreció como a un calcetín viejo. Aquello sucedió en la misma época en que sus padres decidieron rehacer sus

vidas cada uno por su lado y él se quedó justo en medio de los dos. Su padre vivió una segunda juventud al encapricharse de una joven que podría haber sido su hija. En cuanto a su madre, se marchó a meditar sobre la condición humana a un monasterio en la India, y nunca más volvió a dar señales de vida. Fue entonces cuando Arthur comenzó a beber. Cada vez más. Dejó el rugby, pero no el «tercer tiempo» del partido, en el que todos los jugadores se iban a tomar algo juntos. Las señales verdes adoptaron progresivamente un tono verde botella mucho más sombrío.

En apenas unos meses, perdió su trabajo, sus amigos, la confianza en sí mismo y el carnet de conducir, tras haber dado positivo con dos gramos de alcohol en sangre en un control de alcoholemia. Dos gramos que le han llevado a echarse encima unos veinte kilos.

Tres años más tarde y tras numerosas citas frustradas, la Oficina de Empleo le ha amenazado con eliminarle de su lista si no se presenta en Gaston Cluzel, una vieja fábrica de lápices de colores situada en Montrouge que necesita un comercial. Arthur sigue aferrado a la idea de encontrar un puesto en un gran grupo internacional o en alguna empresa emergente, pero, si quiere continuar cobrando el paro e impedir que los números de su cuenta bancaria viren hacia el color escarlata, no le queda otra elección que aceptar el trabajo.

La fábrica Gaston Cluzel contaba con trescientos trabajadores después de la guerra y cerca de trescientos menos el día en que Arthur se presenta ante Adrien Cluzel, bisnieto del fundador, quien busca desesperadamente al hombre providencial que pueda salvar su empresa.

Como es de rigor, una entrevista de trabajo debe prepararse de antemano. Para descartar cualquier posibilidad de que le acepten, Arthur ha decidido vestirse con ropa de los tonos más chillones: una vieja camiseta color zanahoria, unos zapatos rojo anaranjado, un pantalón amarillo verdoso y calcetines azul cerúleo. Incluso se ha permitido la coquetería de ponerse un calzoncillo color berenjena, un bonito color que se ha extendido hasta sus mejillas tras beberse de una sentada una botella de Côtes-de-Provence.

Cluzel le recibe en la entrada de la fábrica y le pide que le siga hasta su despacho. Al primer vistazo, este comprende que las curvas de venta no tienen ninguna posibilidad de revertir su tendencia descendente con ese aspirante disfrazado de arlequín que sube las escaleras jadeando.

—¿Arthur Astorg? Veo que está inactivo desde hace tres años.

—No estoy inactivo. Me paso todo el día dedicado a la contemplación. ¡Y en particular contemplando el color!

—¿Cómo dice?

—Sí, tomemos como ejemplo los lápices de colores —continúa Arthur—. Los genios como Matisse, ToulouseLautrec o Picasso los utilizaban en algunas de sus obras. ¿Lo sabías? —añade tuteándole deliberadamente.

Cluzel, que se cuestiona seriamente si Arthur no se estará cachondeando de él, ignora la pregunta y el tuteo.

—El trabajo para el que se postula consiste en desarrollar el volumen de negocio de nuestra gama de lápices...

—¡Cuánta responsabilidad! ¿Sabes que la palabra «*crayon*» proviene del francés antiguo «*créon*» que quiere decir «tiza»? —Hace una pausa antes de propinar la estocada definitiva con su voz más lírica—: Creamos con la tiza. ¡Creamos con los lápices! Este lugar es sin duda el génesis de la creación.

Cluzel entreabre un poco más la boca, traga saliva y suelta empleando el «plural»:

—Muchas gracias, ya le llamaremos.

De hecho, es la trabajadora de la Oficina de Empleo quien vuelve a llamar a Cluzel para informarle de que ese candidato, como parado al que se le acaba la prestación y gracias a las ayudas para la reinserción laboral, no le costaría prácticamente nada a la empresa que decida contratarlo.

Y así es como Arthur comienza muy a su pesar su carrera como representante comercial. Él, que en otros tiempos firmaba contratos internacionales, ya no es capaz de convencer a una simple papelería de barrio para que le compren algunas cajas de Gaston Cluzel. Todas las mañanas se despierta prometiéndose a sí mismo dejar de beber y, todas las tardes, su promesa se ahoga en etanol. Se siente absorbido por un agujero negro.

Cuando, tres meses más tarde, Cluzel lo llama a su despacho para despedirle por su falta de resultados, Arthur rompe a llorar. Lágrimas alcoholizadas resbalan por sus mejillas. Lágrimas sinceras. Por primera vez en su vida, se deja ir. Ha tocado fondo, y lo sabe. Y, contra todo pronóstico, le encanta esa sensación de haberse encontrado a sí mismo, de ser por fin honesto con su propia persona. Abandona su ego. Está listo para remontar la pendiente.

—Se lo suplico —ruega con apenas una vocecilla tras haberse sonado con

la manga—, deme una oportunidad.

Adrien Cluzel no siente ninguna compasión, pero tampoco le despide. Lo convierte en chivo expiatorio y se lo hace pasar de todos los colores, enviándolo a supervisar la cadena de producción. Como empleado, Astorg le cuesta muy poco, dado que una parte de su salario depende de las ventas realizadas. Cada día, Cluzel experimenta un perverso placer al contemplar ese cuello blanco bajo el mono azul de trabajo. La mayor parte del tiempo Arthur controla la fabricación de lápices sentado en un taburete alto. Para atenuar la monotonía, un viejo aparato de radio con el mando del dial medio roto marca el ritmo de su jornada. Ese compañero de voz metálica taladra sus tímpanos, desde la mañana hasta la tarde, con las emisiones de France Inter.

*¿Se han fijado que en Occidente cada vez usamos menos colores para vestirnos? ¿Por qué se ha impuesto esa moda del blanco y negro en nuestro vestuario? Puede que todo comenzara en 1860, en Inglaterra. A Eduardo VII, todavía príncipe de Gales, le encantaba fumar puros, pero su mujer siempre se quejaba del olor a tabaco que impregnaba su ropa. Así pues, el príncipe pidió a su sastre que le confeccionara un atuendo especial con el que poder jugar a las cartas y fumar en su club londinense. Y de ese modo nació el esmoquin que los nobles ingleses adoptaron enseguida. ¡Qué audacia para la época llevar los mismos colores que las personas del servicio doméstico! Esa indumentaria de pingüino atravesó rápidamente el Atlántico. Los neoyorquinos la adoptaron en masa a finales del siglo XIX, y se convirtió en la vestimenta masculina por excelencia en las veladas más elegantes y en los bailes de caridad. Y aún en nuestros días resulta obligatorio para ascender la escalinata del festival de Cannes. Y, además, basta con recordar a James Bond, el más elegante de todos los hombres, del que no hay una sola película en la que no aparezca vestido con su famoso esmoquin. Veamos ahora los colores que llevan hoy en día nuestros grandes modistos que simbolizan la moda. Desde Karl Lagerfeld hasta Marc Jacobs pasando por Chantal Thomass, todos van vestidos de negro o de blanco y negro. Hasta el mismísimo Jean-Paul Gaultier ha abandonado su camiseta de rayas marineras azules para llevar traje y corbata negros.*

*¿Y qué papel han jugado las mujeres en todo ello? Tras la Primera Guerra Mundial fueron muchas las que se decidieron a vestir de luto en señal de duelo por sus esposos. Por esa época, la moda femenina seguía, sin*

*embargo, la propuesta de colores vivos de un tal Paul Poiret, hasta el día en que Coco Chanel creó su famoso vestido negro de tarde, que apareció en la portada de Vogue en 1926. Por supuesto ese color causó un gran revuelo, pero las mujeres, que en esos años locos querían emanciparse, lo encontraron de su gusto. Más tarde, Audrey Hepburn y Catherine Deneuve, entre otras, se convirtieron en las más bellas embajadoras del vestido negro. Para Karl Lagerfeld, esa prenda será siempre «la base de la base del estilo».*

*Añadan ustedes la influencia en el fondo de armario de ambos sexos de numerosos fenómenos de moda populares: las chupas de cuero negro de los motoristas en sus Harley-Davidson, o incluso a los Sex Pistols enarbolando el «No Future». Amigos oyentes, ¿acaso nuestra sociedad ve el futuro de color negro?*

*Hasta la semana que viene.*

Sylvie, la productora, le toca en el hombro para indicarle que el micrófono se ha cerrado.

—¿Simboliza el negro el «No Future»? —repite Sylvie—. ¡Eso es terrible!

—Si esta amenaza hace que la gente se vista con prendas más coloridas, me sentiría feliz —responde Charlotte encendiendo su BlackBerry.

Sylvie tiene treinta años clavados. O eso fue lo que decidió decir hace ya casi quince, confiando a las agujas del Bótox la tarea de bloquear las del tiempo. El día en que Charlotte le pidió permiso para tocar su rostro, le costó un mundo no dejar traslucir sus sensaciones. A pesar de los rasgos regulares, aquel rostro, bajo la gruesa capa de maquillaje, le pareció deforme. «Estás magnífica», había mentido Charlotte para no herirla.

Gracias al audio, Charlotte accede rápidamente a la pantalla de su

BlackBerry y le muestra las fotos que ha tomado a voleo el día antes. La mayoría están mal encuadradas, pero en una de ellas se reconoce perfectamente a Arthur, con una cerveza en la mano.

—Tomé estas fotos ayer desde mi ventana. ¿Qué ves?

—A un vecino que te devora con los ojos.

—¿A quién se parece?

—A un pervertido sexy —responde la productora con un brillo en sus ojos azules—. Alguna otra vecina a la que no le gusta que le espíen ha debido de propinarle un buen cabezazo en la nariz. Me encanta...

Charlotte repone, enfadada:

—Ya me parecía notar una presencia.

—¡Tienes ojos en la nuca mucho más desarrollados que los nuestros!

—No más que todos aquellos que escuchan sus presentimientos —contesta ella reajustándose sus gafas verde manzana.

Si Charlotte Da Fonseca se ha convertido en una de las mayores especialistas en el color, se debe ante todo a una simple provocación. Durante sus estudios superiores en neurociencia, su director de tesis, al que no soportaba, le preguntó un día cuál iba a ser el tema de su investigación para el doctorado; a lo que ella respondió sin vacilar: «El color».

—¿Está bromeando? —se sorprendió el profesor.

—¿Por qué? —había replicado con una voz casi tan dulce como su sonrisa—. Sabe tan bien como yo que el color no es más que una ilusión. Que, como bien dice Michel Pastoureau, no existe más que cuando lo contemplamos. No hay dos personas en la tierra que vean exactamente igual los mismos colores. En cuanto a mí, no me dejo engañar por esa ilusión, y por lo tanto poseo la capacidad de aportar una perspectiva que usted no tiene.

Y, a partir de ese momento, el profesor universitario empezó a verla como la brillante estudiante que era, y no solamente como una chica ciega muy

bonita que se paseaba con un perro. Él la ayudó y la animó como no lo había hecho con ningún otro alumno. Tres años más tarde, Charlotte entraba por la puerta grande del Centro Nacional de Investigaciones Científicas como investigadora de primera clase. Unos meses después, Mehdi Tocque, el redactor jefe de France Inter, tuvo noticia de ese perfil atípico y quiso reclutarla. Tenía en mente unas crónicas de divulgación de los últimos descubrimientos científicos sobre el color, salpimentadas con algunas anécdotas históricas de las que tanto gustan al gran público. Antes de aceptar, Charlotte puso una sola condición: que su hándicap no se utilizara como una estrategia de marketing para la radio. Estuvo a prueba durante un mes, al final del cual su crónica resultó ser una de las más escuchadas.

Tras el nacimiento de su hija, Charlotte se puso a disposición del CNRS para dedicarle el mayor tiempo posible. Su notoriedad mediática le permitía publicar en numerosas revistas y ganarse cómodamente la vida, incluso cuando siempre había renunciado a las conferencias o a las invitaciones para aparecer en televisión. Se negaba a que el tema se focalizara en su condición de invidente, en lugar de centrarse en los avances de la ciencia sobre la percepción de los colores.

Por lo que tan solo los empleados de la emisora y las personas más próximas a ella saben que la voz que explica, por ejemplo, que desde un punto de vista puramente físico y contrariamente a nuestra percepción el azul es un color más cálido que el rojo, pertenece a una persona que jamás ha visto ni el rojo ni el azul.

Como cada mañana a las ocho en punto, Adrien Cluzel repasa su peinado ante el reflejo de la vitrina que contiene la colección completa de lápices de colores Cluzel de cada época. Con gran meticulosidad, posiciona el largo mechón castaño que nace por encima de su oreja izquierda para, pasándolo sobre la cabeza, repartirlo sobre la oreja derecha, y luego busca desesperadamente algún cabello blanco, de los que se dice tienen la ventaja de no caerse tanto. «Con tantas preocupaciones como tengo al menos podría encontrar alguno», piensa. Pero no, no hay ninguno. Los cabellos de Cluzel están todos pigmentados y únicamente se dedican a desprenderse como las hojas de otoño a cuyo color se asemejan. Ha contado siete en su peine. Al otro lado de la ventana, los árboles muestran un extraordinario tono rojo anaranjado.

Se reajusta su ancha corbata de rayas aguamarina y blanca y sale de su despacho acristalado desde el que domina la pequeña fábrica.

Cuatro generaciones de niños han aprendido a colorear con los lápices Gaston Cluzel; cuatro generaciones, salvo la última, que prefiere colorear en un iPad o cuyos padres han escogido comprar lápices de colores más baratos fabricados en China.

«Tengo la impresión de dirigirme al cadalso», piensa al descender la escalera color azul cobalto. En sus manos, lleva un sobre de papel de estraza para cada uno de sus empleados.

—¡Reunión! —grita.

Ante la media docena de personas que se agrupan en la sala de máquinas modera su tono.

—Les he reunido aquí para anunciarles una noticia que presumen desde hace tiempo.

(Lo que todo el mundo presume, más que nada, es que Cluzel disfruta salpicando sus frases con palabras ampulosas para demostrar que es el jefe.)

—Ya saben que, ante la perspectiva de una liquidación judicial para el año en curso, he hecho lo imposible para evitar que nos hundiéramos, aunque no haya servido de nada.

—Esto tiene mala pinta —traduce Arthur en voz baja.

—¡Cállese, Picasso! ¡Y apague esa radio! ¿Por dónde iba? Ah..., sí. Todos ustedes temían que pudiéramos ser absorbidos por alguna multinacional sin escrúpulos. Pues bien, ¡eso no va a suceder! —declara en un tono mitad victorioso mitad derrotista—. Técnicamente, desde ayer nos encontramos en una situación de cese de actividad —añade bajando la voz.

Cluzel deja que su mechón rebelde oculte sus ojos enrojecidos por la angustia de los días negros. La andadura de Gaston Cluzel termina ahí, con él, pero su educación le obliga a mantener una actitud de jefe. Sin embargo, también es heredero de una coqueta casa solariega en Cabourg y de un chalet en la montaña, lo que sin duda contribuirá a poner una nota de color en su jubilación anticipada. Sin decir palabra, distribuye los sobres marrones.

—Continuaremos fabricando todo lo que se pueda fabricar y luego pararemos —deja caer antes de regresar a su jaula acristalada.

*Alerta en lemonde.fr:*

*Actualmente más de la mitad de los coches vendidos en el mundo son de color blanco.*

Charlotte se había llevado un disgusto enorme al perder a su labrador Caramelo, siete años atrás. Las nueve escuelas francesas dedicadas a entrenar perros guía para ciegos apenas daban abasto para responder a todas las peticiones, debido a la falta de donativos suficientes y a familias dispuestas a acoger a los cachorros durante su período de formación. Sabía que tendría que esperar varios años para conseguir un perro. Pero quería tanto a su fiel compañero que le daba igual. Para vivir su duelo, había decidido marcharse sola a Nueva York y festejar allí el Año Nuevo.

Nunca se había sentido especialmente incapacitada por su ceguera. Era obvio que le faltaba un sentido, pero sus otros cuatro estaban tan agudizados que su principal problema era tener que enfrentarse a esa mirada un tanto compasiva de los «videntes» con los que se encontraba. Cuando alguien la calificaba de «invidente», ella le corregía afirmando que prefería la palabra «ciega». Para ella, ese eufemismo tan solo evidenciaba la incomodidad de su interlocutor, cosa que Charlotte tenía muy asumida.

En Times Square, rodeada por una multitud de decenas de miles de personas, había plegado deliberadamente su bastón blanco ocultándolo en su bolso colgado en bandolera. El ambiente era campechano, alegre, despreocupado. A medianoche los gritos deseando un feliz año resonaron por todas partes y en todos los idiomas. Un joven de unos veinte años, a juzgar por su voz, había lanzado un «*happy New Year*» con acento del Bronx, al que ella se apresuró a contestar con el fin de entablar conversación y conocerle, pero él ya se había alejado, prodigando sus buenos deseos a todos aquellos con los que se cruzaba. Y no había sido el único. Voces graves, agudas, jóvenes,

ancianas repetían el mismo «*happy New Year*». Charlotte había soñado desde hacía mucho tiempo con ese momento. Y no obstante aquella cacofonía la hacía sentirse incómoda. Le recordaba a los músicos cuando tratan de afinar sus instrumentos antes de un concierto. Aquello sonaba falso, casi ridículo. Cada deseo se transformaba en un acúfeno que torturaba sus oídos. Eran las doce y diez de la noche. Cuanto mayor era la multitud, más sola se sentía. La peor soledad es la que uno siente estando acompañado. Se negaba a imitar a esos papagayos. Solo deseaba salir de allí, regresar a su hotel. Desplegó su bastón y se alejó con paso decidido, tocando con la punta de caucho blanco los zapatos de los juerguistas ya achispados. Cuando por fin se encontró en una calle algo más tranquila, sintió que los latidos de su corazón se apaciguaban y se relajó a medida que el ruido disminuía.

Oyó un chirrido de frenos. Una voz con fuerte acento hindú le habló a través de la ventanilla abierta de un coche.

—*Need a cab?*

Reconoció el aroma del perfume, Eau sauvage. Del interior le llegaban fragmentos de una música brasileña. Un taxista, probablemente hindú, que vivía en Nueva York, usaba perfume francés y conducía al son de la bossa nova. Eso era lo que buscaba en aquel viaje: experiencias inesperadas.

—*Yes* —contestó sencillamente, agarrando sin dificultad el picaporte de la puerta.

Se estaba bien allí, acunada por esa música lánguida. La calefacción, que debía de estar a tope, contrastaba con el frío del exterior. No habría querido hallarse en ningún otra parte más que ahí, en aquel taxi.

—*Where do you want to go?* —le preguntó el taxista con una voz que resonó por todo el cuerpo de Charlotte.

Se escuchó responder espontáneamente:

—*In your arms.*

Y así fue como, en la parte trasera del taxi dieron la vuelta al mundo con numerosos desvíos hasta el séptimo cielo. Nueve meses más tarde nacía Louise. Charlotte ni siquiera conocía el nombre de pila del padre. Sabía por la tarjeta amarilla y negra que aún guardaba en su bolso que se llamaba A. Goulamali. «A» de Abha, ¿la luz? ¿O tal vez Abhra, la nube? ¿O Arvind, el loto rojo?

Se prometió que algún día retomarí­a el contacto con el padre de su hija. ¿Curiosidad? ¿Fantasmas? ¿Reconocimiento? ¿Culpabilidad por haber tomado «prestado» sin su consentimiento un espermatozoide especialmente osado? En lo más profundo de su ser, sabía que algún día Louise le plantearía LA pregunta. Era inevitable. Pero, por el momento, Charlotte aún no sabe qué le dirá. ¿Contarle la verdad y arriesgarse a provocar graves conflictos en una familia neoyorquina si ella trataba de conocerlo? ¿O mentirle pretendiendo ignorar quién es su padre?

Sylvie repara en el pasaporte que sobresale del bolso de Charlotte.

—¿Se va a encargar tu padre de cuidar a Louise?

—Sí, acaba de instalarse unos días en casa.

—¡Tienes mucha suerte! A mí también me encantaría visitar Nueva York.

—Debo confesarte que siento un pequeño nudo en el estómago.

—¿Cuándo vas a ver a tu bello hindú?

—Aterrizaré mañana por la mañana al amanecer. Va a venir a buscarme al aeropuerto.

—¿Y sabe quién eres?

—¡Claro que no! Le he llamado como cualquier cliente lo haría si necesitase un taxi.

—¿Has reservado en algún hotel o vas a dormir en su coche? —se burla

Sylvie.

—¡Cómo te odio! —bromea Charlotte pellizcando el brazo de la productora  
—. ¡Todavía no sé si estaré aquí la semana que viene!

—¡Eso me trae sin cuidado! Has dejado más de una decena de crónicas grabadas. ¡Ay, mi brazo!

Aunque se lo esperaba, Arthur se queda estupefacto. Sin atreverse a abrirlo, contempla el sobre marrón depositado al lado del viejo aparato de radio. Sube el volumen a tope y se dirige hacia los peroles que se encuentran al principio de la cadena, los que están dedicados a la fabricación de minas. Cada uno de ellos tiene atribuido un color. En esas veinticuatro enormes marmitas centenarias de cobre bullen a fuego lento las últimas existencias de aditivos, gomorresinas y ceras. Únicamente falta incorporar los pigmentos de color al final de la cocción.

Tras haber efectuado un rápido inventario de los estantes donde no quedan más que algunas planchas de cedro, Arthur calcula que, en el mejor de los casos, solo podrán fabricar un millar escaso de lápices. Sin embargo, aún quedan gran cantidad de pigmentos de color embalados en papel celofán transparente y cuidadosamente clasificados respetando el orden del arcoíris.

Los pigmentos son la parte más importante y costosa en la fabricación de un lápiz. Como medida de ahorro, Cluzel había exigido que se redujeran ligeramente las cantidades de pigmento y, en consecuencia, la calidad de los lápices se había resentido: para conseguir un color fuerte se requerían más pasadas con el lápiz, pero nadie se había quejado.

Arthur espera a que el agua hirviendo se evapore de los peroles y cuando la consistencia de la pasta le parece la adecuada vierte en el primero la dosis recomendada por Cluzel, de setecientos cincuenta gramos de pigmento. Pero entonces cambia de opinión y decide incorporar todas las existencias de pigmento amarillo, alrededor de doce kilos. ¡Quince veces más de la dosis recomendada por ese roñica de Cluzel! Arthur, que desea rematar su trabajo

con brillantez, se dice que al menos los últimos lápices serán de buena calidad.

Repite ese mismo proceso con cada uno de los veintitrés colores restantes.

Vuelca el primer perol en la cadena de producción. La pasta, aún blancuzca en ese estadio, cae bajo las cuchillas y luego es comprimida y enviada a la máquina extrusora, que la prensa con el diámetro de la mina.

La pasta toma entonces la forma de una mina sin fin que se desliza por una cinta transportadora. Luego se sumerge en un baño de cera química que intensifica los colores. ¿A qué se parecerá la mina con semejante cantidad de pigmento? Aquello preocupa algo a Arthur, que se asombra al comprobar, cuando ya es demasiado tarde, su gran conciencia profesional. La mina cambia suavemente a un tono crudo, luego al marfil, para adquirir un matiz de cáscara de huevo y luego al del azufre, seguida de una tonalidad amarillo junquillo hasta alcanzar un amarillo primario esplendoroso. Ahora posee a lo largo de una decena de metros una increíble saturación. El mismo milagro se produce con cada una de las minas. La intensidad del azul sobrepasa el azul ultramar. Rojo, rosa, amarillo, naranja, violeta... Cada color cobra una profundidad abismal.

Arthur sigue el recorrido automatizado. Las minas, cortadas cada dieciocho centímetros, se van incorporando y encolando una a una a las láminas de madera de cedro de California en las que se han tallado unas ranuras en sentido longitudinal. Cada mina ocupa su lugar en la ranura. Una segunda lámina de madera es pegada sobre esta, recubriéndola como la tapa de un sarcófago.

Un poco más adelante, otra máquina esculpe el conjunto en forma hexagonal y talla la mina. Y, por último, una impresora serigrafía el logo de Gaston Cluzel en el lápiz. Cuando ya están terminados, los lápices son empujados hasta una bandeja. Solange, en el extremo de la cadena, los supervisa uno a

uno y los coloca en sus estuches siguiendo un orden preciso. Los gestos de la más veterana de la fábrica son meticulosos, cuidadosos, pero un poco menos rápidos que de costumbre. Como cada día, aspira el olor de la madera que se mezcla con el de los colorantes, más químico. Ese efluvio que tanto le incomodó la primera vez que llegó a la fábrica, treinta años atrás, se ha convertido, sin embargo, en una especie de droga, y Solange se pregunta si podrá vivir sin él. El fin de semana echa en falta ese olor. Su ausencia le recuerda su soledad. Lleva sus sesenta años con discreción, con rasgos que no son ni hermosos ni feos, y mantiene una talla mediana. Su coquetería sin ostentación y sus palabras siempre moderadas le permiten pasar inadvertida. Es necesario buscarla para saber si está ahí, salvo hoy, en que sus largos suspiros acompañan ruidosamente cada una de sus respiraciones. A Arthur no se le ocurre nada mejor para consolarla que tenderle a intervalos regulares un pañuelo de papel.

Ajay se sube al taxi y arranca su Checker Marathon de 1982, uno de los últimos vehículos de ese modelo, fabricado por la empresa de Kalamazoo, Michigan. Ochocientas revoluciones por minuto. Deja ronronear el motor, cierra sus ojos almendrados y ve bajo sus párpados cerrados una mancha violácea parpadear al ritmo del motor. Sus labios se ensanchan imperceptiblemente en su apacible rostro. Se siente bien. El motor se va calentando. Ochocientas cincuenta revoluciones por minuto. La mancha aparece ahora de forma continuada, adquiriendo poco a poco una tonalidad púrpura. Ajay, con los ojos aún cerrados, comprueba que la palanca de cambios está en punto muerto y acelera ligeramente. Mil revoluciones por minuto. La mancha marrón se torna al instante de color naranja; el mismo color de su propia voz. Acelera un poco más, al tiempo que el color evoluciona cubriendo prácticamente el conjunto del espectro. A cuatro mil revoluciones por minuto la mancha se vuelve de color azul acero. Ajay no se ha atrevido nunca a sobrepasar el verde anís que aparece alrededor de las cinco mil revoluciones por minuto, para no cansar demasiado su viejo motor. Si pisara a fondo, supone que sería capaz de ver el color amarillo. Pero para eso le basta con abrir los ojos y admirar la carrocería de su vehículo.

Ajay descubrió ese don especial para la sinestesia en la adolescencia, exactamente el mismo día en que comprendió que los demás estaban desprovistos del mismo. Ese fenómeno neurológico asociado a los distintos sentidos no afecta más que a un cuatro por ciento de la población. Algunos tipos de sinestesia asocian los colores con las letras, otros con los números y algunos con los meses del año. Podrían enumerarse más de ciento cincuenta

formas diferentes. En el caso de Ajay, ciertos sonidos están asociados con los colores, lo que se llama sinopsia. Algunos músicos, como el pianista Michel Petrucciani o el compositor Alexander Scriabin, son sinestésicos. Ajay no puede explicárselo. Y la ciencia tampoco. Los matemáticos han tratado en vano de encontrar alguna relación entre la longitud de onda de los colores y los sonidos, pero hasta el momento no se ha hallado ninguna explicación por parte de la neurociencia.

Hace unos veinte años, el joven Ajay estaba de vacaciones en Nueva York con su familia. Pertenecientes a una clase adinerada de Delhi, sus padres se permitían cada año hacer un bonito viaje con sus hijos. Su padre y su madre se quedaron fascinados por las grandes torres de Manhattan, y él, por el ruido de los motores de los viejos taxis. Ningún sonido le había evocado hasta entonces colores tan bellos, tan intensos, tan saturados. Estaba decidido. Ese niño rico, descendiente lejano de una estirpe de marajás, se convertiría en conductor de taxis en Nueva York. Aquello divirtió durante mucho tiempo a sus padres hasta el día en que comprendieron que no bromeaba. Pero ellos tampoco se anduvieron con bromas. Le repudiaron inmediatamente entregándole tan solo el dinero necesario para comprar un billete de avión, un coche y una licencia de taxi.

La violenta reacción de sus padres se debía sin duda a que su familia pertenecía a la casta guerrera de los chatrias. El hecho de que su hijo se rebajara a ejercer un oficio reservado a los sijs les resultaba intolerable.

A Ajay todo eso le trae sin cuidado. A sus veintiocho años, el joven esbelto de piel mate está feliz con su suerte. Ahora es rico en millones de colores. Lo único que le queda de la herencia de sus padres es el gusto por los viajes. Cada año hace las maletas y se escapa una semana para ver y escuchar por todo el mundo nuevos colores.

Ajay abre los ojos a regañadientes. Hora de trabajar. Desde hace tres días

está un poco preocupado. Una cliente le ha llamado para reservar su taxi. El color de su voz es el mismo del de aquella ciega a la que conoció una noche de Año Nuevo. Un color que está muy lejos de olvidar. Un malva ligeramente rosado que puede recrear de nuevo cada vez que el cuentarrevoluciones de su vehículo indica mil seiscientas cincuenta revoluciones por minuto. Debe ir a buscar a esa clienta al aeropuerto a primera hora de la tarde.

Arthur advierte la presencia de Cluzel, que está haciendo una visita a la fábrica con un lúgubre personaje. ¿Un posible comprador?

—Y aquí está la cadena robotizada que fabrica los lápices —explica al desconocido, como si este no pudiera verlo por sí mismo.

Cluzel se inclina por encima de los hombros de Solange y coge un puñado de lápices de las existencias. Se sorprende al advertir la densidad del color de las minas y las escruta atentamente, pero no hace ningún comentario.

Un repartidor provisto de una doble papada y de una triple barriga ha hecho su entrada en la fábrica, con un casco con el logo de Vespa todavía cubriendo su cabeza. Tras levantar la visera, Arthur reconoce a Momo, uno de sus compañeros del bar, que ha llegado para entregar un paquete. Le hace un breve gesto con la mano que Momo le devuelve sin quitarse el casco amarillo maíz. ¿Cómo se las apaña Momo para no tener ningún accidente cuando ya lleva un vaso de vino blanco en la sangre ingerido a la hora del desayuno? De hecho, resulta todo un milagro que su Vespa de color verde opalino pueda soportar su peso. Cluzel va a su encuentro y Momo le tiende un bolígrafo para que firme el recibo, pero este no funciona. Cluzel elige entre los lápices un rojo primario.

—Quédatelo —le dice a Momo tras haber garabateado en la hoja de entrega—. Mis lápices nunca se estropean.

Arthur observa a su amigo abandonar la fábrica con paso pesado, y por eso no ve pasar ante él, a escasa velocidad sobre la cinta transportadora, un último lápiz amarillo, cuyo resplandor recuerda a los cofres abarrotados de monedas de oro de los dibujos animados de Walt Disney. No ve cómo se aleja y cae en

la inmensa bandeja delante de Solange. Es el último lápiz amarillo producido por la fábrica Gaston Cluzel.

## O cuando el amarillo nos confunde

«*Yellow! Yellow? Yellow...*», repite en todos los tonos Ajay, petrificado ante su taxi, y con un trapo en la mano.

Acaba de dejar a un cliente en Brooklyn y se ha parado en un McDonald's para beber un té que le ha parecido, como cada vez que lo pide, *disgusting*. Y, como cada vez que lo prueba, la convicción de que el té es mejor en su país de origen le procura un regocijo exagerado. Cuando Ajay sale del restaurante de comida rápida, no encuentra por ningún lado su vehículo bajo la luz demasiado blanca de las farolas. Corre hacia la entrada del aparcamiento: nada en el horizonte. Le han robado su medio de vida rodante. El lugar donde creía haberlo estacionado está ahora ocupado por un vehículo de color gris claro. El mismo modelo Checker Marathon, el mismo rótulo publicitario a doble cara sobre el techo, la misma funda de asiento de bolitas de madera para masajear sus lumbares, el mismo retrato de Ganesh oculto parcialmente por la foto de su madre en el salpicadero... La sonrisa juguetona de esa hermosa y distinguida mujer hindú parece decirle: «¿Y ahora? ¿Es que no lo entiendes?».

Y de pronto lo entiende. Es su taxi, pero ha cambiado de color. Se ha vuelto gris. Una explicación atraviesa rápidamente la mente de Ajay: hay una cámara oculta. Le están gastando una broma pesada y va a salir en la tele. Ajay busca las cámaras, pero no hay ninguna. Entonces advierte que la M del logo de McDonald's ha perdido también su color, pero no tiene tiempo de preocuparse por ello. Con un gesto desesperado, saca un trapo de su guantera y comienza a frotar la carrocería que se obstina en permanecer descolorida. Ajay pasa más

de cinco minutos así, repitiendo «*yellow*». Se monta en el coche y abandona el aparcamiento a dieciséis kilómetros por hora, incapaz de rodar más rápido. Luego acelera a fondo permaneciendo en primera para hacer subir las revoluciones. El viejo motor aúlla, disgustado, ante ese súbito maltrato. Ajay conduce a cien kilómetros por hora por la autopista en dirección al aeropuerto JFK. El motor alcanza las cinco mil revoluciones por minuto. Cierra los ojos y ve aparecer la mancha verde anís. Aprieta a fondo, seis mil quinientas revoluciones por minuto. El motor ruge de rabia. También Ajay: la mancha se ha tornado de color caqui. Abre los ojos y aprieta a fondo el freno, justo a tiempo para no embestir al vehículo que está delante de él. «*Yellow*», despotrica de nuevo deteniéndose en un área de descanso.

En ese mismo instante, Pierrette Sounillac, antigua cocinera galardonada con varias estrellas de la guía Michelin, aunque actualmente jubilada, sale de su viejo dos caballos con una caja de pomelos que ha comprado al alba en el mercado central de Rungis. Las frutas tienen un sucio color crudo. Echa pestes contra su horticultor y se promete reclamar el reembolso de la mercancía.

En ese mismo instante, Dave Mahé, director de 3M en Francia, vierte en su mano una píldora blanca llamada Lexomil que extrae de un bote azul celeste y anís. Se la traga nerviosamente tras descubrir que las mil ochocientas toneladas de pósits amarillos almacenados en su nave de Saint-Ouen-l'Aumône se han vuelto grises.

En ese mismo instante, Gilbert lanza a su mujer una mirada sombría, negra. Los huevos al plato que ella le ha preparado para el almuerzo se parecen a los huevos con embrión de los que ella tanto disfruta en China, su país natal.

En ese mismo instante, un avión de Air France aterriza en el aeropuerto JFK de Nueva York. Charlotte aprovecha para encender su teléfono que enseguida vibra dos veces para indicarle un aviso.

*Alerta en lemonde.fr:*

*«El color amarillo ha desaparecido»*, anuncia una voz metálica.

En ese mismo instante, a apenas unos metros por delante de ella, un pasajero horrorizado suelta un grito:

—Querida, ¡tu pelo se ha vuelto todo gris!

La palabra «*yellow*» resuena con angustia en boca de todos los pasajeros. Charlotte registra en su bolso hasta encontrar sus llaves insertadas en un llavero con un pequeño canario de peluche. Fue su hija quien lo eligió en una tienda de regalos baratos. Saca el llavero del bolso y lo acaricia con gran atención. La textura es suave y esponjosa. Su composición sintética le aporta un toque ligeramente sedoso. «Para mí sigue siendo el mismo canario», concluye Charlotte.

Recoge sus pertenencias, despliega su bastón blanco y sigue el movimiento de la gente para salir del avión mientras trata de comprender qué está sucediendo.

El teléfono de Charlotte vibra.

—¡Uf, por fin has llegado! —suspira la voz aterrorizada de Sylvie—. ¿Te has enterado? El amarillo ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con desaparecido?

—Que todo aquello que era amarillo ahora se ha vuelto gris.

—¡Eso es imposible!

—En la redacción ha cundido el pánico. Vas a entrar en antena en directo.

—¡Pero no tengo ninguna explicación racional que ofrecer!

—¿No tienes alguna bonita historia sobre el amarillo?

—No.

—¡Seguro que se te ocurre algo! Entrás en cuatro minutos.

Charlotte busca a tientas algún asiento vacío y se sienta. Se trata de uno bastante grande, debe de ser de primera clase.

—¿Se encuentra bien, señora? —le pregunta una voz femenina.

—¡No! Eh... un vaso de agua, por favor —pide para alejar a la azafata.

Siente cómo multitud de gotas de sudor tratan de salir por todos los poros de su piel, igual que ratas que abandonan el barco. Charlotte inspira y expira profundamente. Una técnica de respiración lenta para recomponer sus facultades intelectuales. De pronto, al inspirar le viene la inspiración.

Hace varias muecas y movimientos para calentar los maxilares; le ayudará a articular bien.

En el teléfono suena la sintonía que da entrada a su crónica.

Charlotte llena sus pulmones de aire fresco y ensancha los labios para sonreír.

*Pánico en la comunidad científica. El amarillo ya no existe. Por el momento no podemos ofrecerles ninguna explicación racional. Tal vez estaba harto de ser considerado, en numerosas civilizaciones, el color menos hermoso. Y sí, efectivamente, la sonrisa no es bonita cuando es de ese color. Es también el color de los cornudos y de las vestiduras de Judas, así como aquel que los nazis eligieron de forma deliberada para representar la estrella de los judíos.*

*Sin embargo, hay quienes opinan que este color es muy hermoso, como un tal John Hertz. El color amarillo le hizo rico hace exactamente un siglo. Este hombre dirigía, a principios del siglo XX, la compañía de taxis de Chicago, cuya carrocería por entonces era negra. Como los frenos y la suspensión de los vehículos eran en esa época de baja calidad, los accidentes resultaban frecuentes. Cuando Hertz tuvo la oportunidad de crear una compañía de taxis en Nueva York, se dijo que si sus taxis fueran visibles desde lejos por los peatones, pero también por los otros automovilistas, eso reduciría el número de accidentes. En consecuencia, buscó cuáles eran los colores que ofrecían más contraste. Para su gran*

*sorpresa, no fue el negro y el blanco, sino el negro y el amarillo. Y así eligió esos dos colores para su nueva flota y creó la compañía Yellow Cabs. Un reciente estudio llevado a cabo en Singapur ha confirmado que los taxis amarillos de esa isla tenían un nueve por ciento menos de probabilidades de verse implicados en accidentes que los de color oscuro. Por tanto, es un color que salva vidas en la carretera.*

*Vuelve, amarillo, vuelve, ¡por favor! ¡Te queremos! Y yo volveré con ustedes, queridos oyentes, en cuanto hayamos encontrado una explicación científica para este fenómeno tan sorprendente como misterioso.*

En ese mismo instante, la azafata se acerca a ella con el vaso de agua y le propone acompañarla hasta su taxi. Atraviesan largos corredores, la aduana, la sala de recogida de equipajes. Al llegar al vestíbulo, los olores se vuelven de golpe más potentes; olores de comida, de café y de especias que no logran enmascarar el de la transpiración de los cansados viajeros.

Al acercarse a la gente que no habla más que de la desaparición del amarillo, Charlotte respira el olor ácido de los rotuladores que utilizan los conductores de los taxis para escribir en sus pizarras blancas el nombre de los pasajeros que han venido a recoger. Charlotte se olvida del amarillo; siente de pronto un pequeño pellizco de ansiedad en el corazón. Durante siete años ha esperado este día. Siete años en los que se ha preguntado si era una buena idea ponerse en contacto con el padre de Louise. «Después de todo, va a ser difícil que él me reconozca», se engaña a sí misma. Y tal vez ella no le diga quién es, si decide que es mejor así.

La luz lechosa de un sol blanquecino penetra través de las ventanas del taxi de Ajay. Por primera vez en siete años se ha acomodado en la parte de atrás de su vehículo y se ha abandonado al sueño. O, más exactamente, a una pesadilla. Ve por todas partes que el amarillo ha desaparecido. Lo que más le obsesiona es el Marsupilami, del que se había olvidado por completo; un regalo que le hicieron sus padres con ocasión de su viaje a Francia hace ya mucho tiempo. En sus sueños, el Marsupilami estaba contemplando su reflejo gris en el escaparate de un gran almacén parisino antes de rebotar sobre los edificios haussmanianos y acabar encaramado a un descolorido buzón de correos.

El sonido de su teléfono le despierta. Es una llamada de algún número extranjero. Sin duda debe de ser la clienta a la que debía recoger en el JFK, piensa. Ajay baja la ventanilla, se asoma al exterior y observa la carrocería de su vehículo. El taxi sigue teniendo el mismo tono gris tórtola. En hindú, Ajay significa «invencible». Hoy no hace honor a su nombre. Rechaza la llamada, se refugia de nuevo bajo su chaqueta para protegerse de la luz y se duerme enseguida. Su Marsupilami gris le hace una fea mueca.

## El día en que todos los gatos son pardos

Arthur supervisa los últimos lápices que desfilan por la cinta transportadora. Por ironías del destino, son los verdes, el color de la esperanza. Se vuelve hacia su jefe y pone los brazos en cruz para indicarle que, desde ese momento, los veinticuatro peroles de color están vacíos. La última mina ocupa su lugar en su sarcófago de madera, desfila sobre la cinta transportadora y llega a la altura de Solange, quien completa una última caja de veinticuatro lápices de colores de brillo incomparable, a excepción del amarillo que ahora se ha vuelto gris. Con ojos enrojecidos, Solange aprieta fuertemente entre sus manos esa última caja. Arthur apaga las máquinas. El silencio es ensordecedor. Se acerca a ella y pone una mano en su hombro para reconfortarla. Coge de la bandeja un lápiz rosa huérfano y dibuja en el libro de registro de la cadena de montaje una carita triste, al lado de la cual escribe su último informe: «15.29 h, partida terminada».

Se coloca el lápiz de color sobre la oreja y adopta un tono de charcutero para hacerla reír.

—Y con esto, señora Solange, ¿le sirvo alguna cerdada más?

Las luces de neón pierden progresivamente su tono pálido algo verdoso para volverse cada vez más blancas. En ese mismo momento, la carita pasa del rosa bombón al rosa peladilla, y luego al rojo encarnado, al gris tórtola y finalmente al gris ceniza. Se cruza con Cluzel, cuya piel, ya de por sí pálida, ha perdido todo vestigio de color.

En ese mismo instante, en las oficinas de Radio France, Sylvie contempla con gesto asqueado el bolso de Hermès que Mehdi Tocque le ha regalado la víspera. Se ha vuelto de un tono descolorido. «¡El tinte naranja ni siquiera ha durado un día! ¡Estoy segura de que me ha regalado una imitación, el muy cabrón!»

En ese mismo instante, en el hoyo 18 del campo Le Golf National, el propio Mehdi Tocque falla su *birdie putt*, desconcentrado por el aspecto «enfermizo» del *green* bajo sus pies.

En ese mismo instante, Lucien, el padre de Charlotte, apaga y reinicia su Mac. Su fondo de pantalla, que muestra la foto de un pequeño velero perdido en una laguna de Tahití, se ha vuelto de pronto blanco y negro. «¡Y todavía pretenden hacernos creer que los Mac no tienen virus!», se queja.

En ese mismo instante, en Notre-Dame, y en presencia de sus fieles, el arzobispo de París se traga, para no tener que escupirla en el cáliz, la «sangre de Cristo» color café oscuro.

En ese mismo instante, en el aeropuerto JFK, Charlotte percibe un rumor que

se acrecienta y se hace cada vez más fuerte. «*Oh my god! Oh my god!*», se oye en todos los timbres de voz. Los viajeros están cada vez más asustados.

Unos segundos más tarde, en una tienda de Zara situada en un centro comercial, una decena de smartphones vibran al unísono. Un cliente de unos treinta años, ataviado con camisa blanca y corbata negra, es el primero en leer la alerta de *lemonde.fr*: «Todos los colores han desaparecido».

Mira a su alrededor sin entender nada, y con razón: toda la ropa expuesta es de color gris, negra o blanca y el suelo de la tienda se ha revestido de un gris neutro que se complementa con las paredes blancas. Nada fuera de lo normal. El hombre olvida la alerta. Se prueba un traje gris claro y se gira delante del espejo para comprobar cómo le cae al nivel de las nalgas. El pantalón está bastante bien cortado. Reflexiona, vacila, cambia de opinión muchas veces y, finalmente, decide no comprarlo. Con ese traje, se le ve la piel de la cara muy grisácea, piensa. Al salir de la tienda, camina por la galería con el piso solado en negro y pasa por delante de varios escaparates. Todos los maniqués blancos están vestidos con ropa color gris antracita más o menos oscura. Se cruza con algunos fanáticos de la moda vestidos de negro de la cabeza a los pies, desciende en dirección al aparcamiento en un ascensor gris metalizado y se monta en su coche negro, con tapicería de cuero también negra. Bajo el resplandor blanco de los faros, sale del aparcamiento de muros color gris cemento y enfila la rampa helicoidal. Pone en marcha la radio y oye la voz aterrorizada de un periodista que comenta que las consecuencias que se derivarán de la desaparición de los colores son inimaginables. Frunce el ceño; sigue sin entender muy bien qué está ocurriendo. Se adentra por una calle entre dos edificios del mismo gris que el cielo, y entonces percibe una luz muy viva que proviene de un semáforo que traspasa sin frenar. Se salta la luz gris y

choca violentamente con un coche que ha surgido por su izquierda. Lo último que ve es un viscoso líquido negruzco que mancha la manga de su camisa blanca.

Karl Lagerfeld llega una hora más tarde a su taller con un enorme ramo de flores en los brazos.

—¡Chicas, mirad qué rosas! Por fin he encontrado rosas negras. Dejaron de cultivarlas el día en que el estúpido gobierno turco construyó un embalse sobre el Éufrates que sumergió al pueblo de Halfeti. ¡El único lugar del mundo donde crecían rosas negras! La composición del suelo daba a los pétalos ese aspecto de terciopelo negro profundo que absorbe toda la luz. ¡Igual que estas! Mirad qué hermosas —dice soltándolas descuidadamente en un florero de cristal—. ¡Extraordinarias!

En su pequeño frigorífico, Karl desprecia la decena de latas de Coca-Cola light para sacar una botella de champán Roederer Cristal que espera desde hace meses la ocasión de ser descorchada.

—¡Ya sabéis que el negro es el color original del arte! Hace dieciocho mil años, en las cuevas de Lascaux, los animales estaban dibujados en negro. ¡Al fin nuestro mundo regresa a los orígenes de la estética! —declama en tono alegre.

Uno pensaría que se está dirigiendo a sus costureras pero, en realidad, está hablando consigo mismo. De hecho, solo lleva una copa de champán en la mano.

—¡Se acabaron esas gentes vulgares vestidas con colores vulgares! —declara humedeciendo los labios en el champán translúcido.

Una muchedumbre se ha congregado de forma espontánea en la plaza de la

Bastilla. Hay músicos y artistas de todo tipo y condición: moteros en Harley-Davidson, góticos, arquitectos, diseñadores, decoradores de interiores, publicistas; en definitiva, personas que desde hace mucho tiempo han adoptado un look de un negro absoluto. Si algún transeúnte hubiera desembarcado allí sin haber sido informado de la desaparición de los colores, no habría advertido nada de particular. La dominancia cromática de esa manifestación improvisada recuerda a la de todas las muchedumbres occidentales de nuestra época. Un panorama que va del gris al negro en una plaza de hormigón bajo un cielo amenazante, nada demasiado excepcional para París y, más aún, cuando la tez de los parisinos tiene esa reputación de fundirse con el cielo.

Como cada día después del trabajo, Arthur empuja la puerta de la vieja panadería situada a cien metros de su casa. Las *baguettes* semejan panes de piedra. «Necesito tomar una copa», se dice dando media vuelta bajo la mirada desconsolada de la vendedora.

Al llegar a su pequeña casa de Montrouge, Solange se queda aturdida ante el mantel de hule a cuadros de la mesa de la cocina. Rasca, incrédula, un cuadrado, hasta entonces verde botella, con su uña lacada en un barniz color pimienta.

Momo está echando algo de gasolina en el depósito de su Vespa pero, de pronto, decide parar. Se pregunta si ese combustible que le recuerda a la horchata no va a estropearle el carburador.

Gilbert comprueba que las balas cuyo color ha pasado del latón al acero no encasquillarán su Beretta calibre 9×19 Parabellum. Una vez que se ha asegurado, vuelve a guardar en la funda la pistola negra.

Cluzel se precipita sobre su reserva personal de lápices. Tiene miedo de no

poder endosar las últimas existencias a los liquidadores. Comprueba nerviosamente los lápices uno a uno y luego renuncia.

El arzobispo de París contempla fijamente a la Virgen María con su túnica color lluvia. La imagen tiene las manos unidas. Podría jurarse que está suplicando para que regrese el color. Se persigna numerosas veces antes de ponerse su mitra gris.

Sylvie se precipita a mirarse en el espejo de los aseos de France Inter. Se queda espantada al constatar que sus ojos azul lavanda, que siempre han recibido las alabanzas unánimes de todos sus amantes, han adquirido ahora una tonalidad neutra. Se siente como si le hubieran amputado un miembro. Se repasa los labios con su barra de color gris, pero se ve aún más fea y se lo quita rápidamente. Solo hay una cosa buena en todo esto: las marcas de vejez del cuello se han vuelto casi invisibles en su piel color cemento. Regresa al lado de Charlotte, que acaba de llegar de Nueva York en el primer vuelo disponible. Mehdi Tocque la ha llamado y no le ha dejado otra elección. «¡Te necesitamos aquí con urgencia!» Charlotte lo interpreta como una señal del destino. El asunto de su hija tendrá que esperar. No ha pasado más de una hora en suelo estadounidense. A su llegada a París, se dirige directamente a las oficinas de Radio France para la edición matinal.

Con la yema de los dedos deslizándose por su dispositivo Braille, lee por última vez las notas tomadas en el avión de vuelta. Sylvie la acompaña hasta el gran estudio.

Toda la redacción está en sus puestos. Será Mehdi Tocque en persona quien lleve a cabo la entrevista. La propuesta de que acudiera un ministro ha sido desechada. Sería tanto como admitir que el asunto es realmente muy grave. Estamos a jueves. Un jueves negro. Charlotte puede sentir la agitación y el nerviosismo a su alrededor, y adivina la presencia de al menos cinco personas allí sentadas. Reconoce solamente al redactor jefe, a su lado. Puede oler su perfume, acorde con su caduco estilo francés. Los rumores que circulan por

los pasillos de Radio France lo pintan como un mujeriego tan discreto como activo.

—Entramos en antena en tres segundos —escucha por sus auriculares conectados con la sala de control.

—*Charlotte Da Fonseca, usted, que es una gran especialista en la materia, ¿puede decirnos qué está sucediendo?* —pregunta sin preámbulos el redactor jefe.

Charlotte hace una pausa de medio segundo para dar más peso a sus argumentos.

—*Sin duda nos hemos visto afectados por la acromatopsia. Detrás de esa palabra tan extraña se oculta una patología cuyo síntoma es la incapacidad para percibir los colores. Es una enfermedad mucho más frecuente de lo que podría creerse y que, por lo general, suele ser congénita. Por ejemplo, en las islas del atolón de Pingelap y de Ponapé en Micronesia, al menos una persona de cada diez la sufre. En Europa, se estima que aproximadamente una persona de cada treinta mil padece este trastorno. Una de ellas es bastante famosa. Se trata de un artista hispanobritánico llamado Neil Harbisson, que reside en Nueva York. Para compensar su déficit, le han implantado en la cabeza una webcam con un software que traduce los colores en sonido, lo que le permite «escuchar» los colores. Además, en la foto de su carnet de identidad lleva puesto su «eyeborg», lo que ha hecho de él el primer «humano mejorado» reconocido oficialmente por las autoridades británicas.*

—*Eso está muy bien, pero nosotros... ¡Ayer mismo éramos capaces de ver los colores! ¿Cómo es posible que se haya producido un cambio tan repentino?*

—*Existen numerosos casos de personas que padecen este trastorno tras sufrir lesiones cerebrales. Es posible que esa enfermedad haya mutado y se*

*haya vuelto extremadamente contagiosa. Como una epidemia causada por un virus desconocido. Aún es pronto para poder afirmarlo.*

Sin darse cuenta, Charlotte ha adoptado un discurso demasiado técnico olvidando el tono ligero de sus crónicas.

*—Para poder comprender mejor la percepción de los colores, el ojo humano posee dos grandes tipos de células: los bastones, sensibles a la luz, y los conos, que permiten percibir los colores.*

«Pero ¿por qué nuestros conos nos dan el coñazo?», está a punto de preguntar el periodista antes de cambiar de opinión.

El momento es importante.

*—Prosiga —dice simplemente.*

*—Los conos son diez veces menos numerosos que los bastones, y también menos sensibles. Por ese motivo, cuando estamos en penumbra, se distinguen muy bien las formas, pero no los colores.*

*—De noche, no todos los gatos son pardos. ¡Son nuestros conos los que se adormecen!* —se siente obligado a añadir el redactor jefe pensando que la entrevista está resultando demasiado técnica.

*—Exacto. Y aquellos que se adormecen los últimos, por retomar su expresión, son los azules. Esa es la razón por la que en el cine, una de las técnicas clásicas para simular la noche es colocar un filtro azul en el objetivo de la cámara. Es lo que llaman la noche americana.*

*—¿Y por qué nuestros conos ya no se despiertan?*

*—Es posible que la corteza cerebral ya no pueda descodificar la información. La mezcla de colores se produce esencialmente en la región occipital, situada en la parte posterior del cerebro.*

*—¿Está diciendo que no veíamos los colores con los ojos sino con la nuca?*

*—Exactamente.*

—*¿Y cuáles son, en su opinión, las consecuencias de la desaparición de los colores?*

—*Esperemos que no dure demasiado* —contesta Charlotte para eludir la pregunta.

A la mañana siguiente, Charlotte entra en la habitación de su hija. Al oír su respiración regular se da cuenta de que Louise duerme profundamente, pese a que la radio despertador suena a todo volumen. Son las siete. Charlotte percibe los rayos de sol que excitan parte de los bastones de sus ojos deficientes. «El futuro pertenece a aquellos que se acuestan demasiado tarde», piensa. En la radio, los oyentes son invitados a tuitear sus opiniones sobre una cuestión esencial: ¿seguirá siendo Brad Pitt igual de sexy con los ojos grises?

«Así que los colores aún no han vuelto», concluye. Primero desapareció el amarillo, como signo premonitorio, y luego, algunas horas más tarde, le siguió toda la gama de colores.

Se sienta sobre la pequeña cama de su hija y, a tientas, encuentra el hombro de la niña y lo acaricia tiernamente.

—Hay que levantarse, cariño.

—Hummm.

Charlotte abre el armario de Louise y palpa una pila de ropa.

—¿Qué te gustaría ponerte, princesa?

—Mi camiseta azul.

Sin vacilar, Charlotte saca de la pila la camiseta de motivos floreados que hasta hace dos días tenía un tono índigo. El grosor, la composición del tejido, el punto, el peso, el tipo de dobladillo son algunos de los indicios que hacen que nunca se equivoque.

Los tertulianos discuten ahora sobre el pompón descolorido de las gorras marineras: ¿seguirá trayendo suerte?

—En pie, cariño.

—¿Abu se ha marchado?

—Sí, ayer por la noche. Pero le he prometido que comeríamos juntos en la residencia el sábado. Vamos, levántate, jovencita, hay que ir al colegio.

Mientras Louise toma su desayuno, Charlotte se sienta frente a su ordenador conectado a un dispositivo de Braille. Un mecanismo compuesto por pequeños puntos transcribe el texto que aparece en pantalla al alfabeto de cuarenta caracteres que inventó Louis Braille. Consulta los correos de los mayores especialistas internacionales del color con los que mantiene correspondencia con regularidad. La incomprensión es absoluta.

Charlotte pregunta a su reloj parlante: aún tiene tiempo de encargarse la compra por internet. Todo es cuestión de método. El repartidor, ya acostumbrado, le presenta y le nombra cada artículo, que ella sopesa, acaricia, tantea, olfatea y sacude para grabarlo en su memoria. Después coloca la compra en su sitio de forma meticulosa. Si titubea, Louise, que ha aprendido las letras del alfabeto adelantándose a su edad, acude en su ayuda.

Charlotte se dispone a cerrar su ordenador cuando recibe el mensaje de uno de sus amigos científicos, profesor de neurociencias en Berkeley. Los primeros test realizados en animales de laboratorio parecen demostrar que estos aún perciben los colores.

Con el paso lento de quien nada espera, Arthur camina con la cabeza gacha y la mirada perdida en ese mundo de grisalla, como si una ínfima película de cenizas hubiera recubierto la superficie. Su suerte se le aparece ahora en toda su negrura. En el cielo, una nube de pájaros negros hace planear sobre su cabeza la misma amenaza que en la película de Hitchcock. Y, no obstante, ese espectáculo le resulta familiar. Ha visto esa misma calle sin colores cuando cae el sol y surge la penumbra. Efectivamente, cada día nuestro entorno pierde sus colores con la llegada de la noche. Nuestros ojos acaban por acostumbrarse a la oscuridad y seguimos percibiendo más o menos las formas, aunque no los colores. De modo que ahora el día sería como una noche a la que nuestros ojos se han acostumbrado.

«¡Mis ojos se habrán acostumbrado pero yo no!», se dice Arthur, enfadado. «Ni tampoco esa señora», piensa al cruzarse con una mujer con los brazos colgando a los costados, la boca abierta y los ojos medio enloquecidos, que vuelve lentamente la cabeza de izquierda a derecha y de arriba abajo. Arthur sigue su mirada. La mujer está observando la gigantesca letra M en relieve que aparece por encima de la boca del metro. Su tez se funde con el follaje de un viejo plátano marchito por el otoño. Al recorrer la verja de un colegio infantil, su mirada es atraída por los niños del patio de recreo. «No son tan monos en blanco y negro —piensa Arthur—. Parece como si llevaran los uniformes escolares de antaño.» Se da cuenta de que los niños tal vez sean los últimos occidentales que luzcan indumentaria multicolor. Pero hay algo más, algo extraño. Un sentimiento difuso de enorme caos. Su cerebro parece susurrarle: «Intenta estimular tus conexiones neuronales, entonces lo entenderás». Arthur

observa a los niños pegados unos contra otros en los bancos diseminados por el patio. Aquellos que no han encontrado un sitio para sentarse se mueven lentamente por el recinto. Una actividad eléctrica se inicia en su nervio coclear, arrastrando consigo una red de sinapsis que se unen al tálamo y luego a la corteza auditiva hasta emerger en su consciencia. Arthur percibe entonces el canto de un pájaro que no reconoce, encaramado en la rama de un plátano. Su cerebro experimenta una intensa actividad eléctrica y química en sus distintas zonas. De pronto lo comprende. ¡Los niños están en silencio! ¡Todos! Un patio de recreo es normalmente un nido de decibelios. Pero aquí no hay un solo niño que grite. Ninguno que corra. O, peor aún, concluye Arthur, sintiendo un ligero escalofrío recorrer sus hombros, ninguno que juegue.

Arthur llega a la silenciosa fábrica caldeada por el sol hasta el punto de ebullición. Allí, junto con sus colegas, embala en cajas de cartón todo aquello que pueda servir. Los suspiros de Solange resultan contagiosos. Los futuros parados caminan por los anchos pasillos como zombis encorvados respirando ruidosamente. Todos sienten el mismo nudo en el estómago, las mismas dificultades para tragar saliva. Incluso la vieja radio tiene problemas para escupir su sonido en los oídos de los obreros.

Bajo la mirada atenta de un interventor judicial, un ejército de liquidadores especializados en empresas en quiebra se afana para apoderarse de todo aquello que pueda tener algún valor en la reventa. Algunos obreros desmontan las máquinas con gestos precisos; aquellas de mecánica más moderna o, mejor dicho, las menos antiguas, han encontrado comprador. Al parecer, servirán para fabricar latas de conservas. El resto se venderá al peso. Cluzel está furioso. Nadie quiere adquirir los lápices que no se han distribuido, ni siquiera a precio de saldo.

Así pues, ha decidido vaciar el contenido de todas las cajas. Los lápices serán reciclados en pasta para fabricar papel, y los estuches de aluminio acabarán como carrocerías de automóviles. Solange tiene la impresión de estar profanando féretros.

Solange reúne a los pocos trabajadores para una última foto de grupo delante de la fábrica. Cluzel, refugiado la mayor parte del tiempo en su cubículo de cristal, los ve desde la ventana. Baja rápidamente por la escalera y, al salir al

aparcamiento, de pronto aminora el paso. Le encantaría posar con los obreros, pero no sabe si es adecuado. Se acerca con prudencia.

Solange le hace un gesto para que se una a ellos. Aliviado, Cluzel aprovecha para recolocar su mechón rebelde. Luego se pasa la lengua por sus incisivos para comprobar que no tiene ningún resto de lechuga. Aunque fuera de color gris, no quedaría bien en una foto.

—Llega justo a tiempo, señor Cluzel, sáquenos una foto —le ordena tendiéndole su teléfono móvil con una voz que él no le ha oído durante treinta años.

Cluzel los fotografía con sonrisa forzada e inmortaliza en blanco y negro la decena de sonrisas tristes.

Esta vez, al antiguo jefe le gustaría posar con ellos, pero no se atreve a proponerlo. Solange ha recuperado su teléfono. El grupo se dispersa y abandona la fábrica para no volver nunca más.

El fin de semana llega sin que nadie se alegre por ello. Puede leerse la angustia en todas las miradas. Como cada sábado y domingo, Arthur cambia sus ocho horas al día en la fábrica por las mismas horas en el QG, el café situado debajo de su casa, un lugar que siempre ha sido gris. Es mediodía y está tomando una cerveza en la terraza. Delante del portal al otro lado de la calle, un taxi espera. Un vehículo de carrocería sombría. Tal vez fuera negro en origen, se dice, o, como mucho, azul marino. De pronto, Louise y Charlotte salen del edificio. Arthur se precipita para abrirlas la puerta trasera y guiarlas. Incluso sin colores, Charlotte le sigue pareciendo tan hermosa como siempre. Es la primera vez que la ve tan de cerca y le parece aún más bajita de lo que pensaba. Le saca más de una cabeza. La piel aterciopelada de la joven, que ahora se ve muy blanca, le da un aire ingenuo que contrasta con su largo cabello negro escalado. Sus mejillas están salpicadas de pecas. Es como una muñeca de porcelana, con sus gafas de montura gris descolorido (Arthur las prefería verde manzana).

Su hija es una copia exacta en tamaño reducido, salvo por su piel un poco más mate y sus ojos oscuros, que resaltan su bonito mestizaje.

—Gracias —le dice Charlotte sonriendo.

—Un placer —balbucea sencillamente Arthur, que hace mucho tiempo que no intercambia una sonrisa con alguien.

Se muere de ganas de decirle que vive justo enfrente y que la observa por la ventana desde hace meses, que le parece una mujer muy valiente por educar sola a su hija y que está a su disposición para cualquier cosa que necesite. Pero ningún sonido sale de su boca. Ya ni siquiera es capaz de entablar

conversación con una mujer en la calle. Durante más de un minuto, contempla el taxi alejarse y luego cruza de nuevo la calle para instalarse de nuevo en el QG. Lo único que puede reconfortarle son unas cuantas cervezas.

Charlotte y Louise se bajan delante de la escalinata de un enorme edificio situado al lado del parque de Sceaux. Lucien, el padre de Charlotte, les espera sentado en un banco cerca de la entrada. En otros tiempos, Lucien fue uno de los mejores árbitros de fútbol del país. Su autoridad natural y su integridad hicieron de él uno de los jueces más apreciados de la primera división del campeonato de liga de Francia. Incluso brilló internacionalmente arbitrando de forma muy notable algunos partidos de la Copa de Europa. Su consagración le llegó el día en que fue seleccionado para un encuentro de la Copa del Mundo. Sin embargo ese día, Lucien, que no estaba bien situado en el terreno de juego, no se dio cuenta de que un delantero argentino había marcado un gol con la mano. Su carrera experimentó la «mano de Dios» en plena cara. Ese error le desestabilizó de tal manera que, a partir de entonces, utilizó el silbato más que la razón. Actualmente, lo único que sopla es el contenido de algunas buenas botellas de vino cada vez que se presenta una gran ocasión.

Lucien recuerda a un pequeño muñeco de nieve de aspecto bonachón con su voluminoso vientre, su cabeza perfectamente esférica y su cráneo pelón. Su nariz puntiaguda a modo de zanahoria y sus pequeños ojos negros y brillantes sobrevuelan una enorme y permanente sonrisa. Es un muñeco de nieve que desafía las leyes de la física. Debería haberse fundido, dado lo caluroso que es.

Louise se abalanza sobre su abuelo, que la acoge con los brazos abiertos.

—¿Qué tal estás, mi princesa?

—¡Lo veo todo negro! No sé lo que significa, pero es lo que dice ahora todo el mundo.

—Y yo soy el más feliz de los abuelos por poder verte.

Charlotte besa a su padre y posa una mano en su hombro. Lucien la guía al interior de la residencia con Louise abrazada a él. Oficialmente, ese edificio fue construido como asilo de ancianos pero, en la práctica, había sido objeto de una pequeña revolución en pleno mayo del 68. Los sexa, septua, octo y (más raramente) nonagenarios todavía autónomos, liderados por el último en llegar —un mozalbete de setenta años—, decidieron salir de allí y comprobar por sí mismos lo que sucedía del lado de las barricadas. A su regreso, ya bien entrada la noche, el director los había sermoneado exactamente igual a como hicieron, en ese mismo momento, los cientos de padres de los revolucionarios en ciernes. Los residentes más contestatarios se habían reunido entonces en el comedor para improvisar una barricada construida con mesas y sillas delante de la puerta para bloquear el acceso del personal. Se votó por unanimidad a mano alzada la salida inmediata y sin condiciones del director y del personal administrativo. Al abandonar su lugar de trabajo, el director había descubierto que el propietario de aquel asilo no era otro que el último pensionista recién llegado, que ni siquiera se había presentado como tal. Hoy en día, todos aquellos contestatarios han fallecido, pero el asilo sigue siendo autogestionado por aquellos inquilinos que se sienten capaces de administrarlo, ayudados por un personal meticulosamente escogido.

Ante cada «lamentable desaparición», los jubilados estudian las candidaturas y solo aceptan los perfiles que se ajustan a aquellos «estudiantes revolucionarios de fervor tardío». Así es como han ido recalando allí un contable maníaco —una buena contabilidad doméstica es indispensable—, una prestigiosa chef de cocina —hay que comer bien—, varios eruditos especialmente parlanchines —no es necesario morir siendo un idiota—, y un buen número de músicos de rock, en especial Simone, una guitarrista que era directora de una casa de discos —porque hay que permanecer joven antes de

morir—. Todos los sábados celebran un concierto, con excepción de las tardes en que hay partidos de fútbol. La misión de Lucien consiste en conservar las buenas relaciones con la Federación para así conseguir invitaciones a todos los partidos importantes. «Permanecer activo es el secreto de la longevidad», repiten todos al unísono. Por supuesto, algunos jubilados se han quedado inválidos y el Alzheimer ha causado estragos en muchos de ellos. Sin embargo, los demás se toman como una cuestión de honor mantenerlos en el grupo el mayor tiempo posible. Hacen las comidas todos juntos, alrededor de una gran mesa rectangular instalada en un imponente salón decorado hasta el más mínimo detalle por una anciana, antigua alumna de Madeleine Castaing. Los sutiles matices de gris de las paredes permiten imaginar los antiguos tonos tornasolados.

Louise es recibida con el coro habitual de «aahs» y «oohs» y los sempiternos «¡cómo has crecido!» de todos los jubilados que ocupan ya su lugar en la mesa.

—¡Rápido, sentaos, se va a enfriar! —les apremia Pierrette.

Se trata de una de las primeras mujeres que logró obtener una estrella de la guía Michelin. Lo que en su época equivalía a conquistar la Luna.

—Como sé que te gusta mucho, Charlotte, ¡he preparado mi *magret* de pato a la canela!

Al cabo de un momento, Pierrette observa por el rabillo del ojo que sus amigos no tienen apetito. Algunos incluso han apartado discretamente sus platos. «¿Qué le pasa a mi *magret*?», se pregunta hundiendo un dedo en la salsa y degustándola con los ojos cerrados. El olor es perfecto, las especias resultan muy sutiles, apenas perceptibles. Es un problema del color. Una salsa a la canela digna de ese nombre debe por fuerza tener un color amarillo anaranjado.

Charlotte trata de consolarla.

—No es culpa tuya, Pierrette.

—¡Lo sé! Si se han inventado los colorantes alimenticios no ha sido sin motivo.

—Es cierto. Pero hay algo peor que el gris: imagina que los *magrets* fueran azules. Recuerdo haber leído un estudio en el que los filetes habían sido teñidos de índigo. El grupo de control no fue capaz de comérselos.

Pierrette aparta su plato, asqueada. Su única satisfacción es ver cómo Charlotte lo disfruta como si nada sucediera. Esta toma un bocado antes de continuar:

—Unos universitarios españoles llevaron a cabo un experimento con un grupo de control. Les sirvieron el mismo zumo de naranja a todos ellos, pero de diferentes colores: uno con su color natural, otro al que habían añadido un colorante rojo y el último era de color verde. Les dijeron que se trataba de tres zumos de naranja diferentes. La mayoría de los sujetos declararon que el zumo de naranja de tono rojizo era el mejor, y el zumo de naranja «verdoso», un poco más ácido. Y lo que resulta aún más sorprendente, ¡si probaras una Coca-Cola de color naranja, lo más probable es que la confundieses con una bebida gaseosa de naranja tipo Fanta!

—Eso me parece un tanto exagerado —responde Pierrette ligeramente molesta.

—¡Te lo aseguro, hasta tú lo pensarías! Una experiencia parecida se llevó a cabo en una gran fábrica de productos lácteos. Invirtieron los colorantes amarillo piña y rosa fresa de los yogures. Los consumidores creyeron que estaban tomando un yogur rosa de fresa y un yogur amarillo de piña... Sin embargo, una vez que fueron informados del engaño, todos reconocieron su error.

Pierrette cierra de nuevo los ojos para dejar que sus papilas gustativas sean las que juzguen la calidad de su cocina. Su pato está perfecto.

—Si lo he entendido bien, ahora que ya no hay color, nos será más fácil ponernos a régimen. Eso ayudará al mundo a luchar contra la obesidad — añade con la mirada puesta en sus michelines.

—Esa tal vez sea la única buena noticia, porque a mí todo esto me da miedo —concluye Charlotte, ensimismada en sus pensamientos.

## Cuando los árboles son azules y el mar es amarillo

Hace ya seis meses que los colores han desaparecido; seis meses durante los cuales los adultos tienen miedo del negro. La sorpresa inicial ha derivado en pavor y, después, se ha convertido en pánico.

Todo comenzó en la pequeña población de Bugarach, cerca de Perpiñán, exactamente tres días después de la desaparición de los colores, cuando sus habitantes fueron testigos de la llegada de una marea ininterrumpida de caravanas y furgonetas procedentes de todos los lugares. En apenas unos días, esa tranquila localidad de doscientos habitantes ubicada a los pies de los Pirineos se vio invadida por miles de decenas de campistas. Muchedumbres, presas del pánico, que pelean por franquear las barreras de la policía o bien llegan atravesando los campos para plantar sus tiendas en la ladera del pico que se yergue sobre el pueblo. Casi un centenar de periodistas se les unió poco después. Los gurús del mundo entero «se han visto obligados a revisar sus cálculos». La nave extraterrestre, Arca de Noé galáctica, que salvará del apocalipsis a unos pocos elegidos, instalará su cuartel general en ese lugar. La leyenda maya, que predecía el fin del mundo en 2012, simplemente había errado su vaticinio en unos pocos años. Se llora, se grita, se implora al cielo que sigue de un gris uniforme. Un «pecador» asciende incluso hasta la cumbre de la montaña para fustigarse con fuertes latigazos. Pierde el equilibrio y se

estampa contra el suelo una decena de metros más abajo. Esa escena se repite en las televisiones en blanco y negro de todo el mundo.

Los imanes más integristas predicán que todo aquello es voluntad de Dios, que ha castigado a las mujeres por haberse puesto prendas de colores y, de ese modo, las exhortan a salir a la calle vestidas con niqabs negros.

Los indios kogui de Colombia lo interpretan como una advertencia de la madre Tierra a sus «pequeños hermanos» que no respetan la naturaleza y la están destruyendo.

Para los cristianos nos hemos adentrado en un mundo de tinieblas, como ya predecía el Evangelio de Mateo: «Pero, inmediatamente después de la tribulación de esos días, el Sol se oscurecerá y la Luna no dará su resplandor». Las iglesias se llenan cada domingo e incluso entre semana. Los nuevos rebaños, que no dominan más que parcialmente el Padre Nuestro y el Dios te salve María, lo compensan con una devoción ejemplar. Las tiendas de «baratijas religiosas» son tomadas al asalto con mayor afán que la tienda estandarte de Vuitton, y las colas se eternizan frente a las estanterías despobladas. Algunos se precipitan a las buhardillas de las casas de sus ancianas tías para rescatar entre el polvo un crucifijo, una estatuilla de la Virgen, o una perla rara vendida por una fortuna en Ebay, un rosario que les ayude a rezar mañana y noche y redima sus pecados. Con ello, esperan inclinar del lado bueno la balanza de San Pedro el día, ya muy próximo, en que serán convocados.

Al igual que en La Meca, en Lourdes las fuerzas del orden obligan a cientos de miles de peregrinos a caminar al mismo paso por la larga fila que llega hasta la gruta y a no detenerse en ningún caso. Se calculan más de diez horas de espera para poder tocar la mayor concentración de microbios y bacterias del mundo que pululan alegremente por la pared de la cueva troglodita de Bernadette Soubirous.

A su vez, los seguidores de la serie *Juego de tronos* creen que el invierno ha llegado y temen la aparición de los caminantes blancos.

Bajo ese manto de plomo, el mundo se queda paralizado. La sociedad de consumo se ha visto trastocada en todos sus aspectos. Las ventas de Navidad se prevén catastróficas. Sobre cualquier escaparate, color tela de araña, los productos resultan menos atractivos. Nadie quiere creer en un Papá Noel con un abrigo de color gris.

Todos los mercados financieros se han cerrado hasta nueva orden. Este crack bursátil ha relegado el de 1929 a la categoría de simple corrección técnica. Los economistas, con el rostro tan gris como sus trajes, se limitan a repetir las mismas palabras: quiebra sistémica. Los presidentes de los países del G20 se hallan permanentemente reunidos. Sus discursos apenas logran ocultar su impotencia.

A medida que transcurren los días, Arthur se ve obligado a ir cada vez más lejos para comprar su *baguette*. Las tres panaderías de su barrio han cerrado. Decide caminar hasta la calle Daguerre, la más comercial del Distrito XIV. «¿Debemos seguir trabajando cuando el fin del mundo está próximo?», filosofan los numerosos comerciantes. En los supermercados, los clientes tienen dificultades para reconocer el envasado de sus productos favoritos y solo compran lo indispensable.

Arthur pasa frente a tiendas cuyo aspecto no desmerecería a las de Corea del Norte o a las que existían durante la ocupación alemana. En el mostrador de la pescadería de la calle Daguerre, una decena de pescados con ojos apagados espera tristemente sobre el hielo.

En la puerta de la farmacia una empleada está pegando un cartel: ANSIOLÍTICOS Y ANTIDEPRESIVOS AGOTADOS. De todas formas, los pacientes se ven obligados a esperar para que les prescriban sus «muletas químicas»: los psiquiatras permanecen en sus casas o consultan ellos mismos a otros psiquiatras.

El mundo zozobra.

Arthur camina hasta la plaza de Alésia. Todo está extrañamente en calma. Los automovilistas conducen a poca velocidad por las calzadas que reflejan el cielo brumoso. Los escasos transeúntes arrastran los pies con la espalda encorvada. Excepto uno: un enorme espárrago esquelético y saltarín. Ese treintañero, que más que caminar va dando brincos, se acerca a Arthur, le hace un guiño y suelta una onomatopeya.

—¿Eeesssdddeeee?

—¿Cómo dice? —responde Arthur preguntándose si el grito del canguro se parecerá a lo que acaba de oír.

—¿Ellllleesedeee?

—No le entiendo.

—L... S... D —consigue articular el marsupial echando una mirada a izquierda y derecha.

—No, gracias, prefiero emborracharme con una buena copa de vino blanco —le responde Arthur sonriendo.

Para escapar de ese mundo que se ha vuelto irreal, muchos prefieren refugiarse en el mundo artificial. Personas de todas las edades y condiciones se abandonan a las ilusiones de ese poderoso psicotrópico. El LSD, fabricado ahora en cantidades industriales, tiene la virtud de hacer reaparecer parcialmente los colores. El cielo puede ser naranja, y las hojas de los árboles, azules. El asfalto a menudo es rosa, y el mar, amarillo. Poco importa: en ese universo psicodélico, al menos existe el color. Pero la otra cara de la

moneda multicolor es que este derivado del cornezuelo de centeno genera graves efectos secundarios. O, para ser más precisos, alucinaciones. Algunos se toman a sí mismos por pájaros y se defenestran. Otros creen ser atacados por dragones u otros monstruos malignos y estrangulan a sus mujeres. Los policías han recibido la consigna de luchar contra esa nueva plaga. Se emplean con afán para poder incrementar las incautaciones, sobre todo porque algunos de esos representantes de la ley se sienten muy felices de devolver el color a sus uniformes y las aprovechan para su consumo personal.

Como todos los días desde hace un mes, a las seis en punto de la tarde Ajay se sube en su taxi. La noche ya envuelve Manhattan. Algunas farolas arrojan una luz lechosa. Gira la llave de contacto, cierra los ojos, juega con el pedal del acelerador en punto muerto, y se sumerge en esas ondas de colores que le proporciona su motor según las revoluciones. Su don para la sinestesia sigue siendo igual de potente. Cuando hace rugir el motor, visualiza los colores tal como son. Igual de resplandecientes. Todos salvo el amarillo, que brilla por su ausencia. Entonces abre de nuevo los ojos y se incorpora ligeramente en su asiento para contemplar el color de su capó y completar la gama, y siente ganas de llorar. Cuando falta un color, el mundo cromático está despoblado. Como cada día desde hace un mes, quita la llave del contacto del taxi y regresa a casa para distraerse con los videojuegos. Más concretamente *Call of Duty*. No sabe por qué, pero los efectos sonoros de este juego le surten de todos los colores, salvo el del sol. Ajay no ha comido desde hace varios días. Ha decidido rendirse.

Algunos jubilados de la residencia ensayan *Back in Black* en su estudio del sótano. Tocan más fuerte que AC/DC, ya que la mayoría de ellos tienen problemas auditivos. Sin embargo, les falta entusiasmo, sobre todo después de una comida que ha sido mediocre. Pierrette lleva varios días negándose a pisar la cocina.

Hace semanas que prácticamente nadie acude a sus conciertos. Gran parte de los jubilados permanecen atornillados a sus sillas en la sala de televisión y contemplan uno tras otro los informativos de los distintos canales que están batiendo récords de audiencia.

El más triste de todos parece ser Lucien, quien no puede evitar pensar en la tragedia que causó la muerte de su mujer, treinta años atrás. Las imágenes le llegan en destellos: su velero de cuarenta pies; el sol reflejándose en las velas y en los cabellos de su mujer; ella que, a los siete meses de embarazo, no había tenido ninguna contracción; el parte meteorológico que anunciaba tan solo quince nudos de viento. Su mujer había insistido en salir a navegar, pero luego, de pronto, había roto aguas a cinco millas del puerto. En el tiempo que tardó en conducir el barco a tierra, con el motor a toda máquina y la vela al viento, su esposa había perdido la vida, y su hija, la vista. Desde entonces, el sentimiento de culpabilidad no le ha abandonado.

—Vamos, papá, por favor, quiero una sonrisa —murmura Charlotte, cuyas visitas a la residencia se han hecho más frecuentes al darse cuenta de que su padre está deprimido—. Sabes que noto cuándo sonrías.

—He comprendido que los colores habían conseguido atenuar algo mi desgracia.

—Deja de decir eso. Y, además, te recuerdo que no soy del todo ciega. Percibo las luces intensas.

—Necesito los colores.

Tanteando sobre la mesa, Charlotte encuentra la cesta con la fruta y coge un plátano.

—Toma esta fruta, papá.

—No tengo hambre.

—Cuando contemplas este plátano activas la zona de tu cerebro sensible al color amarillo, una prueba de que este convierte el negro y el blanco en colores. Ocurre lo mismo cuando ves una película en blanco y negro: en pocos segundos tu cerebro la transforma en colores. Es algo que ya estaba demostrado antes de que desaparecieran los colores. Y mis colegas me han confirmado que sigue siendo igual. Así que cierra los ojos y trata de visualizar este plátano.

Lucien obedece.

—Tienes razón —confirma unos segundos después—. Cuando uno se concentra, reaparece el color, al menos en el cerebro.

Abre de nuevo los ojos y parece decepcionado al ver el plátano de color gris. Pero, para complacer a su hija, lo pela y se lo come.

Mehdi Tocque ha repasado la parrilla de los programas de France Inter con una sola idea en mente: ser positivos. Las emisiones de temas ligeros y triviales y las canciones más alegres se encadenan una tras otra. Eso ayuda a la moral de los oyentes y, de paso, a las cifras de audiencia. France Inter vigila especialmente las crónicas coloristas de Charlotte, que cada vez tienen más seguidores. Incluso le han dado una crónica diaria, que se emite varias veces a lo largo del día.

*Amigos míos, los humanos hemos perdido la percepción de los colores. Es cierto. ¡Pero tal vez no lo hemos perdido todo, porque aún nos quedan el blanco y el negro! «¿Son el blanco y negro colores?», me preguntaréis. Pues bien, curiosos oyentes, ante todo debéis saber que esa cuestión no fue formulada hasta principios del siglo xx. Para nuestros antepasados, el «no color» hacía referencia a todo aquello que no estaba tintado, como el tejido crudo de los hábitos de los monjes. Entonces ¿por qué nos hacemos hoy en día esa pregunta? En parte, es debido a los señores Edmond Becquerel y Émile Reynaud, quienes tuvieron la feliz idea de inventar respectivamente la fotografía y el cine en color. Con el paso del tiempo, sus técnicas mejoraron considerablemente, pero, todavía hoy, hacemos una distinción entre las fotografías o las películas en blanco y negro y aquellas en color. Entonces ¿el blanco y el negro son colores o no?*

*Hasta mañana, queridos oyentes.*

—¡Una buena pregunta! —murmura Sylvie con voz gris.

Las reacciones químicas se encadenan en el córtex cingulado anterior de Charlotte, la zona que gestiona en parte la empatía.

—¿Tanto echas de menos el color?

—Sí... no..., no es solo eso.

—¿Quieres hablar de ello?

—Te burlarías de mí.

—¿Crees que soy de esa clase de personas?

—Ya sabes que...

Pero no termina la frase.

—¡Ah no, no lo sabía! —intenta desdramatizar Charlotte.

—Me siento sola... —y prosigue—: Sabes que con Mehdi, yo...

Charlotte toca la bombilla que indica cuándo el micrófono está encendido, para comprobar si ya está fría a fin de asegurarse de que nadie oiga su conversación.

—Sí, sé que tienes unas relaciones privilegiadas con el jefe —adelanta prudentemente Charlotte.

—¡Relaciones, dices! La Viagra ya no funciona...

—Tal vez sea porque ha perdido su color azul. Y, dado que el efecto placebo desempeña un importante papel en la eficacia de la molécula, debe pensar, de forma inconsciente, que la Viagra le hará menos efecto.

—Yo creo más bien que... ya no le gusto.

Charlotte comprende que ahora que los labios de Sylvie ya no son rojos, ella resulta mucho menos atractiva. Según un estudio muy serio llevado a cabo hace algunos años, el atractivo suele reducirse en un veinticinco por ciento. Pero se cuida mucho de decírselo.

—Y hablando de tíos a los que ya no les gustamos, ¿puedes ver a alguien aquí? —le pregunta Charlotte mostrándole en su portátil una nueva foto tomada desde su ventana.

Arthur sigue controlándola. Charlotte se marcha de la Casa de la Radio furiosa y se adentra en el metro pensando que debe actuar sin tardanza.

*Alerta en lemonde.fr:*

*En Google, «color» se ha convertido en la palabra más buscada, por delante de «sexo».*

Charlotte se apea en la estación de metro más cercana al colegio de su hija. Camina despacio, guiándose con su bastón blanco. Desde fuera, cualquier observador pensaría sin duda que está concentrada en el camino. Pero nada de eso. Se lo conoce de memoria, y es también su subconsciente el que la guía. Su concentración está focalizada en la percepción de sus sentidos. Cuando se cruza con un transeúnte trata de reconocer su perfume. Oye los pasos apresurados de unos zapatos de tacón que caminan al ritmo de unas suelas de cuero, probablemente de alguna pareja muy chic. Distingue los pasos indolentes de una tropa de zapatos con suelas de goma, sin duda un grupo de jóvenes con zapatillas de deporte. Percibe una ligera brisa húmeda y nauseabunda cuando pasa por delante de una boca de metro, y el frío del aire acondicionado de una tienda cuya puerta está abierta.

Trata de captar la diferencia entre el mundo de antes y el de ahora. Pero para ella nada ha cambiado, a no ser porque, frente al colegio de Louise, el timbre de voz de los padres que esperan está teñido de una angustia cada día más pronunciada. Un padre se queja porque su hijo se niega a ir a clase de judo: el cinturón gris ha perdido todo interés para él. Una mujer contrariada cuenta los comentarios de su marido deprimido: «¿Sabéis lo que me ha dicho hoy? Que había tenido insomnio. ¡No se ha despertado hasta las nueve y no ha conseguido volver a dormirse!».

Pero las conversaciones giran esencialmente sobre el apetito perdido de los niños. Ninguno quiere comer. ¡Ni siquiera pasteles!

Por primera vez oye a algunos padres que tratan de ver el lado positivo de las cosas.

—Pues, desde que las espinacas ya no son verdes, he conseguido que se las tome —dice una madre.

—Y yo he logrado que pruebe las ruedas de regaliz, ahora le encantan —añade un padre con una voz suave.

—El mío ha dejado de ver series. Al ser en blanco y negro, tiene la impresión de estar mirando algo antiguo. Sin embargo, cosa increíble, ha empezado a leer novelas.

«Tinta negra sobre papel blanco... Al menos los colores no han cambiado en los libros», piensa Charlotte.

De pronto identifica en medio de todas las conversaciones que se cruzan un leve «mamá» murmurado a una decena de metros. Es Louise, que corre a su encuentro. Charlotte se agacha y vuelve la cabeza aguardando el contacto suave de los labios de su hija en su mejilla.

—¡Toma, mamá! —dice la niña, que retrocede tras darle un beso húmedo y le tiende una hoja de papel.

Charlotte oye el leve crujido del papel y lo agarra.

—¿Qué bonito dibujo has hecho hoy?

—Una puesta del sol sobre el mar... Es toda gris... ¿Puedo hacerte una pregunta? —añade con voz vacilante—. ¿Por qué nunca estás triste?

—¿Por qué crees que debería estarlo?

—Porque no puedes ver los colores, y ahora sé que es muy duro para ti.

—Tal vez pueda verlos, cariño. No con los ojos, sino con todo mi cuerpo. Y veo que eres una princesa de brillantes colores. ¿Sabes lo que eso significa?

En ese París de noviembre color cucaracha, el verano se niega a marcharse. Arthur, sentado como todos los días en la terraza del QG, humedece sus labios en una cerveza de barril translúcida, coronada de espuma blanca. Observa entrar a un cliente habitual, pero le cuesta reconocerlo sin sus mejillas sonrosadas. Este asiduo del bar ha cambiado su gorra por un sombrero de fieltro. Es la nueva moda masculina. Los referentes icónicos contemporáneos han cambiado para dejar paso a los héroes de las películas en blanco y negro como Humphrey Bogart o Cary Grant, según han explicado los sociólogos. Las viejas películas están experimentando un resurgimiento. Al menos, en aquella época, era «normal» verlas sin color.

Arthur mira distraídamente sus correos electrónicos. Spams, ¡nada más que spams! A excepción de un cariñoso mensaje de su antigua colega de trabajo Solange, que le da noticias suyas y le desea buena suerte, adjuntando la foto del grupo tomada delante de la fábrica. De pronto suena su teléfono. Es la empleada de la Oficina de Empleo proponiéndole una próxima cita.

Arthur busca en sus bolsillos algún bolígrafo y encuentra el lápiz Gaston Cluzel originariamente rosa, que se guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Apunta como puede la hora de la cita en el posavasos de su cerveza. Las letras apenas se distinguen, escritas en un gris demasiado luminoso.

Entonces ve a Charlotte caminando por la calle, de la mano con su hija. Ambas se están acercando. Bien mirado, es más bien Louise quien da la mano a su madre y abre el paso. Maravillado, las contempla desfilan por delante de él.

—¡Oh! Qué bonito es el lápiz de ese señor —exclama de pronto Louise.

Arthur no puede desaprovechar la ocasión, así que le cuelga el teléfono a la empleada de la Oficina de Empleo.

—¿Te gustaría tenerlo? —le pregunta con una gran sonrisa Arthur a Louise, ofreciéndole el lápiz.

Louise lo examina de arriba abajo con el ceño ligeramente fruncido.

—Yo le conozco, señor —afirma la niña.

—Sí, señorita, vivo justo encima del café, enfrente de su casa.

—¿Tiene la nariz un poco aplastada? —pregunta Charlotte con voz suspicaz.

—Eh... He sido jugador de rugby. ¡Pero no está tan aplastada!

—¡Debería darle vergüenza! Ven, Louise, nos vamos —exclama, tirándola del brazo.

—¿Por qué debería avergonzarse de tener la nariz como una patata? —pregunta Louise.

—¡Él sabe muy bien por qué lo digo!

—¿Por qué lo dice? —repite Arthur, que sabe perfectamente por qué.

¿Cómo ha podido darse cuenta? Tal vez no sea del todo ciega, piensa.

—Lo siento mucho, me llamo Arthur —añade, como si eso fuera una excusa. Le tiende la mano por si acaso—: Encantado de...

Charlotte atraviesa rápidamente la calle semipeatonal hasta la puerta de su edificio. Arthur las sigue e intenta distraerlas dirigiéndose a la niña.

—¡Aquí tienes el lápiz, es para ti!

—Nada de eso —se enfurece Charlotte, su tez gris oscureciéndose por la rabia—. ¡No queremos tener nada que ver con usted!

Incluso furiosa, su voz continúa siendo increíblemente dulce. Pero, para Arthur, lo más sorprendente es que esa voz le resulta familiar.

Abre la boca para responder alguna cosa, pero ningún sonido sale de ella. Entonces, regresa cabizbajo a su mesa para ingerir el resto de su bebida.

«Debería dejarlo», se reprende haciendo un gesto al barman para que le ponga otra cerveza.

Louise y Charlotte entran en el edificio cogidas de la mano. En ese momento, la niña se da la vuelta y cruza su mirada con la de Arthur. Le dedica una gran sonrisa y le muestra, muy orgullosa, el lápiz que él discretamente ha deslizado en su mano.

Una vez en casa, Louise corre directa a su habitación y, sin siquiera quitarse el abrigo o dejar su cartera, coge un cuaderno que descansa sobre su pequeño escritorio y se tumba en el suelo. Boca abajo, con los pies agitándose en el aire y la punta de la lengua asomando por la comisura de los labios, dibuja con el lápiz Gaston Cluzel.

La noche ha disipado el día gris y su pálido sol. Fuera, empieza a refrescar. Arthur acaba de entrar en el bar mientras que Gros, el dueño, tan alto como delgado, seca los vasos detrás de la barra. Su corbata negra, fijada a la camisa blanca por un alfiler, le da un falso aire de viejo apuesto y distinguido, mientras que su acento cantarín revela su procedencia de la Auvernia. La decoración estilo años setenta del bar data exactamente de esos años. Nada ha cambiado desde entonces, salvo la inmensa pantalla plana que ha reemplazado a las máquinas de pinball y al futbolín. La decoración no es el fuerte de Gros, ni tampoco la limpieza. Pero, sin color, apenas se aprecia.

Gros cambia la cadena de deportes en la que se suceden los partidos de fútbol para poner otra de informativos. Hace seis meses aquello habría desencadenado un auténtico motín, con los parroquianos ebrios, marchándose rápidamente, entre fuertes protestas, a otro bar. Pero ahora nadie se inmuta. Tanto en el bar como en la televisión, se continúa hablando de los colores, en todos los tonos, desde todos los puntos de vista. Un director de empresa se queja ante las cámaras de que en su fábrica la tasa de absentismo ha alcanzado una cifra récord. El conservador del museo del Louvre lamenta el importante descenso de visitantes y parlorea sobre la Gioconda. Está convencido de que ya no sonríe.

—Por la Mona Lisa —brinda Momo, apurando su copa—. Gros, ponme otro gris, por favor...

—¿Cómo dices?

—Bueno, un amarillo de los de antes. —Se ríe, satisfecho de su chiste de dos euros y treinta céntimos, el precio de la bebida anisada.

Charlotte Da Fonseca cuenta más que nunca con el beneplácito de sus oyentes. Sin embargo, los correos electrónicos que recibe siguen planteando la sempiterna pregunta: ¿por qué?

Hasta ese momento, Charlotte se ha negado sistemáticamente a responder al no contar con ninguna explicación científica válida. Los coloquios en los que participan sus prestigiosos colegas del mundo entero no le han aportado la menor respuesta. Pero Mehdi Toque seguía insistiendo:

—Se puede luchar contra el miedo, pero no contra la angustia. El miedo aparece cuando uno sabe qué lo provoca. La angustia, en cambio, es fruto del desconocimiento. Tras el 11 de septiembre, los estadounidenses enseguida culparon a Bin Laden de lo sucedido, sin estar realmente seguros de que fuera el responsable. Lo único que importaba era tranquilizar a la gente. Necesitamos saber contra quién se lucha. De modo que di lo que quieras, incluso puedes decir que así estaba previsto en el orden de las cosas, pero dales una maldita explicación a nuestros oyentes. La entrevista se emitirá dentro de una hora.

—Está bien, *boss* —se resigna Charlotte pensando en la famosa frase de De Gaulle: «Buscadores hay muchos. Lo que yo quiero son personas que encuentren».

«Si los neurocientíficos no han encontrado ninguna explicación, tal vez haya que buscarla del lado de los sociólogos», se dice al sentarse cincuenta minutos más tarde en el gran estudio.

—*Charlotte Da Fonseca, ¿tenemos ya alguna explicación para el terrible*

*fenómeno que estamos sufriendo?*

*—Sabemos con seguridad, Mehdi, que este terrible fenómeno, como lo ha definido usted, solo afecta a los humanos. No ha habido ningún cambio en la percepción de los animales.*

*—Entonces ¿por qué los hombres?*

*—Tal vez porque la naturaleza ha comprendido que nosotros ya no necesitamos tanto los colores, al contrario de los hombres prehistóricos, que sí los necesitaban para distinguir desde lejos a los predadores o para saber si los frutos de los árboles estaban maduros. Es evidente que ese ya no es el caso. Y si se contempla con atención nuestro futuro, uno inconscientemente lo imagina sin color.*

*—¿Cómo es eso?*

*—Pensemos en la mayoría de las grandes películas de ciencia ficción. Desde 2001, Odisea en el espacio hasta Gattaca, pasando por Matrix, Mad Max, La guerra de las galaxias y, por supuesto, Hombres de negro, los humanos se visten con poco color y viven en entornos acromáticos.*

*—¡Pero nuestro presente aún era muy colorido!*

*—Cada vez menos. Tomemos como ejemplo la decoración de nuestros hogares. Cuando compramos una casa vieja, lo primero que hacemos es retirar los papeles pintados para pintar las paredes de blanco. En las casas de nuestros abuelos se tenía la costumbre de hablar de la habitación azul, la habitación roja, la habitación amarilla... Hoy en día solo existe la habitación blanca, la habitación blanca y la habitación blanca.*

*—¿Y pasa lo mismo con nuestros coches?*

*—Desde luego. Aquellos que han tenido la oportunidad de viajar a Cuba se han quedado maravillados ante los viejos vehículos multicolores, pero lo que hemos olvidado es que existían exactamente los mismos por las calles de París. Estos últimos años, tres de cada cuatro coches producidos en el*

*mundo han sido negros, blancos o grises, mientras que el trío ganador de los años cincuenta era el verde, el rojo y el azul. En esa época y por razones de marketing, nos ofrecían una gran variedad de colores para nuestras carrocerías; sin embargo, tras recibir el coche, a los compradores no acababan de gustarles esos colores.*

*—¿Y en el ámbito de la moda?*

*—A excepción del reinado de Francisco I en el que el negro se instituyó como el color de rigor, hasta finales del siglo XIX, resultaba de buen tono, tanto para los hombres como para las mujeres que poseían medios económicos, llevar vestimenta muy colorida. Los trajes de novia, por ejemplo, eran rojos. Hubo incluso célebres asociaciones de colores. Basta recordar a Werther, el héroe de la novela de Goethe, vestido de azul y amarillo. Y esa asociación de colores fue adoptada por la mayoría de los jóvenes acaudalados de la época. Más adelante, a principios del siglo XX, los colores vivos prácticamente desaparecieron de nuestro guardarropa. La preferencia por el negro en la moda nunca ha sido tan absoluta.*

*—En definitiva, la desaparición del color es por tanto la evolución lógica e ineluctable del mundo de la globalización, de un mundo que se moderniza. Así pues, ¿hay que aceptarlo y regocijarse por ello?*

*—¿Realmente tenemos elección?*

*Alerta en lemonde.fr:*

*Anulación masiva de los viajes para este invierno a las Maldivas, las Seychelles y la Polinesia. A los turistas ya no les resultan atractivos los arrecifes de coral.*

Hace ya un buen rato que ha anochecido. Charlotte, sentada ante la mesa cerca de la ventana, percibe ahora las luces difusas de las farolas parisinas. Ha vuelto a repasar la entrevista radiofónica. «El jefe me ha hecho decir que el blanco y el negro eran los colores del futuro. Tengo la sensación de haberme metido en una trampa...»

Ensimismada en sus pensamientos, oye sin embargo a Louise bajar de un salto de su silla, y luego un «gracias, mamááá», cada vez más lejano. Al pasar el dedo por su plato advierte que se lo ha comido todo. Es una niña muy fácil de llevar, se dice, que se ha adaptado de forma instintiva a una madre un tanto «particular». Charlotte tiene una especialidad: los platos con salsa. Y la pastelería. Su balanza parlante de cocina le permite medir con exactitud los ingredientes. El hecho de que su hija disfrute con su cocina es para ella un gran orgullo.

Mientras quita la mesa, Charlotte imagina a Louise trajinando en su habitación. Unos minutos más tarde, nota un ligero olor a suavizante tras ella. Charlotte se acerca y encuentra a tientas el hombro de su hija. El tacto del grueso algodón le confirma que la niña se ha puesto ella sola un pijama limpio.

—Muy bien, cariño, ahora tienes que acostarte. Es tarde.

—Toma, mamá —dice Louise tendiéndole un dibujo para ganar un poco de tiempo.

—¿Qué es?

—Un cerdito rosa que corre entre la hierba rosa.

—Pero ¿en el juego el cerdito no era verde?

—Sí, pero solo tengo un lápiz rosa. Y, además, un cerdito es más bonito de color rosa.

Así es la fuerza de los niños, se dice Charlotte. Poseen tanta imaginación que pueden recrear mentalmente un mundo ideal.

—¿Y tu cerdito rosa para quién es?

—Para Abu, por supuesto.

—Le hará mucha ilusión. Y ahora a la cama. ¡Mañana hay colegio!

Repantingado en su sofá delante del televisor, Arthur cierra el puño y aplasta una lata de cerveza vacía. Sabe que es la sexta de la noche dado que el pack se ha terminado. En los informativos se anuncia el lanzamiento de un gran concurso para diseñar una nueva bandera francesa con el fin de no confundirla con las banderas italiana, belga, irlandesa, etc.

Arthur contempla los primeros bocetos propuestos. Tal vez por nostalgia, muchos han presentado un diseño con una flor de lis más o menos estilizada. Pero algo sigue preocupándole. ¿Cómo ha podido ella verle por la ventana?, se pregunta observando casi a su pesar a Charlotte ordenar la compra meticulosamente.

Aquello le abre el apetito. Su vientre protesta descontento. No ha comido nada desde ayer. Se acerca a la cocina y abre el armario: vacío. Lo único que encuentra es una botella de Pastís 51, en la que apenas queda un culín, y un pequeño bote redondo transparente que contiene jengibre confitado, sobrante de un menú japonés. Vierte el contenido de la botella en un gran vaso sucio que saca del fregadero y se traga el resto del jengibre grisáceo. ¡Un 102!, se dice pensando en Serge Gainsbourg y echando un poco de agua en su pastís doble. Alza su vaso en memoria del músico y hace balance de su situación. ¿Alcohólico? ¡Afirmativo! ¿Parado? ¡Afirmativo! ¿Sin blanca? ¡Afirmativo! ¿Fracasado? *No comment!*

Sentado de nuevo en el sofá, lanza una a una las seis latas hacia el cubo de basura. La sexta la encesta. ¡Tres puntos! «Tendría que dedicarme al baloncesto profesional», ironiza dando el último sorbo para intentar tragar el jengibre pegado a su esófago.

Con ojos semientornados distingue cómo su vecina coloca un dibujo de su hija en el frigorífico con la ayuda de un imán. Un cerdito rosa, reconoce Arthur desplomándose en el sofá. Unos segundos más tarde, se duerme delante de la pantalla en la que vibran imágenes en blanco y negro.

## Cuando se advierte que el vino rosado en realidad es naranja

*Esta noche, unos terroristas islámicos han saltado accidentalmente por los aires mientras fabricaban una bomba. Los expertos creen que han confundido los cables que antes eran azul y rojo al tratar de conectarlos.*

La información se repite sin descanso en todas las cadenas. Aún medio dormido, Arthur ha oído la noticia al menos una decena de veces, tal vez más. «Si es cierto que Dios existe, a veces hace bien las cosas», piensa masajeándose la nuca. Tiene una terrible resaca.

Tumbado en su sofá aún con la ropa puesta, y con el cuerpo dolorido, aprieta el botón del mando a distancia para apagar el televisor y se endereza. Al tocar el suelo, sus pies desnudos pisan algo viscoso. Es vómito fresco. No se acuerda de nada. Su mente es como un agujero negro. ¿Qué hizo anoche? Mira a su alrededor en busca de algún indicio. Su apartamento es una inmundicia, hace semanas que no lo limpia, tal vez meses. Observa fijamente su vómito. Siente ganas de morirse. Es un inútil, no sirve para nada, se dice. Si desapareciera, nadie se daría cuenta y acabaría convertido en una bola pestilente. Al igual que algunos son capaces de leer el futuro en los posos de café, Arthur ve el suyo en su vómito, lo percibe en su olor nauseabundo. Sin embargo, algo le resulta extraño. Distingue claramente el jengibre entre los restos. «¡Oh, no! —Hace un gesto de asco al reconocer el tubérculo—. ¡No

puedo creer que me haya comido esa porquería! ¡Hacía más de un año que estaba en el armario!»

Pero es otra cosa lo que le alerta. Sus conexiones neuronales anestesiadas por el alcohol intentan, no sin grandes dificultades, retomar una actividad coherente. Y, más exactamente, el área a nivel del córtex que trata, desesperadamente, de enviar una información a las otras zonas que activan la consciencia. Al emerger de esa bruma cerebral, Arthur comprende qué es lo que no encaja: el color de la raíz de jengibre. En medio de la sustancia gris, el jengibre ha recuperado su tonalidad rosada.

Coge un trozo de jengibre en parte disuelto por los jugos gástricos y lo seca con una servilleta de papel. Posee ese tono rosa químico, característico de la comida que sirven en los restaurantes chinos que quieren hacerse pasar por auténticos japoneses.

Arthur recupera todos los restos de jengibre, los limpia con cuidado antes de colocarlos en un platillo de café que deposita en el centro de la mesa baja de cristal. Los mira fijamente, como un creyente que contemplara un tótem religioso, con fascinación, temor, asombro, esperanza. Una nota de color en un universo gris.

Y entonces toma una resolución: ordenar su apartamento. Llena alegremente una gran bolsa de basura con toda clase de desperdicios diseminados por cada rincón de la casa. En su habitación, a los pies de la cama, la ropa se ha ido acumulando en capas de sedimentos. Color pizarra, calcáreo o granito, cada día un nuevo estrato de calcetines, calzoncillos y camisetas se ha ido superponiendo al anterior. Tras cargar la lavadora de ropa, se dispone a hacer una limpieza a fondo. Cuando termina, se da una buena ducha. «Tengo que enseñarles esto a los amigos», se dice mientras siente cómo el agua caliente se desliza por su espalda y alivia su resaca.

Arthur se viste a toda prisa, desciende las escaleras con el pelo aún húmedo y entra en el QG. Es temprano y no hay nadie en el bar aparte del dueño y de Gilbert, que está tomándose un café sentado en la barra y leyendo *L'Équipe*. Las estaciones de esquí quieren revisar la clasificación de sus pistas según sus dificultades. Las pistas verdes y azules se convertirán en pistas blancas, las pistas rojas, en pistas grises. Solo las pistas negras seguirán llamándose igual.

—Detesto el esquí —declara Gilbert haciendo una mueca—. Y además tengo vértigo.

—Gros, mira lo que he vomitado —exclama triunfante Arthur poniendo ante sus narices un cuenco con los restos de las raíces de jengibre masticadas.

—¡Es asqueroso, quítamelo de la vista!

—¡Pero mira el color!

—Este ya está borracho perdido —suspira Gros dirigiéndose a Gilbert, que ha levantado la nariz de su periódico.

Arthur deposita el cuenco sobre el periódico de Gilbert.

Gilbert es el tipo de hombre con el que más te vale llevarte bien. Pequeño, no especialmente robusto, muy seco de trato, impresiona a los demás por el halo de misterio que le rodea. Su piel marcada de viruela le da a su rostro gris un aspecto semejante al de la concha de una ostra. Un volcán submarino adormecido durante una cincuentena de años que no pide más que despertarse. La violencia tranquila. Va siempre vestido con el mismo abrigo negro cien por cien cachemira y colecciona zapatos de marca, lo que demuestra que no le falta el dinero. Cada vez que alguien le pregunta sobre su vida, fulmina a su

interlocutor con una mirada que hace que la curiosidad del otro desaparezca de inmediato.

—¿Qué color crees que tiene esto?

—Saca esa cosa de mi vista —ordena Gilbert con cara de asco, y luego vuelve a sumergirse en su periódico.

—¿Es que no veis que es rosa? —se desgañita Arthur, desesperado.

Gilbert le lanza una mirada del color de su abrigo de cachemira. Arthur retrocede un paso.

—Toma, ayer te lo olvidaste —le dice Gros sacando el posavasos en el cual Arthur había apuntado su cita en la Oficina de Empleo.

—¡Esto también es rosa! —brama Arthur contemplando su caligrafía—. Lo escribí con un lápiz que era rosa. Y el rosa ha reaparecido. ¿Es que no lo veis?

—Deja de darnos el coñazo —advierde Gilbert en tono cada vez más amenazante.

—Escucha, Arthur, la situación está siendo difícil para todos —interviene Gros, cuyas profundas ojeras subrayan sus palabras—. Todos estamos agotados. Voy a hacerte un café bien cargado.

Barrio de la Bolsa. Pierrette, un poco nerviosa, empuja la puerta de cristal del salón de té.

—Aquí es —le dice a Simone, que la sigue mientras mira con curiosidad a su alrededor.

Pierrette inspecciona los deliciosos pasteles que se ofrecen en el mostrador, en especial los milhojas, que para ella son los mejores de París. Realmente los pasteleros y los cocineros están en dos planetas diferentes, se dice la laureada chef cada vez que los degusta.

—¿Nos sentamos ahí? —sugiere Simone, abalanzándose sin esperar respuesta sobre un sillón de terciopelo gastado, y feliz de poder dar descanso a sus doloridos pies.

Las botas de plástico con suela de plataforma hasta entonces color bermellón, que David Bowie en persona le regaló tras su gira de *Ziggy Stardust*, le quedan un poco grandes. Esas botas son para Simone como máquinas para retroceder en el tiempo, hasta una época donde reinaba la despreocupación y todo estaba permitido, especialmente si estaba prohibido.

Pierrette se deja caer en el sillón al otro lado de la mesa baja. El orondo gato del salón se acerca a ella y salta sobre sus rodillas.

—¡Aquí estás! —exclama Pierrette.

Busca con la mirada al dueño con el que ha hablado por teléfono esa mañana, pero no está. Un joven camarero con chaleco y pajarita se acerca a ellas.

—Mejor me pido un milhojas —dice Pierrette, cada vez más agitada.

—Como quieras. Entonces un milhojas y un té arcoíris —le dice Simone al

camarero guiñándole un ojo, un gesto que podría confundirse con un intento de ligar.

El camarero le responde con una leve reverencia aprendida en la escuela de hostelería.

—Al final, yo también tomaré el mismo té —añade Pierrette con cierta reticencia.

En la mesa de al lado, tres señoras de avanzada edad recién salidas de la peluquería sonrían simultáneamente tratando de captar la mirada de Pierrette, quien acaricia, nerviosa, al gato que ronronea.

Unos minutos más tarde, Pierrette levanta la tapa de la tetera. En lugar de bolsitas de té, descubre dos pequeños papeles secantes embebidos en LSD que difunden su contenido. Impresos en esos papeles, unos emoticonos le sonrían.

«¿Cómo es posible que yo sea el único que puedo ver el color rosa?», se pregunta Arthur al salir del bar. Se cruza con un atractivo joven que lleva una bolsa de compra color fucsia en la mano. Arthur le dedica una sonrisa almibarada, pero el otro interpreta mal su gesto de simpatía y baja los ojos. En una tienda para bebés, Arthur se para en seco ante los peleles de niño. Está en un tris de comprar uno, pero se escandaliza por el precio de ese pequeño trozo de tela rosa.

Durante todo el día se pasea por París, maravillado cada vez que percibe el rosa. ¡Ese color parece omnipresente y nunca se había dado cuenta! Rosa deslavazado, rosa crudo, rosa viejo, rosa claro. ¡Casi un centenar de matices de rosa que afloran, como insólitos oasis, en un desierto ceniciento!

Los bancos públicos están ocupados por lectores de todas las edades, que tratan de refugiarse en los libros.

—Me encanta Barbara Cartland —le comenta a una mujer mayor al advertir la portada de su novela.

Se detiene delante de una tienda de ropa usada para mirar una chaqueta de hombre color rosa chicle con lentejuelas. Sin duda debe tratarse de la indumentaria de algún cantante de una verbena popular. La chaqueta le queda demasiado grande. El dependiente, que no parece excesivamente interesado en vendérsela, hace una pequeña mueca, pero a Arthur le trae sin cuidado.

—Es magnífica —se entusiasma sin dejar de sonreír.

Al retomar su paseo, ahora vestido con la chaqueta rosa, Arthur ve una resplandeciente vajilla de ese mismo color en un salón de té. En el interior, media docena de señoras mayores muy elegantes se han puesto a cuatro patas y

ronronean o maúllan a cuál mejor. Una vieja roquera se rasca la oreja con grandes aspavientos, mientras que una de sus amigas le lame los cabellos que lleva muy cortos. Arthur reprime un suspiro ante los estragos del LSD. Disfruta algunos minutos del espectáculo, y después entra en una floristería. Compra un magnífico ramo de rosas damascenas, reconocibles por su bonito degradado de rosa a blanco. Es la primera vez en su vida que se regala unas flores.

De regreso a su barrio, distingue a apenas unos cincuenta metros a Charlotte y Louise, que se dirigen a su casa. Arthur, de mejor humor que nunca, corre para llegar hasta ellas. Mientras Charlotte teclea el código de su casa para abrir el portal, percibe un olor a flores a su espalda.

—Le pido disculpas, señora, si el otro día la importuné.

Ella reconoce la voz un poco jadeante y se vuelve hacia Arthur.

—Y para que me perdona, ¿puedo ofrecerle estas flores? —añade recordando que, de todas formas, no tiene ningún jarrón en casa.

—¡Desde luego que no! —responde secamente Charlotte.

—¿Tal vez unas cortinas? —intenta Arthur.

—¡No, gracias!

—Muchas gracias por el lápiz —se interpone Louise con ojos chispeantes.

Arthur advierte las mejillas sonrosadas de la niña.

Se agacha a su altura y le pregunta con su voz más dulce:

—¿Sabes de qué color era tu lápiz?

—Rosa —responde Louise al instante—. ¡Como tu chaqueta!

—Váyase —se enfurece Charlotte—. Deje a mi hija tranquila. ¡Si sigue molestándonos, llamaré a la policía!

—Espere, es increíble, su hija puede ver el color...

Pero Charlotte ya ha cerrado tras de sí el pesado portón de entrada.

—En este momento tenemos una promoción de cortinas grises con círculos grises más oscuros.

Es el primer cliente en tres días que entra en su tienda de decoración. La vendedora no se lo puede creer. El único color de su negocio es lamentablemente el rojo de su cuenta bancaria. Un rojo chillón. Entonces advierte que la persona que ha entrado es ciega y cambia su discurso.

—Tenemos también unos visillos muy suaves al tacto.

A juzgar por el timbre de su voz, Charlotte la imagina alta y fuerte y, por su perfume sutil, bastante coqueta. Supone, con razón, que tiene el cabello rizado, aunque no sabe cómo ha podido deducirlo.

—Yo quiero esos de ahí, mamá —dice Louise, toda vestida de rosa, señalando un tejido color fresa gominola.

—¡Es un tono gris perla muy bonito! Esas también están en promoción.

Charlotte se culpa por no haberlo pensado antes. Por supuesto, le gusta percibir la cruda luz del sol, que le indica cuándo es de día, o aquella más suave de las lámparas de vapor de sodio de las farolas de la calle que anuncian la noche. Pero, para ocultarse de las miradas, es necesario poner cortinas en las ventanas. Si todos los videntes las ponen, será por alguna buena razón. «Tal vez mi vecino me haya tomado por una exhibicionista», se dice.

Antes de volver a casa, traspasa la puerta del QG por primera vez en su vida. Detesta ese lugar que rezuma olor a colillas, sudor y alcohol. El café está más abarrotado que nunca. Junto con las librerías, los cafés son tal vez los únicos comercios cuyas cifras de negocio han aumentado.

—¡Buenos días! ¿Está por aquí un tal Arthur?

*Alerta en lemonde.fr:*

*Fuerte depreciación de un cuadro de Rothko, vendido solamente por cincuenta mil euros.*

Arthur, tumbado en su sofá, abre su iPhone y se conecta a Facebook. Desde que sabe que hay más gente que percibe al menos un color, se siente menos solo.

Cuelga un comentario sobre cómo se siente:

«¡Veo el color rosa sin tomar LSD! ¡Soy feliz! ¿Le pasa a alguien más?»

Las reacciones de sus «amigos» no se hacen esperar:

«No tiene gracia.»

«Deja de beber.»

«Eres un auténtico gilipollas.»

En el momento en que Arthur elimina su comentario, suena el teléfono.

—Buenos días, Arthur, soy Charlotte, la vecina de enfrente. El dueño del QG me ha dado su número —dice con una voz tan tierna como el filete de un restaurante universitario.

—Escuche, lo siento mucho, yo...

Charlotte le interrumpe:

—Mi padre siempre me ha dicho que a grandes males grandes remedios. Me gustaría que me ayudase a colgar mis cortinas.

Arthur mira por la ventana y ve a su vecina al teléfono, frente a su ventana, con una tela rosa en las manos.

—Deme cinco minutos. Voy ahora mismo.

Charlotte es una adepta al *mindfulness*, un concepto importado del budismo que consiste en aceptar aquello que nos sucede, incluso los acontecimientos negativos, y tratar de extraer de ellos un beneficio. Aún recuerda perfectamente la conferencia a la que asistió en la universidad sobre la plena consciencia, al principio de la cual se pidió a los estudiantes que realizaran un ejercicio práctico.

—Imaginen que están conduciendo y se dirigen a una cita importante. Llevan veinte minutos tratando de aparcar y ya llegan con retraso. Por fin encuentran un sitio libre entre dos coches. Se adelantan hasta ponerse al nivel del primer coche y hacer la maniobra marcha atrás cuando, de pronto, otro automovilista que les sigue pegado a ustedes les quita el sitio y aparca directamente. El conductor incluso se permite lanzarles una sonrisa burlona cuando se baja del vehículo. Traten de encontrar tres beneficios a esa situación. ¡Y he dicho beneficios!

Gran silencio en la sala. Uno de los estudiantes decidió probar suerte:

—Pensaría que por fin iba probar la fuerza de mi bate de béisbol en los cristales de un Mini.

—Eso no puede considerarse un beneficio —intervino el ponente—. Piensen en otra cosa.

Silencio general.

—Voy a tratar de explicarles la mecánica de este método. Cuando nos enfrentamos a una situación de gran estrés, se activan instantáneamente las conexiones neuronales en nuestro cerebro límbico, el mismo que ha permitido a la especie humana advertir los peligros y sobrevivir desde la noche de los

tiempos. Pero esa parte de nuestro cerebro está muy limitada. Se remite a la emoción y no favorece la reflexión. Todo consiste en crear activaciones neuronales en el córtex prefrontal, área cerebral que controla la imaginación y el razonamiento. Así podrán dominar sus emociones.

El silencio se volvió un tanto dubitativo.

—Aprovecharé para disfrutar hasta el final un tema musical que estoy escuchando por la radio —sugirió Charlotte para romper el silencio.

—Así tendré una excusa para justificar mi retraso y podré relatar la anécdota en tono de broma —propuso otro estudiante.

—Me digo que eso me servirá de lección. Y la próxima vez que tenga una cita importante saldré mucho antes para llegar más relajado —añadió un tercer estudiante.

El conferenciante esbozó una amplia sonrisa satisfecha.

—Por suerte nuestro córtex tiene una enorme plasticidad. Y, como estudiantes de neurociencia, saben que, al contrario de lo que dice la sabiduría popular, creamos constantemente nuevas neuronas. Cuanto más practiquen este ejercicio, más se acostumbrará su cerebro a permanecer conectado, en cualquier circunstancia, a su córtex prefrontal. Esa es la actitud que caracteriza a la mayoría de los grandes hombres que consideramos sabios.

Mientras se peina delante del espejo, Arthur se da cuenta de que para seducir a su vecina aquello no es suficiente. Abre el armarito del baño, hurga en su interior, encuentra un viejo frasco de perfume Giorgio Armani, y se rocía generosamente con él. Luego reúne todos los útiles necesarios: taladradora, cinta métrica, tacos y tornillos y, unos segundos más tarde, su dedo está apretando el timbre. Es Louise quien le abre.

—He sido yo quien las ha escogido —afirma, orgullosa, señalando las cortinas—. Todas las demás eran grises.

—No hace falta que le diga en qué ventana necesito colgar las cortinas —murmura Charlotte con voz sorprendentemente divertida.

Media hora más tarde, Arthur, con las manos en las caderas, admira su trabajo. Nunca ha sido muy hábil con el bricolaje, pero el resultado no es «demasiado malo», como dicen en Quebec. Y la cortina parece que aguantará, a pesar de que los tacos son más grandes de lo debido. Louise se acerca. Arthur reconoce el lápiz rosa rodamina que la niña sostiene en su manita.

—¡Mira! —le dice tendiéndole una hoja de papel.

Ha hecho un dibujo en la pequeña hoja de un bloc de notas. Con un poco de imaginación se puede distinguir una silueta humana gris vistiendo una chaqueta rosa, encaramada a una escalera para instalar una cortina rosa delante de una ventana gris. Según el esbozo de Louise, él tiene una tripa enorme y la barra de la cortina no parece estar muy recta. Arthur comprueba esos dos aspectos. Lamentablemente son ciertos.

—Es el dibujo más bonito que me han hecho nunca —responde Arthur con sinceridad, dado que es el primer dibujo que le regalan.

Se muere de ganas de decirle a Charlotte que tanto su hija como él pueden ver el color rosa. Pero no se atreve por miedo a que ella vuelva a tomarlo por un chiflado.

—¿A qué se dedica? —le pregunta finalmente, al no encontrar nada mejor para entablar conversación.

—Soy especialista en colores.

¡Ahí está! Se está burlando de él. No insiste más. Dobla la pequeña hoja de papel, que guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Bueno, tengo que irme. Si necesitan cualquier otra cosa, estoy a su disposición.

—Muchas gracias —responde simplemente Charlotte, enfatizando sus palabras con el chasquido de la puerta.

Arthur hace una parada en el QG. Después de todo, ha sido una auténtica jornada de trabajo, de duro trabajo, y, además, es el día de catar el nuevo beaujolais. Un vino que ahora ve distinto.

*Alerta en lemonde.fr:*

*E. L. James debería publicar próximamente una nueva novela: «Un millón de matices de Grey».*

—Te digo que puedo ver el color de este vino —repite sin cesar Arthur, esta vez dirigiéndose a Momo, su amigo repartidor.

—Y yo te digo que ya no se habla del color del vino, sino de su capa —le responde este último.

—Entonces ¿cuál es la capa de este nuevo beaujolais?

—¿De este? Entre el cemento diluido en agua, la cerveza Guinness y el Bovril.

—Y antes, ¿cuál era?

Momo saca pecho, adopta la actitud de un gran experto, hace girar el vino en la copa y contempla su resplandor con atención.

—Los enólogos lo definen como una tonalidad cereza blanca, un rojo claro, testimonio de su juventud.

—¿Y qué color es el rojo claro? ¡Rosa! ¡Y yo puedo atestiguar que este año el beaujolais joven es muy rosa!

—No, el beaujolais joven no es un vino rosado.

Una idea atraviesa la mente alcoholizada de Arthur.

—Una buena idea, esa. Voy a compararlo. ¡Gros, un rosado, por favor!

Gros levanta la vista al cielo y le sirve una nueva copa.

—Pues bien, ya lo ves, al vino rosado no debería habersele llamado rosado —constata Arthur, decepcionado—. Yo lo veo casi gris. Algunos reflejos ligeramente rosas en la superficie, pero eso es todo. Y puedo asegurarte que ahora mismo me he convertido en todo un especialista del rosa. Pero, si no recuerdo mal, tenía más bien un tono un poco anaranjado. Qué más da, no pienso echarlo a perder.

Llevándose la copa a los labios, inclina la cabeza hacia atrás.

—Estás empezando a hartarnos con tu rosa —murmura Gilbert abriéndose paso hacia la barra para coger una copa de beaujolais—. ¿Así que dices que puedes ver este color? —pregunta en tono desafiante.

—¡Te lo aseguro!

—Vamos a hacer una prueba, creo que llevo encima una cosa en la que antes había algo de color rosa.

Gilbert saca su cartera.

—Tu permiso de conducir es rosa —se regocija Arthur.

—¿Me tomas por un pardillo? Todo el mundo sabe que los permisos de conducir eran rosas. Observa esta foto —dice Gilbert, tras sacarla de su cartera.

Una pareja digna de coronar una tarta nupcial posa en medio de una veintena de invitados endomingados y mujeres con sombrero, en su mayoría asiáticas, como la novia, que preside orgullosa con su traje de color merengue. Arthur mira de arriba abajo a Gilbert.

—Se dice que el alcohol conserva. ¿Este de aquí eres tú?

—Sí, ¿puedes ver algo rosa en la foto?

—Nadie va vestido de rosa —responde Arthur volviendo de nuevo a su copa.

—¡Fíjate bien!

—Ah, es cierto... ¡Llevabas calcetines rosas!

Gilbert, estupefacto, le mira fijamente con la boca abierta.

—No eran majaderías tuyas —farfulla finalmente Gilbert a Momo.

—Llevabas unos calcetines de un rosa intenso, parecido a este rosa —indica Arthur sacando el dibujo de Louise—. Es la hija de la vecina de enfrente quien me lo ha regalado.

—¡Joder! —exclama Gilbert al mirar el dibujo.

—¿Qué pasa? —dice Arthur.

—Oh, mierda —jadea Gros.

—¡Qué cabrón! —completa Momo en el mismo tono de la conversación.

—¿Qué pasa?

—¡Puedo ver el rosa en tu dibujo! —balbucea Gros, como si se le hubiera aparecido la Virgen, versión milagro, del Rosario.

—¡Y yo! ¡Y también en el beaujolais, ahora es rosa! —se maravilla Momo.

—¡Y yo puedo ver mis calcetines rosas en la foto! —proclama Gilbert.

Arthur se encarama en la barra, se coloca el dibujo por encima de la cabeza y lo muestra a la decena de borrachines que le rodean. Parece una conejita de *Playboy* anunciando el siguiente round en un ring de boxeo.

—¡Ronda gratis para todos! —ofrece Gros con voz temblorosa haciendo tintinear la campana.

*Alerta en lemonde.fr:*

*Un cuadro de la serie Outre-noir de Pierre Soulages vendido por trescientos diez millones de dólares se ha convertido en el más caro del mundo.*

Arthur no consigue dormir. La cabeza le da vueltas, le falta el aire. Abre la ventana para poder respirar mejor. A pesar del frío que finalmente se ha apoderado de París y del hecho de hallarse totalmente desnudo, está sudando. «Tengo que dejar de beber», se repite por trigésima vez esa semana, asqueado por el olor a vino barato que perla su frente. En sus manos, completamente arrugado y hecho una bola, aún conserva el dibujo. Un cliente ha intentado quitárselo en el QG. El ambiente se ha caldeado. Arthur no tiene nada contra una pequeña pelea, al fin y al cabo aquello le recuerda su pasado como jugador de rugby, pero no se encontraba en condiciones. Había decidido eclipsarse, «olvidándose» de pagar sus consumiciones. Un pitido estridente le saca de su ensueño. ¿El timbre? La última persona que pulsó ese botón fue un portero que apareció para entregarle una carta certificada. «¿Quién puede llamar a las once de la noche? ¿Será Gros, que quiere que le pague la cuenta?» Arthur, desnudo en la cama, se siente paralizado.

—¿Quién es? —pregunta.

—Disculpe que le moleste, soy periodista —dice una voz con acento extranjero.

—Vuelva mañana. No me encuentro bien.

—Debo insistir.

Arthur tan solo quiere dormir para espantar el impresionante vértigo que da vueltas en su cabeza.

—¡Mañana!

De pronto se oye un ruido sordo. Acaban de echar la puerta abajo. Dos hombres armados y enmascarados surgen ante él en la penumbra.

Bajo los efectos del alcohol, Arthur no experimenta ningún miedo, sino más bien irritación. Y, de pronto, lo entiende. Ellos también quieren robarle su dibujo.

—¡Es un regalo, mi único regalo, y es mío! —grita Arthur agarrando la hoja.

—¿Dónde está el dibujo? —pregunta el primer hombre encendiendo la luz.

Posee la corpulencia de un enorme gorila.

Arthur tiene el tiempo justo para introducir la bola de papel en la boca y ocultarla entre las encías y la mejilla.

Los dos hombres lo sacan brutalmente de la cama, tumbándole boca abajo en el suelo e inmovilizándole los brazos con una llave de lucha libre. Los gestos son precisos. Deben de ser profesionales. Arthur nota el papel hinchándose en su boca.

—¿Dónde está el dibujo? —repiten en un tono perentorio.

—Iros a la mierda —espeta Arthur.

El segundo hombre empieza a hurgar por todos los rincones del apartamento, sin mostrar ningún miramiento. Vuelca mesas, vacía cajones, armarios. A Arthur la situación le resulta divertida. Se ve como el héroe de una película de Hitchcock, inmerso en plena acción. Los héroes siempre salen bien parados, y, además, terminan en la cama de una atractiva rubia.

—¡Mierda, acababa de ordenarlo todo!

El gorila lo agarra por los pelos levantándole la cabeza.

—¿Dónde lo has escondido?

«Me recuerdan al Gordo y al Flaco», piensa de pronto Arthur contemplando a los dos intrusos. El Gordo y el Flaco con sombrero hongo calado hasta el mentón.

La sonrisa bobalicona de Arthur desaparece rápidamente tras una bofetada

de la mano libre del Gordo. El dibujo se atasca en su garganta. Arthur se ahoga y abre la boca. El Gordo descubre la bola de papel.

—¡Escúpela! —le grita.

Demasiado tarde. Se ha tragado la bola.

El Gordo lo levanta con un solo movimiento, lo inclina hasta ponerlo cabeza abajo y, sosteniéndolo con una sola mano contra su pecho, lo golpea en la espalda.

—Busca alcohol —le ordena al Flaco volviendo a inclinarlo—. Vamos a hacer que vomite.

El Flaco solo encuentra una botella de pastís vacía cerca de la basura. Ese cretino se lo ha bebido todo. En el cuarto de baño descubre el frasco de perfume sobre el lavabo. Se lo introducen en la boca. Contra todo pronóstico, Arthur no lucha y bebe directamente a morro como si quisiera más.

—Esto no funciona. ¿Qué hacemos? —pregunta el Flaco.

—¡Ya sé! —responde el Gordo estampando su pesada manaza sobre la cabeza de Arthur.

Parece que estuvieran en un concurso televisivo en el que la cabeza de Arthur hiciera las veces del pulsador que se golpea cuando el participante conoce la respuesta correcta. La mano cae sobre él repetidas veces, con todas sus fuerzas. Arthur suelta un grito cada vez, imitando de forma bastante aproximada el sonido del pulsador. Su cerebro, que flota en el líquido cefalorraquídeo, choca con cada impacto con la cara interna de su bóveda craneal, lo que provoca fuegos artificiales de colores en su consciencia. ¡Oh, qué azul tan hermoso! ¡Oh, qué rojo tan hermoso! El último golpe es aún más violento. Un ramillete multicolor final le hace perder la consciencia. Arthur tiene el tiempo justo de escuchar al Gordo exclamar:

—¡Le rajamos el vientre!

Arthur yace desnudo en el suelo de su habitación. Han transcurrido varios segundos, minutos u horas; no lo sabe con exactitud. Los dos hombres siguen discutiendo a voz en grito en el salón. Abre discretamente un ojo sin moverse. No hay sangre en su pecho. En principio está vivo. Distingue a través de la puerta al Flaco sosteniendo un cuchillo de cocina. ¡Su cuchillo de cocina! La buena noticia es que no lo ha afilado desde hace años. La mala es que al emerger progresivamente del limbo empieza a percibir retazos de su conversación.

—¡Yo me lo cargo y tú te las apañas para recuperar la hoja! —propone el Flaco.

—¿Y por qué no al revés? Llevo un traje nuevo y las manchas de sangre no se quitan bien en el tinte. Además, la acidez de la bilis podría estropear el color.

—Tu traje ahora es gris.

—¡Color antracita! ¡Y no quiero que me queden cercos!

—Podemos echarlo a suertes —sugiere el Flaco sacando una moneda de su bolsillo.

Arthur nota el cráneo dolorido. En unos pocos segundos, el dolor en el vientre será insoportable. «Prefiero que me duelan las piernas», se dice levantándose de golpe y precipitándose por la ventana abierta. Sin pensarlo dos veces, salta desde la segunda planta y rebota sobre el toldo del QG. Toca el suelo con el pie izquierdo, presagio de un día terrible, y se tuerce el tobillo. Llevado por su instinto de supervivencia, ignora el dolor y corre lo más rápido que puede hacia la comisaría del Distrito XIV. No son sus pies

ensangrentados los que frenan su carrera, ni tampoco su tobillo dolorido, sino más bien sus atributos masculinos, que se sujeta con una mano. Y así es como, confundiéndolo con un gesto de pudor, el agente de guardia de la comisaría observa correr hacia él a un hombre tan desnudo como un gusano.

El presentador que emite el parte meteorológico se hace un lío mientras farfulla sobre el tiempo: gris en la mitad norte del país y gris, incluso si no se aprecian nubes, en la mitad sur, antes de ceder la palabra a Charlotte.

*Una buena noticia: la desaparición de los colores va a agudizar nuestra percepción de los blancos, grises y negros. Pensemos en los esquimales que viven alrededor del círculo polar. Ellos poseen más de veinticinco palabras para definir el blanco, lo que prueba que el contacto cotidiano con la nieve ha agudizado desde hace mucho tiempo su sensibilidad. O, si no, en nuestros jóvenes, que se pasan horas enganchados a sus videojuegos y, más en concreto, a los juegos de guerra. ¿Y saben qué? Desde hace tiempo han desarrollado una mejor percepción de los contrastes, especialmente de los grises, lo que les permite tener una mejor visión nocturna.*

*Pues sí, la sensibilidad al color varía según las épocas y las culturas. En tiempos de Aristóteles, por ejemplo, no existían más que cinco nombres de colores: blanco, rojo, verde, azul y negro. No había ninguna palabra para designar al resto. Tal vez esta sea la prueba de que los griegos no eran especialmente sensibles a los colores. La claridad y la oscuridad eran nociones preponderantes. Se clasificaban los colores únicamente con relación a su luminosidad entre el blanco y el negro... En la Antigüedad, el blanco no era más que un amarillo extremadamente brillante, y el negro, el más oscuro de los azules...*

*Numerosos pueblos, como los aztecas o los japoneses, han confundido durante mucho tiempo el azul y el verde. Hace apenas unas semanas, un*

*automovilista nipón, estando ante un semáforo en verde, lo llamó «semáforo azul», cuando el color del semáforo verde era idéntico al que nosotros tenemos en Occidente y que, les recuerdo a los automovilistas despistados, es la luz que se encuentra más abajo en los antiguos semáforos tricolores...*

*Hasta mañana, queridos oyentes.*

—¡Manu, ven a oír esto! —grita un inspector de policía.

El tal Manu, cuyo uniforme ostenta galones, entra en el despacho y descubre a un hombre desnudo sentado en una silla. El inspector extrae de la impresora que ha terminado de crepitar en ese instante una hoja de papel A4. Comienza a leer mientras sonrío:

«El abajo firmante Arthur Astorg declara: “Esta noche he estado catando el nuevo beaujolais con unos amigos en el bar de costumbre llamado QG en París, justo debajo de mi casa. Y ahí pude apreciar con claridad que el vino tenía un tono rosado. Al mostrar a los otros clientes del bar un dibujo realizado por una joven vecina, todos consiguieron ver el color rosa. Bebimos algunas copas para festejarlo y regresé a mi casa y me acosté. Unas horas más tarde, dos hombres encapuchados tiraron abajo la puerta de mi casa para robarme el dibujo que acabé tragándome. Mis agresores eran profesionales muy peligrosos. Mientras echaban a suertes cuál de ellos me destriparía, salí huyendo de allí, saltando por la ventana. He venido directamente aquí corriendo hasta su comisaría para presentar una denuncia”».

El oficial Manu se rasca la nuca: ¡Los efectos del LSD mezclado con beaujolais son aún más potentes!

—Muy bien. Firme aquí, señor.

—¡Sé que resulta difícil creerlo, pero es la verdad! —añade Arthur cogiendo el bolígrafo—. Seguro que fue algún cliente del bar quien les avisó.

—Corre usted un gran peligro —ataja Manu, inclinando gravemente la cabeza—. Vamos a mantenerle aquí unas horas en un lugar seguro.

—Ahora que lo pienso, todos saben que ha sido mi pequeña vecina la que me ha regalado el dibujo. Tienen que protegerla también a ella. No conozco el número de su casa, está justo enfrente de la mía, en la segunda planta. Su nombre es Louise y su madre se llama Charlotte.

—¡Por supuesto! Estableceremos una vigilancia con helicóptero. Desde

arriba, incluso podremos ver si hay una manada de elefantes rosas en París. Inspector, denle un pantalón y una camisa y acompañen a este señor a la celda de desintoxicación. Allí no podrán encontrarle —dice riendo el oficial.

Al salir de la comisaría, lo primero que le viene a la cabeza a Arthur es advertir a sus vecinas antes de que sea demasiado tarde. Lo único que sabe de sus horarios es que Charlotte va a recoger a Louise a la salida del colegio y regresan juntas al apartamento en metro. No se atreve a volver a su casa así que espera pacientemente en el andén tratando, en la medida de lo posible, de no llamar demasiado la atención. «Suelen pasar por aquí hacia las cinco de la tarde», se dice.

—¿Tiene hora, por favor? —le pregunta a una anciana.

Esta, tras retroceder ligeramente, acelera el paso y baja la cabeza, sin responderle. Arthur es consciente de que descalzo, con aspecto desaseado y con un pantalón que le viene demasiado grande no resulta el yerno ideal.

—Solo quiero saber la hora —implora a distintas personas.

—Las 17.32 —termina por responder un joven barbudo con aspecto de hípster tras consultar su reloj Apple.

Ya ha pasado más de una hora. ¡Tal vez les haya sucedido algo malo! Presa del pánico Arthur exclama: «Nadie me cree. Ni yo mismo me creo».

Está desesperado. «¡Si las encuentro, juro que no volveré a probar una gota de alcohol! ¡Al menos en todo el día!», añade acto seguido al distinguir un bastón blanco salir de un vagón del metro. Un segundo más tarde, reconoce a Charlotte y a su hija, vestida de princesa, cogidas de la mano. Arthur se ha repetido decenas de veces lo que tiene que decir. Seguramente lo tomarán por loco, pero no tiene elección. Su única oportunidad es hablar con Louise. Espera en el andén a que pasen por delante de él y se queda sentado para estar al mismo nivel que la niña. Le hace un pequeño gesto con la mano.

—Hola, Louise, ¿sabes que tu dibujo les ha gustado mucho a mis amigos? A todo el mundo le ha encantado.

Las mejillas de Louise, un poco turbada por el cumplido, se sonrojan.

—Escuche, Arthur —dice Charlotte, reconociendo la voz—, le agradezco que me ayudara a colgar las cortinas pero, ahora, le suplico una vez más que nos deje tranquilas.

Arthur cambia de estrategia.

—Están en peligro. Su hija tiene un don. No sé por qué, pero basta que uno contemple uno de sus dibujos hechos con el lápiz que le regalé para percibir de nuevo el color rosa. Basta con eso y ya está. Hay gente dispuesta a hacer cualquier cosa para apoderarse de sus dibujos. Y esa gente no bromea.

—¿Me permite que le dé un consejo? —replica Charlotte en un tono lo más dulce posible—. Debería dejar de beber. Apesta a vino a kilómetros.

—¡Se lo suplico, no vayan a su casa!

Charlotte no le responde y continúa su marcha siempre agarrando la mano de Louise, que se vuelve sin dejar de mirarle. Ambas salen del metro y Arthur, que las sigue a una treintena de metros, no sabe qué hacer. Una vez en el exterior, percibe un olor a quemado, cada vez más intenso. Al llegar a su calle, siempre a algunos metros por detrás de ellas, comprende lo que ha pasado. El apartamento de Charlotte y Louise está ardiendo. Un denso humo negro se filtra por las ventanas. Un camión de bomberos con la sirena a todo volumen pasa por su lado a gran velocidad. Arthur se precipita hacia la madre y su hija.

—¡Es su apartamento el que está ardiendo! ¡No deben quedarse aquí! Se lo aseguro, esos hombres son muy peligrosos.

Charlotte olfatea el humo y se para en seco. Todo va demasiado rápido. Un alcohólico pretende hacerle creer que están en peligro por una historia de un don que posee Louise y, a juzgar por el sonido de la sirena del camión que se ha parado a un centenar de metros, es muy probable que sea su apartamento el

que esté ardiendo. «¿Será él quien le ha prendido fuego? ¿Me robaría mi juego de llaves cuando vino a colgar las cortinas? Tal vez la amenaza sea él. ¡Es un perturbado mental!», piensa. Coge a Louise en brazos para protegerla y la estrecha contra su pecho.

—¡Mi lápiz, mamá! —lloriquea la niña al ver las llamas—. Estaba en mi habitación, hay que ir a buscarlo.

—Huyamos —dice Arthur—. Si nos ven, son capaces de todo.

Charlotte titubea. Louise parece confiar en él. ¿Y por qué su primera reacción es querer recuperar un simple lápiz? Tendría que estar preocupada por su peluche. ¿Y por qué se viste únicamente con esas prendas rosas cuando, hasta hace poco tiempo, siempre decía que era un color para bebés?

—Rápido, suban —sugiere Arthur, que acaba de parar un taxi—. Iremos donde ustedes quieran.

Una veintena de pares de ojos detrás de una veintena de pares de gafas observa a Arthur sentado en el extremo de la mesa. Todos degustan un solomillo de cerdo confitado a la tinta de sepia, que ha preparado Pierrette, acompañado de un oporto muy oscuro. «Al menos los colores son coherentes», suspira Pierrette contemplando cómo disfrutan los jubilados.

Arthur acaba de relatarles su rocambolesca historia. Algunos dudan de sus palabras, y otros no han dudado ni un segundo de que se trata de un mitómano. Los hay también que parecen reflexionar con los ojos cerrados, a no ser que se hayan dormido. Solamente Lucien, con su nieta sentada en las rodillas, asiente regularmente con la cabeza.

—Me gustaría tanto que fuera verdad —murmura—. Como dice Pierre Dac, si la materia gris fuera rosa, el mundo tendría menos ideas negras.

—¡Le juro que esta niña y yo podemos ver el color rosa! ¡Demonios, esa señora va vestida de rosa! Pregúntele —sugiere Arthur señalando a una mujer mayor de piel arrugada que está sentada en una silla de ruedas y balancea la cabeza rítmicamente, como el péndulo de un reloj.

Simone le acaricia con ternura el brazo para despertarla.

—Augustine, ¿de qué color es tu blusa?

—¡Gris! —contesta la anciana despertándose de un sobresalto y contemplando su manga.

—Sí, pero antes ¿de qué color era?

—Verde.

—¿Estás segura?

—Tal vez fuera azul.

Arthur reconoce el rostro de la antigua directora de la casa de discos así como el de la cocinera, a las que pilló haciendo el gato en el salón de té, pero rápidamente aparta esa idea.

—¡Louise, diles que la señora va vestida de rosa! —se encrespa Arthur.

—Sabemos cómo lograr que una niña diga lo que queremos oír —le corta Lucien—. Pero bueno, Louise, no has comido nada. Tienes que probarlo, está muy bueno.

Lucien pincha un trozo de carne del plato de su nieta y le tiende el tenedor. Louise cierra la boca con asco.

—No quiero comer cerdo, los cerditos son muy monos.

«Pues claro, cómo no lo habré pensado antes —se reprocha Charlotte. Se vuelve en su asiento y rebusca en su bolso—. Al menos, así sabremos si no es más que una fabulación, o si es necesario internar a este hombre en un sanatorio para locos peligrosos o en un centro de desintoxicación.»

—Louise, ¿no tenías un regalo para tu abuelo? —dice tendiéndole un sobre.

—¡Es para ti, Abu!

Y Lucien abre el sobre y echa un vistazo al dibujo. De pronto se atraganta al ver el color rosa del cerdito y le da un ataque de tos.

—¿Tú tampoco quieres comer cerdo? —pregunta Louise.

El dibujo va de mano en mano. Varios pares de dentaduras postizas se descuelgan.

—Tu blusa era rosa, Augustine —le dice amablemente Simone mostrándole el dibujo.

—Es justo lo que yo decía —responde Augustine ampliando su movimiento de cabeza antes de cerrar los ojos de nuevo.

Charlotte intenta encontrar una explicación. ¿Habría estimulado el dibujo las conexiones neuronales entre la zona V4 del cerebro y las zonas que activan la consciencia? ¡Eso sería maravilloso!

—¡Es preciso que todo el mundo lo vea! —concluye en voz alta—. Pero no quiero que lo relacionen con mi hija.

—Se me ocurre una idea —murmura Simone, apoderándose del dibujo.

## Cuando se conoce la existencia de una voz absoluta

La antigua directora de la casa de discos lleva una cazadora de cuero negra y varios *piercings* en la oreja. Todo en su actitud, su forma de moverse, su manera de estar, sus reflexiones, contradice su edad. Las profundas arrugas que surcan sus mejillas nacen desde la comisura de sus labios para ascender en oblicuo, esculpiendo en su rostro una sonrisa permanente. «Esta vieja gata ha debido de pasárselo en grande en su vida», piensa Arthur mientras se dirige con ella a la estación del ferrocarril suburbano.

Ella le ha propuesto un juego: ver quién es el primero en descubrir algo de color rosa durante el trayecto. Simone le gana por ciento veinte contra ciento diez. A través de las ventanillas del vagón, él descubre que es uno de los colores preferidos de los grafiteros. De hecho, está por todas partes, basta con prestar atención.

—Ciento once —anuncia Arthur en la estación de Châtelet señalando el sombrero borsalino de fieltro rosa canastilla que lleva un joven. Sin duda, un préstamo de su abuela.

—Doscientos —contraataca Simone con voz victoriosa, mostrándole con la barbilla un vendedor de caramelos.

Este va vestido todo de rosa en su tenderete color rodamina, mientras espera, desocupado, a que los clientes se interesen por sus malvaviscos y

otros dulces repletos de colorante E124. Por lo que parece, los negocios no le van demasiado bien.

—Allí es adonde vamos.

Arrastra a Arthur hacia una música electrónica que cada vez se hace más audible. Un joven delgadísimo, que lleva un chándal y el pelo grasiento, está de pie delante de un sampler, en el que teclea un ritmo sobre dos grandes pulsadores cuadrados. En el suelo, frente a él, un gorro boca arriba apenas contiene unas tristes monedas.

Ha creado una base musical que se repite sin cesar. Luego pulsa distintos botones siempre siguiendo el ritmo para añadir la percusión, una melodía de piano y algunos metales. Los viajeros pasan por delante de él sin prestarle la más mínima atención.

Coge la guitarra eléctrica, acoplada al sampler.

—¡*Fade to Grey*, de Visage! —exclama Simone en cuanto oye las primeras notas.

La voz grave y cavernosa del chico contrasta con su juventud. La interpretación es simplemente perfecta. Simone se pone a bailar y el músico le sonrío. Le faltan algunos dientes, pero, cuando empieza a tocar un solo de guitarra que no habría desmerecido ni al mismísimo Angus Young, hay que reconocer que tiene talento.

—Toca aquí todos los días —explica Simone a Arthur invitándolo a bailar con ella.

*Alerta en lemonde.fr:*

*Próximamente se inaugurará en París una sala para consumir LSD.*

Las cadenas de televisión de todo el mundo interrumpen casi simultáneamente sus programas para presentar el vídeo de un concierto grabado con el móvil de un aficionado en el subsuelo del metro parisino. En el estrecho espacio dejado entre una multitud histérica y un músico, cuya gorra para propinas está depositada en el suelo, decenas de billetes cubren parcialmente el dibujo de un cerdito rosa, mientras el artista interpreta, con una energía frenética, una versión tecno de *La vie en rose* de Édith Piaf.

Al ver el cerdito en esa grabación de aficionado, las neuronas sensibles al color rosa de cada telespectador reactivan en cadena las conexiones de millones de células nerviosas hasta crear una percepción consciente de ese color. Así, gracias a la música, el rosa resurge en ese mundo en blanco y negro.

Algunos espectadores lloran de felicidad, otros se persignan. Hay a quien le da por reír de forma descontrolada y quien permanece bloqueado, incapaz de moverse, con la boca abierta ante la pantalla.

Hay que lamentar infartos y numerosos desvanecimientos. Los bomberos y los hospitales están desbordados. Ante el riesgo de una posible catástrofe, las cadenas de televisión se ven obligadas a añadir un mensaje de advertencia a la audiencia, en el que le piden que contemplen esas «impactantes imágenes» preferiblemente sentados. En pocas horas, el vídeo supera los 2,6 millones de visitas en YouTube de *Gangnam Style*. Por todas partes, la gente se besa y se abraza. Los automovilistas hacen sonar sus cláxones de forma frenética y circulan con las ventanillas abiertas, enarbolando todo tipo de prendas rosas o peluches del mismo color a guisa de estandartes.

Los aficionados al rugby podrían pensar que se está celebrando la victoria en la copa de Europa del equipo francés del Stade, famoso por sus camisetas y logo de color rosa. Los más mayores tienen la impresión de estar reviviendo la Liberación de París.

Millones de japoneses improvisan sus tradicionales *hanami*, los pícnicos que se organizan habitualmente en primavera bajo los cerezos en flor. En este mes de noviembre los cerezos están desplumados, pero para los japoneses el retorno del rosa significa que podrán admirar de nuevo en todo su esplendor el color de esas flores de pétalos rosa claro.

Los miembros de la residencia, ayudados por Charlotte, Louise y Arthur, decoran alegremente el estudio ubicado en el sótano de esta. Todo aquello de color rosa que los jubilados han podido encontrar en la casa ha sido bajado al salón. Louise deposita cuidadosamente una servilleta de papel color malvavisco en cada uno de los platos. El teléfono de Charlotte suena. Una voz de robot le indica el autor del mensaje. «Llamada... del jefe... France Inter.»

Charlotte rechaza la llamada. Es el sexto mensaje de Mehdi Tocque.

Arthur ha oído sin querer la voz metálica.

—¿Trabaja para France Inter?

—Sí.

—¿Y qué es lo que hace allí?

—Ya se lo dije, soy especialista en colores.

—Charlotte... ¡Es Charlotte Da Fonseca, la presentadora! Pues claro, esa voz...

Arthur está atónito. «¡La misma locutora que lleva años tratando de hacernos amar los colores no los ha visto nunca!», piensa.

—Es maravilloso —insiste Arthur—, así podrá explicar lo que ha sucedido.

—No pienso contar que ha sido un dibujo de mi hija el que ha hecho que reaparezca el color rosa. Y menos aún inventar alguna patraña.

—De todas formas, los medios ya han encontrado su explicación —la tranquiliza Arthur al leer una información en su smartphone—: «“La futura estrella más grande de todos los tiempos” ha alcanzado tal perfección y sinceridad en su interpretación de *La vie en rose* que ha hecho reaparecer ese magnífico color. Mejor aún que el “oído absoluto”, este tímido joven habría

conseguido “la voz absoluta”. El título, rápidamente divulgado en las plataformas, ha alcanzado de inmediato el número uno de las ventas de descargas legales. El cantante ya se encontraba este mediodía en un estudio grabando una versión de *Blue Hotel* de Chris Isaac y *Red Red Wine* de UB40. Lamentablemente el rojo y el azul aún no han reaparecido».

—¡Los productores han visto en él a su rruiseñor de los huevos de oro! — dice Charlotte sonriendo.

«Veo el rosa alrededor de las dos mil quinientas revoluciones por minuto», ratifica Ajay haciendo rugir el motor de su taxi parado. Abre los ojos para contemplar en su teléfono un enlace de YouTube que difunde imágenes de la locura popular desatada en su país natal. Una tupida lluvia de polvo rosa se abate sobre el subcontinente indio. Se ha improvisado un Festival Holi Rosa en todas las ciudades. Los hindúes se embadurnan el rostro en un día en que se lanzan millones de toneladas de polvos minerales teñidos de rosa. Pero no se trata del alborozo puramente festivo que uno acostumbra a contemplar cada año, sino más bien de una manifestación mística liberadora por parte de un pueblo traumatizado. El color es vertido sobre la mano temblorosa con parsimonia y gran formalidad. Por superstición, muchos hindúes prometen en ese mismo instante no lavarse nunca más.

Ajay apaga su móvil y contempla durante un buen rato la carrocería gris de su vehículo.

Está a punto de quitar el contacto cuando sus ojos se clavan en el retrato rosa del dios elefante, pegado a la visera del conductor, que da la impresión de estar señalando la palanca de cambios con su trompa como diciéndole: «¡Vamos, adelante!». Ya sea porque Ganesh es el dios que suprime los obstáculos o bien porque el color rosa le aporta una ínfima dosis de optimismo, el caso es que Ajay mete la primera velocidad suspirando. El taxi se pone en marcha y abandona el aparcamiento. Se detiene frente al peor puesto callejero de perritos calientes de todo Manhattan. Las salchichas presumen de su colorante rosa químico. Ajay pide cuatro. Mientras espera, observa una cola inmensa formada ante el tenderete de una florista. Orquídeas,

magnolias, hortensias, peonías, amarilis, anémonas, jacintos, cosmos, ranúnculos, dalias, crisantemos, buganvillas... Los clientes solo compran flores de pétalos rosas.

Ajay, con sus tripas aún rugiendo, se decide a iniciar la jornada de trabajo. Sube a un cliente que le pide que le lleve a Wall Street. Los mercados bursátiles han vuelto a reabrir con fuertes subidas. El entusiasmo de los financieros se debe a un repunte del consumo de todos los productos de color rosa: tejidos, lencería, juguetes, vajillas, mobiliario, ropa de casa, decoración... En pocas horas se vende todo aquello que es rosa.

Una auténtica fiebre del oro rosa.

El jefe del departamento de confección de una boutique sube al taxi de Ajay. El hombre también luce esa sonrisa. Ha logrado desprenderse de los restos de las prendas veraniegas «del nuevo color» con las que los enfebrecidos clientes han arrasado antes incluso de que los vendedores tuvieran tiempo de ordenarlas en sus secciones. Mientras conduce, Ajay se pregunta si no debería repintar su taxi de rosa. Pero algunos de sus colegas se le han adelantado y no queda una sola gota de pigmento rosa en los talleres de carrocería de Nueva York, ni siquiera en los de todo el Estado.

Al llegar la noche, cuenta el dinero de las propinas y no da crédito a la generosidad de los clientes. Se dice que incluso podrá permitirse un pequeño capricho, rosa naturalmente. De regreso a su casa, enciende el ordenador y entra en eBay. El logo de la página de entrada ha sido rápidamente cambiado a rosa. Teclea «*pink*» como palabra clave. La primera oferta es una sencilla muñeca Barbie con tutú. ¡Su precio supera los mil dólares! Y las pujas continúan aumentando. Apaga rápidamente la pantalla del ordenador y enciende la consola de juegos. Pone el volumen a tope y cierra los ojos.

Arthur se despierta en una habitación de la residencia que ha quedado desocupada recientemente. Su organismo, privado del alcohol, se ve sacudido por convulsiones. Su almohada es una bayeta. Tiene calor. Tiene frío. Echa un vistazo a su reloj; son casi las once. La luz blanca que se filtra a través de las persianas proyecta en las paredes rayas de un gris desvaído. Un viejo jarrón color rosa alberga unas viejas rosas secas. En el exterior, el concierto de bocinas de los automovilistas, convertidos súbitamente en «rosófilos» o «rosólatras», continúa en todo su esplendor, recordándole lo sucedido el día anterior.

Apenas una docena de horas antes, durante el concierto de la residencia, los jubilados consumieron con mayor o menor moderación todas las existencias de champán rosado de Lucien. «Prefiero una granadina», había pedido en voz alta Arthur entre dos canciones, para estar seguro de que Charlotte lo oía.

Cada minuto superado tras mirar los vasos de las mesas y no acercarse a ellos, le daba nuevas fuerzas para resistir la tentación; una guerra de trincheras de sus sinapsis entre las neuronas que actúan sobre la voluntad y aquellas que reclaman una secreción de dopamina. Una lucha terrible, pero desigual. En un momento dado, el sistema llamado de recompensa de su córtex se había apoderado de él. A traición. Arthur se descubrió, casi a su pesar, agarrando un vaso vacío que se llevó a los labios, para luego inclinar la cabeza hacia atrás y tragar una última gota de champán abandonada en el fondo de este. Una marioneta a la que Baco movía a través de los hilos. Ese trago le había quemado agradablemente el esófago.

—He dejado de beber —había anunciado sinceramente convencido a

Charlotte, que en ese mismo instante llegaba a su encuentro.

Charlotte había inspirado hondo.

—Haga lo que quiera —había replicado.

A Arthur le habría gustado justificarse, pero cómo explicarle que ese culín de champán no contaba, que era precisamente la excepción que confirmaba la regla. Esa antigua regla que ya le habría llevado a tomarse como mínimo diez copas.

—Le he pedido a mi hija que dibuje con los lápices de todas las marcas y de todos los colores —había continuado Charlotte.

—¿Y bien?

—Los lápices le parecen descoloridos y sus dibujos solo reflejan el gris. Si no he entendido mal, el lápiz rosa que usted le regaló estaba especialmente saturado de color.

Arthur, cada vez más tembloroso, no puede apartar los ojos del vaso de champán de Charlotte.

—¡Veinte veces la dosis de pigmento! —había terminado por responder.

—¿Y pudo fabricar más lápices de otros colores tan enriquecidos de colorante?

—¡Sí, pero todos fueron reciclados!

—Intente recordar si no quedó algún sobrante en alguna parte, nunca se sabe. Es importante.

—Me encantaría serle de utilidad, pero...

—¡No es a mí a quien le sería de utilidad, sino a todos aquellos que tienen la suerte de ver los colores! —le había espetado Charlotte girando sobre sus talones.

Arthur se había precipitado hacia la barra. «Primero tengo que dejar de beber», se había dicho aferrándose a... un frágil hilo de voluntad que le ayudó

a dar media vuelta y correr a refugiarse en su habitación, donde se quedó dormido tiritando a causa de la abstinencia y del despecho.

Arthur atraviesa la residencia y advierte aquí y allá paredes pintadas de color rosa. Las hay rosa claro, como rosa caramelo o rosa pompadour, o de un rosa más complejo como el del vino rosado Cuisse de Bergère, pero también de un rosa fresco, como el de la rosa mosqueta o el rosa tono lechón. En todas las habitaciones, esos toques de color están enmarcados por un gris más o menos oscuro. La decoradora debió de recrearse hasta la saciedad en la policromía.

Se aproxima discretamente a la amplia estancia. Su cuerpo tiembla cada vez más. Sus piernas, prisioneras de su cerebro, se niegan a sostenerle. Oye a los residentes discutir sobre quién es la persona ideal para sustituir a la difunta decoradora amiga de los «colores tan llamativos». La mayoría de los jubilados desea acoger a una florista. Arthur se entera también de que Louise y Charlotte han sido invitadas a quedarse en la residencia durante el tiempo necesario hasta que su apartamento vuelva a estar habitable. Entonces percibe su reflejo en un espejo del pasillo: ¡un pordiosero con Parkinson! «No quiero que me vean así.» Huye de allí en dirección a la estación del suburbano. El aire fresco le sienta bien. Algunos toques dispersos de rosa, aquí y allá, le aportan la energía necesaria para descargarse en el móvil una crónica de Charlotte.

*Cuando usted contempla un tono color rosa se activan exactamente las mismas zonas de su cerebro que cuando se contemplan imágenes de felicidad. La expresión popular «ver la vida color de rosa» ha sido corroborada por estudios científicos.*

*Los investigadores han comprobado el efecto de ese color sobre la*

*actividad de los niños en las aulas de los jardines de infancia. En un entorno rosa, sus dibujos son significativamente mucho más positivos, una prueba de que la influencia del color, para una buena parte de ellos, sería innata.*

*Los científicos han pedido que se pinten de color rosa fuerte las celdas de las prisiones masculinas. De forma casi inmediata, los presos se han vuelto mucho menos agresivos.*

*Tras oír hablar de este estudio, el antiguo entrenador del equipo de los Rainbow Warriors de la Universidad de Hawái decidió pintar de ese mismo rosa los vestuarios del equipo visitante. ¡Al debilitar a los jugadores de los equipos contrarios, pretendía ofrecer la gloria y la victoria al suyo! Los equipos visitantes, poco dispuestos a favorecer su plan y bastante escépticos respecto a esa decisión decorativa, elevaron sus quejas a la Western Athletic Conference, el organismo que regula las competiciones deportivas universitarias. Este último, tras algunos chistes mortificantes, añadió una cláusula a su reglamento: «Los vestuarios de los equipos visitantes deben ser del mismo color que los del equipo local». Lo que la historia no dice es, si a partir de entonces, los dos vestuarios en Hawái son rosas, ni si su entrenador ha logrado hacer una gran carrera...*

*Hasta mañana, queridos oyentes.*

En la línea del suburbano, Arthur se queda profundamente impactado. Gran parte de los viajeros van vestidos de rosa. La gente se habla, se sonríe, ríe... como si se conociera. Un hombre trajeado experimenta un impulso de compasión hacia los marginados y le hace un cumplido a Arthur por su chaqueta. Cuando desciende en Denfert-Rochereau, muchos desconocidos le saludan a su vez. Él responde con un gesto desde el andén mientras contempla el tren alejarse. Lo nunca visto. En la calle, los transeúntes llevan también

prendas de color rosa y todos parecen estar de buen humor. El rosa ha reaparecido, aunque en esta ocasión sin la connotación femenina. Arthur se apresura a regresar a su casa, pero, al pasar por delante del bar, se siente irremisiblemente atraído hacia él como un imán. La voz de Charlotte resuena en sus oídos. Cierra los ojos y evoca su bello rostro, con sus mejillas de un rosa delicado bajo sus gafas de sol. Tiene un ligero aire de desconfianza, como si le creyera incapaz de resistir. «No debo volver a casa —se dice—. Ahora no. Nunca lo lograré con el QG abajo. Tengo que alejarme de aquí lo más rápido posible.»

Pero ¿adónde ir?, se pregunta mientras hace desfilas en la pantalla del teléfono su lista de contactos. ¿Y dónde encontrar además a un amigo que no beba? Eso limita las opciones. Se detiene en el nombre de Solange, que se le aparece como algo evidente. Y, de pronto, se da cuenta de que echa de menos su compañía.

*Alerta en lemonde.fr:*

*Actualmente, un ochenta por ciento de los franceses piensa que sus hijos vivirán mejor que ellos.*

Solange acoge a Arthur con los brazos abiertos, como lo haría una abuela con un nieto que se hubiera ido de casa. Sin hacerle preguntas, lo recibe en su modesta pero coqueta casita de Montrouge y le propone que se instale en la habitación de su hijo, que debe de tener aproximadamente la misma edad que él. Una semana más tarde, Arthur aún no ha tenido el valor de preguntarle dónde está su hijo. Algo le dice que ese tema hace sufrir a Solange. Por primera vez, se da cuenta de que él también lleva mal el no tener noticias de sus padres.

Sin necesidad de hablar, Arthur y Solange se adaptan el uno al otro de la forma más natural del mundo, como en un acuerdo tácito. Él acepta que lo «cuide» Solange, y así consigue remontar la pendiente y empezar a reconstruirse. Solange es su ascensor. Ella, en un gesto de delicadeza, ha vaciado sus armarios y tirado a la basura todas las botellas de alcohol, incluido el vinagre blanco que utiliza para blanquear los azulejos de su cocina. Nunca se sabe...

Esta mujer, que ha pasado más de media vida con sus colegas de la fábrica, se ha encontrado de pronto cara a cara con la soledad de su jubilación forzosa. Arthur se ha convertido en aquel que aprieta el botón del ascensor para que ambos puedan salir de su pozo particular.

Arthur ha instalado en el salón la máquina de remo del hijo, un flamante aparato para ponerse en forma que nunca se ha utilizado. Pero, al ver el rostro triste de su amiga, que contrasta con el vestido rosa que no se quita jamás, deja de usarla.

—Me gustaría repintar el salón de rosa —comenta ella un tanto contrariada,

precipitándose hacia un armario—. Pero solo hay botes de pintura gris en la tienda de bricolaje. ¡Sin embargo, tengo esto! —añade exhibiendo dos pequeños gatitos rosas de cristal soplado.

—¡Preciosos! —exclama Arthur con una sinceridad que le sorprende hasta a él mismo.

«¿Cómo es posible que puedan parecerme bonitos?», se pregunta.

Ella coloca las dos bestezuelas sobre la chimenea, como unos pequeños cancerberos que vigilaran la casa.

Arthur desea complacer a Solange, así que recorre el barrio en busca de un poco de pintura o de un centímetro cuadrado de papel pintado rosa. Pero es en vano. Hace cola durante más de media hora delante de una confitería con la intención de comprar peladillas o *macarons* de color rosa claro para no regresar con las manos vacías. Las golosinas han sido racionadas a un máximo de cinco por persona.

En el vallado que rodea un edificio en construcción, advierte un cartel que alguien ha pegado sin autorización: un político de rostro anguloso luciendo un traje y una corbata rosa. «Conmigo, el futuro será de este color.» Arthur le hace una foto y la cuelga rápidamente en su página de Facebook. Aprovecha para examinar las reacciones de sus amigos a su publicación del día anterior: ochenta «Me gusta» por la foto de una mujer en el metro que lleva a un cerdito atado con una cuerda. Sin embargo, el único «Me gusta» que desea es el de la mujer que nunca verá sus fotos. Le ha pedido a Charlotte ser su amigo en Facebook, pero ella no ha aceptado. Su cuenta, no obstante, es muy activa. Ha marcado varias veces su número de teléfono, pero no se ha atrevido a pulsar el botón para llamarla. De todas formas, aún se siente demasiado enfermo para que ella le dé una oportunidad. Y se entristece todavía más al comprobar hasta

qué punto los hombres, que de pronto se han vuelto más galantes, desvalijan las existencias de las floristerías, o buscan la mano de sus mujeres cuando caminan por la calle. París ha asumido una tonalidad de agua de rosas. Ese amor inocente que brota al doblar cada esquina de la ciudad le da fuerzas, la fuerza que necesita para tratar de recuperar sus propias fuerzas.

Mientras aguarda a que llegue ese momento, aprovecha para escuchar la radio y disfrutar de la dulce voz de Charlotte. Cuando atraviesa un cruce, con los auriculares encasquetados en sus orejas, reconoce la sintonía del programa *Crónica colorista*, por Charlotte Da Fonseca. Arthur se para en seco en medio de la calle, atascada por el tráfico. Parece un perro de caza haciendo la muestra ante una perdiz.

*La simbología femenina del rosa tal vez tenga su origen en la pasión de María Antonieta por los colores, la cual creó un buen número de ellos, como «el cabello de la reina», inspirado en el tono rubio de su pelo, o el color «pulga», que corresponde al violeta oscuro de uno de sus vestidos. Sin embargo, su color preferido era el rosa. Usaba y abusaba de ese color durante su estancia en Versalles, ya fuera con plumas, lazos, suntuosos trajes o incluso tiñendo la lana de los corderos vivos con los que le gustaba jugar a ser granjera en su palacio del Pequeño Trianon. Y como la «austriaca» era también conocida por sus continuos coqueteos amorosos, los hombres de la corte de Luis XVI no se atrevieron a llevar ninguna prenda de color rosa por miedo a que se les considerara «uno de los íntimos» de la reina. Las mujeres de París, para quienes María Antonieta simbolizaba el sumun del buen gusto, adoptaron en masa ese color, mientras que los hombres lo abandonaron dado que ningún noble de la corte lo llevaba. Hoy en día, en Japón, los mangas están fuertemente inspirados en el vestuario de María Antonieta. Las jóvenes japonesas que se identifican con las heroínas*

*de esas historietas van frecuentemente vestidas de rosa. No obstante, es el único país oriental en el que el rosa es un color de chicas. En el África negra, los hombres a menudo llevan camisas de un rosa intenso pues no hay ninguna connotación femenina vinculada a ese color. Ellos valoran el contraste del rosa con el tono de su piel. También los kufiyya rosas forman parte de los hábitos tradicionales de los árabes. En la India, a los hombres les encanta ese color que simboliza el pensamiento positivo y se unen a esa visión de la «vie en rose» francesa.*

*Hasta mañana, queridos oyentes.*

## Cuando se presenta la ocasión de abrir una buena botella de tinto

Han transcurrido casi seis semanas desde que el rosa reapareciera. Arthur advierte que los brotes de los árboles y plantas no han esperado a la primavera para aflorar. Los reflejos rosas asoman ya en sus ramas.

Hace exactamente cuarenta y dos días que no prueba una gota de alcohol. Y cuanto más implora, suplica y conjura su cuerpo, más lucha él, aunque aún se siente muy débil.

La compañía de Solange le ha hecho mucho bien, mucho más incluso de lo que había imaginado. Ni un solo reproche o consejo ha salido de ella, que le acepta tal cual es, e incluso ha sintonizado el dial de France Inter en su radio para complacerlo.

Se ha planteado muchas veces si debía confiarle el maravilloso poder del lápiz de Gaston Cluzel, pero sabe que ella quiere pasar página y dejar atrás el pasado.

Arthur se siente como un guerrero convaleciente que aguarda con impaciencia el momento de regresar al combate. Pero su recuperación pasa por buscar trabajo. Está preparado. Para ello necesita hacerse con un traje y, en consecuencia, decide, no sin cierta aprensión, regresar a su casa. Aunque según las últimas estadísticas, nueve de cada diez personas van ahora vestidas de rosa, su chaqueta de lentejuelas no le parece lo más acertado para una entrevista de trabajo.

Al llegar a su barrio, se fija en el diseño de los parquímetros transformados por algún artista del color que ha escogido un tono peladilla. Al parecer, los conductores ahora refunfunan menos a la hora de abonar las tarifas de aparcamiento...

Una cuadrilla de obreros está trabajando para rehabilitar el apartamento aún vacío de Charlotte produciendo una cacofonía de ruidos de martillos y taladradoras. Arthur distingue unas marcas negras sobre las dos ventanas, como un rímel que se hubiera corrido. Justo cuando se dispone a entrar en su casa, Gilbert, con una bufanda rosa anudada al cuello, sale del QG y se dirige a su encuentro.

—Pero bueno, ¿dónde te has metido? ¡Gros me pasó tu número de teléfono y te he llamado decenas de veces!

Arthur no contesta.

—¡Muy buena jugada la escena del concierto en el metro! —prosigue Gilbert mostrando el color de su bufanda—. ¡Sé que fuiste tú! Eso merece una copa —propone echándose a reír.

—Eres muy amable, pero ya no bebo.

—¡Eso es NUEVO! ¡Como el beaujolais!

Es la primera vez que escucha a Gilbert hacer una broma. Desde luego, no es lo suyo.

—No, gracias.

Gilbert se vuelve hacia la entrada del bar y alza la voz:

—Gros, Arthur está aquí, ¡sírvenos dos copas del nuevo beaujolais!

—No, ponme solamente un Perrier —le contradice Arthur, dudando si entrar. Sin embargo, sus piernas deciden por él y le arrastran al interior.

—Gros ha reservado una última botella solo para ti.

—Aquí está —indica Gros acercando tres copas en una mano y la botella en la otra.

—No, insisto, compañeros, un Perrier...

Gros sirve las tres copas de vino añadiendo, de mala gana, otro vaso con Perrier. Arthur resiste con todas sus fuerzas para no tocar la copa de vino, consiguiendo brindar con el agua burbujeante. La mano le tiembla pero se siente fuerte. Le suena el teléfono. Es Momo.

—¡Estás en peligro, tío!

—Pero qué demonios...

—¡Cierra el pico y trata de adoptar tu aire más inocente para no llamar la atención de Gilbert! Estoy en la calle, justo enfrente. Os estoy viendo.

Arthur vuelve la cabeza y distingue al repartidor en su Vespa, con el motor en marcha.

—Sal de ahí discretamente, Arthur. ¡Rápido!

Gilbert, que ha oído un fragmento de la conversación, planta firmemente su mano sobre el hombro de Arthur en un falso gesto amistoso para retenerle. Ser así de prevenido no encaja con su estilo.

—Debo ir al baño —anuncia Arthur levantándose con la mayor calma posible.

—Yo también, voy contigo.

Arthur vuelca una mesa para bloquearle el paso y sale corriendo del café. Gilbert abandona su sonrisa, pero no renuncia a su presa. Le sigue muy de cerca. Qué lejos quedan ahora los tiempos en los que Arthur jugaba al rugby y corría los cien metros en doce segundos. Con sorprendente rapidez, Gilbert está ya a escasos metros de él.

—¡Sube! —grita Momo.

Se lanza en tromba sobre el cajetín del repartidor y lo agarra por el cuello. La moto se desequilibra ligeramente, pero arranca emitiendo el típico sonido de ciclomotor. Arthur, aferrado al cuello del barrigudo repartidor, se mantiene horizontal por encima del asiento. Con los pies en el aire y el mentón clavado

en el hombro de su amigo, cierra los ojos. Momo acelera y consiguen dejar atrás a su perseguidor.

—¡Estás en peligro, tío! —grita Momo.

—Eso ya me lo has dicho.

—¡Es ese cabrón de Gilbert!

—Ya lo he entendido, gracias.

—¿Has oído hablar de las tríadas? Gilbert trabaja para la mafia china.

—¡Pero si no es chino!

—Su mujer sí. Y él se lo ha contado todo. La historia de tus lápices archicoloridos y la de la niña. Pretendían recuperar el dibujo, pero al parecer tú te lo zampaste, y por eso fueron a visitar a tus vecinas. En el interior de la casa encontraron el lápiz y un montón de dibujos.

—Pero ¿por qué prenderle fuego al apartamento?

—La orden era recuperar todos los bocetos de la niña. Sin embargo, ella había dibujado por todas partes, incluso por las paredes de su habitación. Quemaron el apartamento para hacer desaparecer el color.

—¿Y por qué querrían impedir la reaparición del rosa?

—Eso no lo sé. Pero sin duda tienen algún interés oculto.

—¡Es una pérdida de tiempo! Ahora está por todas partes.

—Esto no es más que el principio, tío. Si la niña es capaz de hacer resurgir los otros colores con tus lápices, entonces está en peligro. Y tú también.

—Pero ¿cómo estar seguros de que ella pueda hacerlo? Y, además, todos los lápices fueron reciclados.

Momo se detiene ante una parada de autobús, apaga el motor y abre el cajetín color plata metalizado de su moto.

—Este no —declara triunfante con una mirada traviesa, sacando un lápiz Gaston Cluzel cuidadosamente envuelto en papel de burbujas—. Era rojo cuando tu antiguo jefe me lo dio.

Arthur contempla con atención el lápiz gris oscuro. Es un modelo reciente de Gaston Cluzel, ya que el logotipo es algo más fino, tal y como Cluzel ordenó fabricar con el fin de economizar en la cantidad de tinta dorada.

—¿Dónde está la niña? —pregunta Momo.

Arthur desconfía de él.

—¿Cómo sabes todo esto?

Momo titubea.

—Algunas veces he tenido que hacer entregas para Gilbert. Pero, te lo suplico, hazle llegar el lápiz a la pequeña, tal vez ella pueda hacer reaparecer el color rojo.

—¿Y a ti qué más te da?

—¿Me creerías si te digo que echo de menos los colores? Y si puedo al menos hacer algo bueno una vez en mi vida...

—Pero ahora te has descubierto, Gilbert te ha visto.

—¡Al diablo con eso! De todas formas, hace ya diez años que me digo que debería volver a mi país. Al menos ahora tengo una buena razón para hacerlo. Y, además, si supieras los *wardas* que prepara mi hermana...

—¿Los qué?

—Unos pasteles rosas con almendras. Te hacen llorar de felicidad. Pero, ahora, debes apresurarte antes de que te encuentren.

—Ya veré —contesta Arthur aún suspicaz, deslizando el lápiz en el bolsillo interior de su chaqueta.

Se sube a un autobús que acaba de detenerse y comprueba que Momo se marcha en dirección contraria.

Arthur observa una mariposa que revolotea. Parece una mariposa nocturna. Se posa en el respaldo del asiento frente a él, mientras continúa agitando sus grandes alas como si quisiera desprenderse de sus velos grisáceos.

*Alerta en lemonde.fr:*

*Un ochenta por ciento de los franceses están a favor de que se pinte de rosa la torre Eiffel.*

Las intervenciones de Charlotte en France Inter atraen cada día a más oyentes. Algunas mañanas, le invade la angustia de la página en blanco. Por suerte, cada vez recibe más cartas de apasionados del color. Sylvie las selecciona y le lee las más interesantes. Un oyente le ha proporcionado una información especialmente sabrosa, que será la crónica de ese día.

*Existe una curiosa relación entre el color rosa y las mujeres que han marcado la vida de John Fitzgerald Kennedy. John no nació de una col sino del corazón de una Rosa, el nombre de su madre, quien le educó para ser un líder.*

*En 1962, el color «rose» se convirtió para él en el anagrama de Eros, cuando Marilyn Monroe le cantó «Happy Birthday, Mr. President» con un vestido espectacular y muy ceñido, de ese mismo color.*

*El rosa del sombrero y del traje sastre de Chanel que vestía su esposa Jackie fue el último color que vio un año más tarde en Dallas, en la parte trasera de su vehículo descapotable. Un rosa que se tiñó de rojo por el impacto de las balas.*

*Poco después se creó una rosa bautizada con el nombre de John F. Kennedy. Esa rosa florece regularmente en su tumba...*

*Hasta mañana, queridos oyentes.*

El teléfono de Charlotte vibra.

—¿Dónde está su hija?

Charlotte reconoce enseguida la voz de Arthur.

—En el colegio, ¿por qué? —responde en un tono entre suspicaz y consternada.

—¡Debe ir inmediatamente a buscarla! Me pidió que intentara encontrar otros lápices ultrasaturados; he conseguido uno. Nos vemos en la residencia.

Hoy es la ocasión perfecta para airear uno de los vinos preferidos de Lucien. La botella aguardaba en su reserva personal, sabiamente instalada bajo su cama.

—Ploof. —Hace el tapón perteneciente a la finca de Pas de l’Escalette, con denominación de origen, Terrazas de Larzac 2015. Una añada excepcional.

Lucien brinda con Pierrette, Simone y Charlotte. Arthur se contenta con un vaso de limonada rosa, mientras que Pierrette describe con glotonería la capa del vino, intenso con matices de rubíes y cerezas.

Lucien y Charlotte acaban de regresar del Parque de los Príncipes, donde han asistido a los primeros minutos de un partido del campeonato de fútbol que enfrentaba al equipo del París-Saint-Germain con el Marsella. Han llegado a la puerta de Saint-Cloud casi una hora antes de que se iniciara el encuentro. Con su pase especial permanente de la FIFA, Lucien ha podido encontrar dos sitios en la tribuna presidencial. Pero, sobre todo, ha logrado acceder sin problemas al mismísimo corazón del estadio: los vestuarios. Allí se ha acercado a saludar al árbitro de origen inglés, que estaba cambiándose. Hinchado de orgullo al comprobar que su joven colega le reconoce, se ha sentado al lado de ese hombre delgado en calzoncillos, que luce un bronceado de obrero, con su piel grisácea más oscura en brazos y piernas, y algunas manchas rosadas en el torso. Probablemente un pequeño eccema. No parece demasiado tenso por el partido que va a arbitrar y, cuando Lucien se permite darle algunos consejos, le responde con un ligero acento inglés: «Que Dios te bendiga con su mano celestial por tu sabiduría».

—Cuento contigo para honrar esta camiseta —concluye Lucien tendiéndole

el polo negro de árbitro, reconocible por sus dos bolsillos a la altura del pecho.

A Charlotte le encanta acompañar a su padre a los estadios de fútbol, donde disfruta tanto como cualquier otro espectador. Tiene la impresión de asistir a un concierto de una orquesta filarmónica con cincuenta mil músicos y veintidós directores de orquesta. Atentos a los gestos de los maestros que actúan sobre el césped, los músicos interpretan sus partituras de bramidos, mugidos, silencios, aplausos, ovaciones y aclamaciones. Según el tipo de sonido, la intensidad de este y su emplazamiento en el estadio, Charlotte enseguida sabe si un equipo ha marcado, ha fallado una ocasión o ha cometido una falta.

Ante los clamores que se elevan, Charlotte sabe que los jugadores acaban de entrar en el terreno de juego, precedidos por los tres árbitros.

El árbitro principal no ha visto jamás tantas cámaras de televisión juntas. Se trata de un encuentro que atrae a mucho público. Siente cómo aumenta la presión y recuerda las palabras de Lucien:

—Una maestra de la escuela primaria fue quien me ilustró sobre la mejor forma de arbitrar. Cada principio de curso practicaba el mismo método. Para empezar, castigaba de cara a la pared al alumno que parecía el más díscolo de todos para imponer respeto. Y luego ya podía proseguir con el curso con total normalidad sin necesidad de levantar la voz.

Los jugadores están tensos, conscientes de lo que está en juego. Los equipos se contemplan fijamente, con animosidad, como pitbulls preparados para la lucha, salvo que sus cortes de pelo más bien recuerdan a los caniches reales de los concursos caninos. Incluso, para mayor semejanza, uno de ellos se ha teñido el cabello de rosa.

Los marseleses juegan de rosa y los parisinos, por sugerencia de Jean-Paul Gaultier, visten camiseta de rayas marinera. El árbitro pita el comienzo del

partido. Los marseleses despliegan una combinación repetida decenas de veces en el entrenamiento para pillar al PSG desprevenido. Dos defensas marseleses avanzan rapidísimos hasta los límites del fuera de juego, para crear una superioridad numérica. El delantero centro hace un pase al primer defensa que, con un solo toque de balón, lo pasa al segundo. Tras una rápida pared con el delantero centro, el segundo defensa se sitúa cerca del área de castigo en posición de tiro. Los parisinos intentan no dejarse desbordar y uno de ellos se lanza en falta sobre el defensa marseles de nacionalidad italiana, haciéndole dar una voltereta de siete u ocho vueltas digna de una *troupe* de la comedia del arte.

La falta no es evidente, pero hay que ser firme. El árbitro pita un golpe franco y saca un aerosol blanco para marcar una línea en el césped. Así delimita el emplazamiento de la barrera. Seis jugadores parisinos se colocan detrás de la línea evanescente y aseguran su futura descendencia protegiendo su zona más vulnerable con los brazos. Un marseles se sitúa delante del balón. Los defensas parisinos avanzan unos pasitos para reducir la distancia, pisoteando alegremente la espuma blanca del césped. El árbitro los llama al orden exigiéndoles que retrocedan. Los jugadores obedecen, más o menos. Uno de ellos apenas se ha movido y desafía al árbitro con la mirada. Este se la devuelve clavando la suya en sus ojos grises. Con un gesto irritado le exige que retroceda. El del PSG le concede un simbólico centímetro sin bajar los ojos. Su talón sigue pisando la espuma de afeitar. El árbitro reflexiona a toda velocidad y trata de evaluar la situación sin dejarse llevar por la ira. ¿Acaso se merece una cartulina amarilla? No. Sin embargo, un segundo después constata que el jugador ha avanzado de nuevo. Enfurecido, el árbitro hunde su mano en el bolsillo, de donde extrae la cartulina amarilla que tiende hacia el jugador. Las cámaras capturan un primer plano y los jugadores parisinos, concentrados en el partido, apenas son conscientes de que el rojo acaba de

reaparecer en ese pequeño trozo de cartón torpemente coloreado a mano. Solo les importa una cosa: la decisión injusta y flagrante tomada por el árbitro. Se abalanzan sobre él. ¿Una tarjeta roja por eso?

El árbitro, febril, busca la cartulina antiguamente amarilla en su segundo bolsillo. ¿Cómo ha podido intercambiarlas? ¡Es un error de novato! Contra todo pronóstico, saca la verdadera cartulina roja fluorescente y advierte que el color rojo es de nuevo visible. Un jugador parisino interpreta que esa nueva cartulina le está destinada por sus gráficas palabras sobre la filiación del árbitro con una mujer de vida alegre. Furioso, ahueca su torso de rayas y avanza hasta quedarse a escasos centímetros del colegiado. Son de la misma estatura, pero el jugador es por lo menos dos veces más corpulento. El árbitro solo puede ver sus ojos inyectados en sangre, a pocos centímetros de los suyos. El público aúlla. El árbitro ve el rojo por todas partes a su alrededor. Un infierno rojo llameante. Al retroceder, empuja a un jugador marsellés que se ha acercado para provocar a sus adversarios, mostrándoles que su dedo corazón tiene una perfecta manicura. Para los parisinos ya no hay ninguna duda: el árbitro está comprado, el partido, amañado, como en los buenos tiempos. Nueve jugadores contra once no tienen ninguna oportunidad. Nadie sabe quién ha empezado la pelea, pero lo cierto es que, unos segundos más tarde, veintidós pares de puños, pies y mandíbulas están pasándose en grande. Ante los aullidos del público, Charlotte percibe perfectamente la pelea generalizada en el terreno de juego.

—¡Cabrones! —grita olvidando sus buenos modales.

El realizador que retransmite el encuentro por televisión elige, muy a su pesar, una cámara que está enfocando las banderas del Olympique de Marsella y del PSG. La M marsellesa sigue de color gris, pero la bandera del PSG es ahora medio roja. Lucien, dando la mano a Charlotte, contempla cómo sobre el césped brota la hemoglobina en un tono carmín aterciopelado. Esta contrasta,

esplendorosa, con los jugadores grises y la hierba gris claro. De la montonera que han formado los futbolistas, surge un toque de silbato estridente. El árbitro hace saber que sería de buen gusto que la mandíbula que atenaza su pantorrilla decidiera soltarle, pero también que el encuentro ha quedado suspendido y aplazado. Todos los espectadores se ponen en pie, escandalizados. Algunos tratan de arrancar las sillas. Aquellos que lucen la camiseta del PSG, con una parte roja, son los más virulentos.

Lucien y Charlotte abandonan rápidamente el estadio en ebullición, dejando olvidada en una silla la tarjeta de árbitro gris clara con el logo de la FIFA. Lucien está exultante ante la idea de brindar con su hija y sus amigos de la residencia, con una copa de uno de los mejores vinos del Languedoc.

El taxi de Ajay está estacionado en la esquina de la plaza Unión y la calle 14. Le encanta el ambiente de ese barrio con esos excelentes jugadores de ajedrez que se enfrentan en la calle sentados sobre cajas de plástico. Algunos se han encontrado con las casillas de sus tableros pintadas en rosa y blanco. Él los observa por la ventanilla de su viejo vehículo mientras espera a los clientes.

Dos jovencitas se montan en su taxi dándole una dirección de Harlem. Ajay observa por el retrovisor a sus nuevas pasajeras. Dos copias exactas apoltronadas en el asiento trasero, con aspecto de heroínas de manga, vestidos muy cortos de cuadros rosas, lazos del mismo rosa en los cabellos y calcetines blancos hasta la rodilla. «Estados Unidos se ha convertido en el nuevo país de Candy», se dice. Las dos amigas no intercambian palabra; se limitan a teclear en sus teléfonos.

«De hecho, es cuando no están juntas cuando deberían comunicarse. A menos que hayan llegado al punto de no hablarse más que por mensajes», se dice Ajay sonriendo.

De pronto, una de ellas suelta un grito estridente. En un acto reflejo, él pisa a fondo el freno. El conductor que le sigue frena demasiado tarde. Ruido de chapa aplastada, parachoques encastrado en otro parachoques. Poco después, la segunda adolescente grita a su vez. Pero no tiene nada que ver con el accidente. Tal vez ni siquiera se hayan dado cuenta. Es el vídeo que le enseña su amiga en el teléfono lo que provoca esos aullidos.

Los dos conductores salen de sus vehículos, mostrándose muy corteses el uno con el otro. Uno se excusa por haber frenado, el otro por no haberlo hecho. Pero ambos se tranquilizan al comprobar que las chicas no están

heridas. Ajay da un golpecito en la ventanilla trasera para pedirles que se bajen. Ellas se limitan a mostrarle el vídeo en la pantalla de sus teléfonos a través del cristal. Un árbitro de fútbol sostiene en la mano una cartulina rectangular de color rojo.

El segundo automovilista pierde instantáneamente el conocimiento. Ajay tiene el tiempo justo para agarrarle de los brazos antes de que se desplome.

Los miembros de la residencia han terminado de comer. Pierrette quita la mesa, feliz al comprobar que sus tomates confitados rellenos con costra de arroz han recibido un reconocimiento unánime, especialmente por parte de sus invitados de ese día: Louise, Charlotte y Arthur.

Lucien, vestido con una vieja camisa rosa con puños raídos, se aproxima a su nieta, que está dibujando tumbada boca abajo en el suelo, bajo la mirada enternecida de Simone.

Louise está coloreando un círculo con el lápiz color carmín alizarina mientras cruza y descruza sus pequeñas piernas que parecen las antenas de una gamba.

—Me encantaría dibujar un sol amarillo —suspira.

—¿Has oído hablar de un país muy lejano que se llama Japón? —le pregunta Simone sonriendo, recordando una gira que hizo con Patricia Kaas, una auténtica estrella en Extremo Oriente—. ¿Sabes de qué color pintan el Sol los niños de allí?

—¿De rojo?

—Sí. El sol naciente es rojo.

—Me encanta vestir de rojo —interviene Charlotte, que se acerca a su hija al sonido de su voz y le acaricia el pelo.

Arthur se sorprende de que Charlotte pueda tener alguna preferencia por un determinado color.

—Noto que me sienta bien. Cuando estoy en una habitación pintada de color rojo, puedo percibir su energía, una especie de calor que transmite positividad.

—¿Acaso no dicen que para la mayoría de las civilizaciones es el color más bello? —pregunta Lucien.

—Sí, en Rusia por ejemplo, «rojo» y «bello» son sinónimos. No deberíamos decir la plaza Roja de Moscú, sino la «plaza bella». Es un error de traducción.

—¿Conoces la famosa cita de Diderot? —comenta Lucien—. «Se dice que el color más hermoso que existe en el mundo es ese rubor con el que la inocencia, la juventud, la salud, la modestia y el pudor colorean las mejillas de una muchacha.»

—¡Es muy bonita! ¿Te refieres a este rojo? —pregunta Charlotte pellizcando la mejilla de su hija.

—Sí, pero a mí me gustaría mucho tener el amarillo —repite Louise, con una vocecita como si fuera a hacer pucheros, incluso si secretamente está disfrutando de ser el centro de la conversación.

Charlotte la toma entre sus brazos y Arthur admira a esa madre que sostiene a una mini-Charlotte.

Louise lo mira con aire desesperado.

—Voy a encontrarte un lápiz Gaston Cluzel amarillo, preciosa, te lo prometo. ¡Venga esa mano!

La niña se suelta de los brazos de su madre para chocar torpemente la mano de Arthur y sellar así el pacto. Charlotte sonrío. Él no sabe si esa sonrisa es para él o para su hija. Decide apropiársela y sonrío a su vez, puesto que parece que ella lo nota. Lleva puestas unas gafas rojo cereza que alegran su rostro gris, ligeramente sonrosado en las mejillas.

Ajay no ha visto nunca Nueva York así. Los automovilistas se han vuelto más nerviosos, agresivos. Tocan la bocina sin cesar. Es como si cada conductor hubiera engullido un cóctel de cafeína y anfetaminas antes de sentarse al volante. Los semáforos se han vuelto rojos para aquellos que han visto el vídeo, es decir para todo el mundo, en el espacio de apenas una hora. Y desde ese momento los neoyorquinos se los saltan con constancia y aplicación. Todos los coches de bomberos de carrocería roja se han visto obligados a salir. Ajay se ha cruzado al menos con cinco accidentes antes de llegar, con su taxi abollado, hasta el enorme taller de carrocería, en el Bronx. Allí, entre decenas de vehículos accidentados, solo hay manchas de aceite, polvo y grasa. El único elemento de decoración del lugar es el calendario Pirelli sujeto con chinchetas encima de una vieja máquina. La página del mes de diciembre muestra a una criatura de ensueño con ropa interior roja, gorro rojo con pompón y borde blancos. Viéndola, dan ganas de creer en Papá Noel. Su pose lasciva, que resalta el color, despierta el instinto reproductor que dormita en cada hombre.

El mecánico lo recibe con un mono en el que el rojo apenas logra distinguirse entre las manchas de grasa.

Se agacha para examinar la parte trasera del taxi y suelta un silbido. La longitud de la nota no corresponde ni a una corchea ni a una negra ni a una blanca, sino más bien a una redonda.

Ajay interpreta la duración del canto del ruiseñor-mecánico y deduce que no será fácil encontrar un parachoques de recambio para su viejo Checker Marathon.

«No importa», se dice comprobando que su billete de avión sigue en su bolsillo. Nueva York se ha vuelto demasiado peligrosa. «Me tomo unas vacaciones.» París se le aparece como un destino evidente. Es en esa ciudad donde han reaparecido el rosa y el rojo. Tal vez allí tenga la oportunidad de reencontrar el color amarillo. Y, además, ese es el país de aquella desconocida que se mostró especialmente tierna con él una noche de Año Nuevo.

## Cuando se confirma que el rojo es un color cálido

En una nueva muestra de cariño, Solange le ha dejado preparadas a Arthur unas tostadas con mermelada de cereza. El color cubre por entero el pan grisáceo haciendo que cada rebanada resulte muy apetitosa. Arthur se pregunta si puede confiarle su papel, así como el de los lápices Cluzel, en la reaparición de los colores, pero teme que ella se preocupe aún más por él. De todas formas, ahora mismo Solange no está. Le ha dejado una nota explicándole que su hermana la ha invitado una semana a una cura termal en un centro de vinoterapia, por lo que le pide que se haga cargo de la casa y cuide de los gatos, que están encima de la chimenea.

Arthur coge las rebanadas y se las va comiendo a grandes bocados mientras camina por la calle. Al llegar a Saint-Germain-des-Prés se dirige a su papelería favorita. Y es la que más le gusta porque es la única que le compró lápices de colores durante los seis meses que trabajó como vendedor. Pensándolo bien, tal vez sea el único establecimiento en todo París donde se venden los lápices Gaston Cluzel. Y es posible que, el día en que desaparecieron los colores, recibiera su último pedido. Al pasear por las calles, observa que las faldas de las mujeres se han acortado más todavía y que la mayoría combina el rojo y el rosa en sus conjuntos, provocando una oleada de tortícolis en los hombres que se vuelven para mirarlas. Los coches también atraen las miradas. Ferrari, Lancia, Alfa Romeo, toda la gama italiana

de vehículos rojos parece haber salido al asfalto ese día. Ante un semáforo en rojo, dos flamantes bólidos hacen rugir sus motores. En cuanto el disco cambia a gris, los dos automovilistas pisan a fondo el acelerador en un concurso de testosterona.

En la papelería desierta, los toques de rojo cereza y rosa caldean el ambiente tristón de ese comercio un tanto anticuado. Una mujer de unos cuarenta años, a la que no ha visto nunca, está sentada al otro lado del viejo y desconchado mostrador. Parece ligeramente incómoda, y lleva los labios pintados de rosa. Ha elegido un carmín rosa a pesar de que va vestida toda de rojo. «¡Qué mal gusto!», se dice, recordando que ese día él lleva puestos un cinturón marrón y zapatos negros. «Lo mío al menos no puede verse», se tranquiliza lanzando una ojeada furtiva a sus zapatos de un gris ligeramente más oscuro que el de su cinturón.

—Querría ver al señor Cafiero, por favor.

—Eh... está... muy ocupado —responde a duras penas la vendedora.

—Soy Arthur Astorg, de la empresa Gaston Cluzel, y he venido porque quisiera comprarles el pedido de lápices que les enviamos la última vez y que ahora han perdido su color.

—¿No podría pasarse dentro de un rato? —consigue balbucear la vendedora.

—¿Quiere que llame a un médico?

—No, estoy bien.

—De acuerdo, intentaré pasarme mañana. — Arthur suspira dando media vuelta.

—¡No, espere! —grita una voz masculina que surge de no se sabe dónde.

O, mejor dicho, de debajo del mostrador. Una fuerza invisible empuja a la cajera hacia atrás sobre su silla de oficina provista de pequeñas ruedas. Arthur ve aparecer la nuca del señor Cafiero, arrodillado ante su devota

colaboradora. Esta se sonroja tan violentamente que su tez alcanza un grado de saturación comparable al de su blusa de algodón. Su barra de labios rosa choca aún más con el conjunto que lleva. Ella se reajusta precipitadamente la falda.

—Tengo una cincuentena de cajas en el almacén —se justifica el dueño de la papelería ante su subalterna, en un tono de «el negocio es lo primero»—. He vendido todos los lápices rojos y rosas sueltos —prosigue dirigiéndose esta vez a Arthur—, pero me gustaría que me reembolsara las cajas y el resto de los lápices.

—Sin duda debe saber que la casa Gaston Cluzel ha echado el cierre y que he venido a verle por una cuestión de conciencia profesional y también a título personal. Se los compraré a un euro.

El dueño de la papelería se precipita hacia la trastienda y regresa rápidamente con una enorme caja de cartón llena de los estuches metálicos de Gaston Cluzel.

—Le agradezco mucho su gestión. Y me parece bien dárselos a un euro el lápiz. Agnès, ¿podría hacer la cuenta, por favor?

—Veo que no me ha entendido. Le ofrezco un euro simbólico por librarle de todos sus lápices.

La empleada le guiña discretamente un ojo de mirada ardiente a su jefe, mientras se muerde el labio.

—¡De acuerdo, un euro por todo! Y ahora márchese. —El dueño suspira depositando la caja en brazos de Arthur, pero con la mirada clavada en los pechos de su empleada modelo.

Arthur no se esperaba una negociación tan fácil.

—¿Tiene cambio? —pregunta sacando un billete de veinte euros.

—¡Puede irse, se los regalo! —exclama el hombre, exasperado, mientras lo acompaña hasta la puerta.

Arthur oye el chirrido de la persiana metálica al cerrarse tras él.

En el estudio de France Inter, a pocos minutos del comienzo de su crónica, Charlotte escucha a su colega desgranar las noticias, cada cual más dramática que la anterior.

Los perturbados mentales se están abriendo las venas solo por el placer de admirar el color de la sangre. Las condenas por acoso sexual son tantas que ya no son noticia. Las autoridades recomiendan a las mujeres tener cuidado y evitar pasear solas de noche. Extremistas de toda índole se atribuyen las peores perversiones. Predicadores del mundo entero asocian el rojo con Satán y arengan a las masas evocando un castigo divino: pronto la Tierra se convertirá en un infierno. Pero lo más alarmante es la tensión en Oriente Medio. En todas las esferas se oye hablar de «la lógica de la guerra».

La civilización corre el riesgo de descomponerse, constata Charlotte con horror. Y es inevitable: el rojo activa especialmente nuestro cerebro reptiliano, despierta nuestros impulsos sexuales y nos transforma en seres temerosos o violentos. Es el reinado de los dos reflejos primitivos de todas las especies animales: reproducirse y sobrevivir. ¿Cómo rebajar el fuego de ese puchero en ebullición?

*Al repasar todos los combates de lucha grecorromana desde el inicio de los Juegos Olímpicos modernos, observamos que los luchadores vestidos de rojo se impusieron a aquellos otros vestidos de azul en un sesenta y siete por ciento de los casos, lo que supone algo más de dos tercios. En taekwondo, a los contendientes con pechera roja se les otorgaron un trece por ciento más de puntos que si hubieran llevado la pechera azul. En el fútbol inglés, el*

*Liverpool, Manchester United y el Arsenal, los únicos tres equipos de la liga inglesa que visten camisetas rojas, ¡han ganado treinta y nueve de los setenta y un títulos disputados desde la Segunda Guerra Mundial! Los científicos se muestran categóricos al respecto: llevar alguna prenda de color rojo hace que uno parezca más fuerte y proporciona una mayor energía. Sin la menor duda, este es el momento de volcarse en el deporte.*

*Hasta mañana, queridos oyentes.*

Tumbado en la cama de la habitación de su hotel en Montmartre en plena tarde, Ajay recupera fuerzas. El viaje ha sido espantoso. Un pasajero fue presa del pánico durante el despegue y se aferró a las rodillas de su vecina, quien de inmediato le abofeteó acusándole de acoso sexual, y exigió que la cambiaran de asiento. Varios niños comenzaron a llorar de forma alternativa. Parecía que se relevaban por turnos para que en ningún momento hubiera silencio en el avión, lo que irritó aún más a los pasajeros. Algunos, especialmente irascibles, la tomaron con las azafatas porque consideraban que no les estaban sirviendo con la suficiente rapidez, a lo que estas respondieron con idéntica dureza.

Cuando el avión aterrizó por fin y la sobrecarga cogió el micrófono para decir que esperaba que el viaje hubiera sido agradable, un concierto de silbidos se elevó enseguida. En lugar de proseguir con: «... y esperamos volver a verlos próximamente», soltó un «*piss off*» que desató una nueva bronca general.

Como suele hacer en cada uno de sus viajes a un país extranjero, Ajay se ha conectado a una radio nacional «en la que hablan todo el tiempo». Poco importa si no entiende una sola palabra. Para él, el turismo significa, ante todo, estar en contacto con la población local lo máximo posible. La entonación de sus voces le permite a veces percibir nuevos colores. Esa música de lenguas extranjeras le revela muchas cosas sobre el estado de ánimo, mentalidad y humor de la gente que encuentra a su paso. Y, desde esa mañana, se dice que los parisinos parecen estar tan neuróticos como los neoyorquinos. De pronto se endereza en la cama al escuchar una voz femenina

pausada, alegre, risueña, que no parece atenazada por el miedo. La primera voz optimista desde que ha puesto pie en suelo francés. «Tal vez incluso desde la aparición del rojo», piensa. Ajay cierra los ojos para disfrutar mejor de ella. De pronto aparece una mancha ligeramente violácea en su mente. Es la tercera vez que una voz humana consigue hacerle ver ese color con los ojos cerrados. ¿Será la misma que resonó con tanta fuerza en su taxi una noche de Año Nuevo? ¿La de aquella clienta a quien dejó plantada? Sería demasiada casualidad, piensa. Sin duda tiene que haber miles de voces con ese mismo color. Para distraer su mente, abre la guía y empieza a programar su visita a la ciudad, pero no consigue concentrarse. Lo único que desea es descubrir a quién pertenece esa voz.

*Alerta en lemonde.fr:*

*Tinder se ha convertido en la primera aplicación de internet en número de abonados, por delante de Snapchat y Facebook.*

Sentada ante la enorme mesa de la residencia, Louise solloza. Arthur le ha llevado todas las existencias de lápices Gaston Cluzel de la papelería. Él va abriendo las cajas una detrás de otra y ella prueba cada lápiz, uno por uno. Irritada, no deja de repetir incansablemente la misma frase:

—¡No me gustan los lápices grises!

Cuando Arthur abre la última caja, la niña ya no dice nada y llora a lágrima viva.

—Lo siento mucho, preciosa —se disculpa Arthur.

—¡Me lo habías prometido! —gime la niña.

Desolado, Arthur se marcha al jardín y se sienta en uno de los escalones del porche. Los únicos colores que Louise es capaz de ver son los de los lápices ultrasaturados producidos el último día de actividad de la fábrica, pero el problema es que todos fueron reciclados.

Charlotte consuela a su hija deslizándolo en sus brazos el peluche de Jigglypuff, un pokémon de color rosa con forma de bola y grandes ojos grises que le ha regalado Sylvie. Luego se acerca a Arthur, guiándose por los exagerados suspiros de este.

—No es culpa suya, Arthur.

—¡Sí! Louise tiene razón. Le prometí que encontraría los colores.

Observa atentamente a Charlotte. Un mechón de su oscuro cabello se ha deslizado sobre sus gafas color rojo cereza.

—Charlotte, ¿podríamos hablar a solas?

—Claro, caminemos un poco —responde ella con esa voz tan dulce, agarrándolo del brazo.

Arthur la guía por el jardín. Una ligera brisa agita los cabellos de Charlotte. Con movimientos delicados, se coloca una y otra vez detrás de la oreja el mechón que le cosquillea la nariz. El aire es caliente, sopla viento del sur. El resplandor del sol penetra levemente a través del velo de sus párpados y activa parte de los bastones de sus ojos en blanco. Gracias al perfume de las flores de otoño, sabe que se dirigen hacia el banco que antes estaba pintado de verde botella, al lado de los macizos de flores del jardín. Mientras caminan, la grava emite ligeros crujidos, hasta que de pronto nota cómo sus pies se hunden en la tierra. Están justo delante del banco. Suelta el brazo de Arthur, da media vuelta y se sienta despacio. Arthur no deja de asombrarse al ver su enorme capacidad de orientarse con tanta soltura en el espacio. Decide permanecer de pie delante de ella.

—Debe acudir a la policía y contárselo todo para que así puedan protegerla a usted y a su hija. A mí no me creen, y ya no sé qué más puedo hacer.

—¡Sí, claro! —responde, sarcástica—. En cambio yo, como soy ciega, resultaré mucho más creíble y podré convencerles de que mi hija hace reaparecer los colores.

Charlotte percibe el perfume de Giorgio Armani de Arthur. Inspira hondo, pero no descubre ningún otro vapor de alcohol.

—Es verdad que ya no bebes.

Arthur advierte el tuteo. Esa familiaridad repentina le da fuerzas para formular la pregunta que le quema en los labios.

—¿Qué significan para usted... para ti... los colores? —inquire con calma mientras toma asiento a su lado.

Charlotte titubea.

—Creo que puedo sentirlos... ¿Cómo podría explicártelo?

Piensa por dónde debería empezar.

—Sin duda estudiaste a Jules Romains en el instituto.

—Claro, recuerdo que me gustó muchísimo *Knock o el triunfo de la medicina*.

—Pues bien, Jules Romains publicó en 1920 una obra que por entonces generó mucha controversia, *La visión extrarretiniana*, en la cual intentaba demostrar, a través de numerosos experimentos, que con un poco de entrenamiento el hombre es capaz de percibir los colores, en particular con sus manos. Esta percepción llamada dermoóptica podía tener distintas fuentes, sobre todo la temperatura correspondiente a cada color, pero también su longitud de onda. Nuestro cuerpo, como cualquier objeto, emite radiaciones infrarrojas. La interacción infrarroja de la piel y de un objeto varía según el color. De hecho, se trata de una percepción de textura. Durante los años sesenta, un profesor ruso definió el color naranja como rugoso, el color amarillo como especialmente plano y el color rojo también rugoso pero, a la vez, pegajoso.

—¿Y es eso lo que tú percibes?

—Es posible. Pero para mí es ante todo una mezcla de perfumes y sabores. El naranja, por ejemplo, tiene un olor dulce como la fruta, pero su sabor es ácido. El amarillo es aún más ácido cuando es limón, pero también puede ser delicado como la yema de huevo y tener el perfume del junquillo o la retama. El blanco tiene el sabor de la leche o del pollo y el olor de la nuez de coco o de determinadas orquídeas. El negro huele a regaliz y a café, pero a veces también a neumático quemado o a un guiso que se ha pegado a la olla.

Arthur absorbe embebido sus palabras y observa cómo ella las acompaña con el movimiento de sus brazos. Es incansable.

—El rojo tiene el gusto de la col, de grosellas, moras y del aroma del vino —prosigue ella con pasión—. El rosa tiene el olor de la flor más romántica y del amanecer. El azul sabe a agua de mar o a un queso muy oloroso.

Charlotte hace una pausa.

—¿Puedes notar el olor de los narcisos del jardín? —le pregunta ella.

—No.

—¿Y el del musgo en el muro?

—Ese sí lo noto.

—Los colores aún continúan ahí. Igual de hermosos que antes.

—¿Quieres decir que para ti nada ha cambiado?

—Sí, vosotros. Cuando vosotros perdisteis los colores, una vez pasado el efecto sorpresa, comprendí que empezabais a debilitaros. Con la aparición del rosa el ambiente se volvió eufórico y eso os hizo mucho bien. Parecíais estar más alegres, pero, al mismo tiempo, sentí que crecía una especie de contemplación beata, como un letargo. Nuestro mundo resultaba un poco empalagoso, como de malvavisco empapado en agua de rosas.

—Nada que ver con lo que ha sucedido con el rojo. Se está hablando incluso de una nueva revolución sexual.

—Es cierto, la humanidad ha ganado en dinamismo y en energía. Tal vez demasiado. Wagner compuso todas sus potentes sinfonías en habitaciones pintadas de color rojo. Yo puedo percibir en vosotros esa misma fuerza y esa misma violencia y por eso...

—¿Por eso qué?

—Pues que, mientras no consigáis ver más que el rojo y el rosa, nuestro planeta azul no estará equilibrado.

Charlotte se vuelve hacia Arthur y acerca suavemente sus manos al rostro de él. Las yemas de sus dedos se deslizan por su frente y por las sienes.

—¿Has escuchado los informativos? —prosigue ella mientras recorre su rostro—. Desde ayer una panda de violentos de todo tipo se están volviendo cada vez más agresivos.

—¡Lo ven todo rojo!

Los dedos de ella recorren con delicadeza el contorno de las orejas, del

cuello, de la nariz aplastada.

—En todas partes la gente quiere rebelarse, aunque no sabe por qué. Es la violencia en estado puro. La gente está cada vez más irritada, se muestra incluso más intolerante que antes. Estoy preocupada por Louise, por ti, por todos nosotros.

Arthur no puede creérselo. Charlotte tiene miedo por su hija, por el mundo en general, pero también por él en particular. ¿Cuándo fue la última vez que una mujer que le gustase tanto se había preocupado por él?

Charlotte desliza su dedo sobre el ojo húmedo de Arthur y retira sus manos. Ambos guardan silencio.

—Prométeme que permanecerás aquí escondida con tu hija —murmura él finalmente.

—Entonces, tú debes mantener la promesa que le has hecho a Louise de encontrar los colores. Mientras tanto, grabaré unas cuantas crónicas. Así no tendré que acercarme cada día hasta la sede de Radio France.

Arthur contempla a Charlotte con su blusa color carmín. La espléndida puesta de sol, de un rojo vivo, refuerza aún más la tonalidad de su tejido. Siente ganas de besarla.

## Cuando un cerdito se va de pícnic

En el tren que se dirige hacia Cabourg, prácticamente todos los viajeros van vestidos con prendas rojas o rosas. Parece que estuvieran en la fiesta del periódico comunista *l'Humanité*, en el stand de la liga de los optimistas. Sin embargo, la atmósfera está cargada de electricidad. En el vagón de Arthur, dos pasajeros han llegado a las manos porque uno de ellos se ha sentado en el asiento del otro. Aquello no parece molestar lo más mínimo a las decenas de parejas que continúan intercambiando sus fluidos entre besos dignos de adolescentes en celo.

Al llegar a los hermosos barrios de esa población balnearia, uno tiene la impresión de estar en pleno verano. Las vestimentas rojas y rosas recuerdan a los coloridos desfiles de Christian Lacroix. Arthur sigue llevando su chaqueta rosa demasiado grande. Los hombres lo contemplan con envidia, como si luciera un aspecto especialmente elegante. Se detiene ante una magnífica mansión de los años treinta que se conserva en excelente estado, salvo por un cristal roto. Sobre el timbre de la puerta, en un letrero escrito con una estilizada caligrafía se lee Cluzel. Es ahí. Arthur se repite por última vez el discurso que ha preparado. Es imposible decirle la verdad, no confía en su antiguo jefe. Pulsa el timbre y, algunos segundos más tarde, oye el pestillo de la puerta eléctrica. Empuja el batiente y penetra en un jardín arbolado y muy bien cuidado. Un jardinero llega a su encuentro con unas tenazas rosas en la mano; viste pantalones cortos rojos y camiseta de flores rosas. Va empujando

una carretilla llena de malas hierbas. ¡Es CLUZEL! Con ese atuendo, no lo había reconocido.

—¿Qué haces tú aquí, Picasso? —le pregunta Cluzel tan sorprendido como inquieto al ver aparecer a su antiguo obrero-comercial-chivo expiatorio.

Arthur le sonrío y adopta la actitud de un viejo colega con el que se hubiera corrido mil juergas.

—Hola, Adrien, ¿cómo estás?

Cluzel mantiene los labios apretados.

—Pasaba por aquí y me he dicho que este era un buen momento para hacerte una visita.

Cluzel sigue apretando los labios.

—¿Sabes una cosa, Adrien? ¡Quería darte las gracias! Hemos tenido nuestras pequeñas diferencias, pero, viéndolo en retrospectiva, creo que te debo mucho, por todo lo que hiciste por mí. Aprendí muchísimas cosas a tu lado.

—Salga de mi casa, por favor.

Cluzel se acerca al pulsador eléctrico del portal.

—Demonios, solo he venido para decirte lo mucho que me ha gustado trabajar para ti. Fíjate, desde entonces colecciono lápices de colores...

Cluzel se queda paralizado.

—¡Pero, cuidado, lápices Gaston Cluzel, solamente los Gaston Cluzel!

—¿Colecciona lápices Gaston Cluzel?

—Desde luego. Y, por cierto, ¿no te quedarán algunos por casualidad?

Arthur se da cuenta de que esta no es la mejor manera de exponerlo, pero es demasiado tarde para cambiar de estrategia.

—Estaría dispuesto a comprártelos. Me interesa en especial la producción del último día. Y te confieso que, a ese respecto, ya no sé dónde buscar.

—¿No lo sabe?

—No, pero recuerdo muy bien que apartaste un puñado de la producción antes de que apagáramos las máquinas. Bueno, como el gran experto que eres, seguro que te diste cuenta de que esos últimos tenían unos colores muy hermosos. ¿Te acuerdas? A decir verdad, yo había añadido mucho más pigmento.

—Espéreme aquí.

Cluzel desaparece, dejando solo a Arthur. «Después de todo, no es tan mal tipo —se dice—. Le gusta remarcar la diferencia de clases, pero en el fondo es un buenazo.» Cluzel regresa con las manos vacías. Coge el rastrillo que está en la carretilla y lo blande con ambas manos por encima de la cabeza de Arthur. Su mechón de pelo se desliza sobre un ojo, pero el otro parece haberse vuelto más negro aún.

—No te muevas —repite Cluzel tuteándole.

—Tal vez podría quedarse con el rojo, señor Cluzel —sugiere Arthur, tratándole de usted para calmar a su antiguo patrón.

—¡Maldito cabrón, y encima vienes a provocarme a mi propia casa! —vocifera Cluzel—. ¡He llamado a la policía, ya no pueden tardar! —grita.

Arthur echa un vistazo a su espalda. La puerta de la propiedad está cerrada y Cluzel se ha colocado ante el botón de abertura. Está prisionero.

—¡París, Saint-Moritz, y ahora Cabourg! —chilla Cluzel al borde de un ataque de nervios.

«París, Saint-Moritz y Cabourg —repite Arthur—. Parece el eslogan de una marca de polos de lujo. Pero ¿qué relación pueden tener?»

—La semana pasada se produjo un allanamiento en mi domicilio de París. Me resultó muy extraño que me robaran únicamente la COLECCIÓN de lápices heredada de Gaston, mi bisabuelo.

Cluzel hace amago de golpear a Arthur con su rastrillo, pero contiene el gesto a pocos centímetros de la cabeza de su antiguo empleado.

—Hace dos días, en Saint-Moritz, el guarda me avisó de que habían entrado a robar en mi chalet, ¡y que se habían llevado TAMBIÉN mis LÁPICES! ¡Eran los de mi padre y mi abuelo! ¡Solo tenían un valor sentimental!

Cluzel, con el rostro rojo escarlata, acerca peligrosamente su arma a la frente de Arthur.

—¡Y ahora aquí, esta mañana! Has esperado a que me marchara a la playa a recoger bígaros para venir a robarme y sustraerme mi PROPIA COLECCIÓN. ¿Y todo por qué? ¿Por qué?

De pronto Arthur comprende por qué el cristal está roto.

—¡Y encima tienes la cara dura de presentarte ante mí para saber si aún me queda ALGUNO en otra parte!

Antes de que le aseste el golpe, el antiguo jugador de rugby se desliza rápidamente por detrás de su antiguo jefe. Apenas tiene tiempo de apretar el botón de abertura del portal y echar a correr, sin mirar atrás, en dirección a la estación. Salta en el primer tren, que cierra sus puertas nada más subir él. La vieja locomotora se pone en marcha arrastrando penosamente los pesados vagones.

—¿Adónde se dirige este tren? —pregunta Arthur, tras haber recuperado el resuello, a una hermosa pasajera que vuelve a dejarlo sin aliento.

Lleva puesto un ceñido vestido color bermellón.

—A París —responde esta con una sonrisa que ensancha voluptuosamente el rojo cardenal de sus labios.

Sentada ante el micrófono, en un estudio de France Inter, Charlotte oye a Sylvie que entra y ocupa un sitio a su lado. Sus pasos un tanto irregulares tienen algo inusual.

—¡Estrenas zapatos!

—No se te puede ocultar nada. Son unos Louboutin que he comprado en una venta privada. Diez centímetros de tacón. ¡Me encantan sus suelas rojas! Es mi color preferido, como Cleopatra —añade.

—Si te contara cómo se las arreglaban en aquella época para obtener ese color, seguro que me los regalarías —la chincha Charlotte.

—¡Eso no pasará!

—Había que recolectar doscientos cincuenta mil caracoles de mar para teñir una sola toga. Un auténtico genocidio. Pero lo peor es que los dejaban macerar durante meses en orina. Aquello olía tan mal que debían hacerlo en lugares apartados de las ciudades. ¿Me pasas ya tus zapatos?

—¡Por supuesto que no!

*Hace algunos años, un equipo de investigadores mostró a un grupo de voluntarios masculinos fotos de mujeres medianamente atractivas sobre fondos rojos o blancos. Esos hombres declararon que las mujeres sobre fondo rojo eran dos veces más seductoras que aquellas sobre fondo blanco. No es casualidad que, cuando una mujer hace autoestop vestida de rojo, los automovilistas se paren con una frecuencia dos veces superior a lo habitual. ¡No es casualidad, tampoco, que las camareras que visten de rojo obtengan propinas mucho más generosas! ¿Por qué las mujeres resultan tan atractivas cuando van vestidas de rojo o se han pintado los labios con carmín? Pues porque con ese gesto, inconscientemente, hacen patente su fertilidad ante los hombres. Nuestros lejanos antepasados mostraban, durante los períodos de ovulación, los labios de la boca y los genitales mucho más rojos de lo habitual, y se ha podido constatar que las mujeres, sin saberlo, se visten de forma natural de color rojo o rosa cuando son fértiles. Sepan, además que, de media, las parejas que están en una habitación roja hacen el amor tres veces por semana y casi dos veces menos en una habitación blanca. Así que ¡a por las brochas!*

*Y hasta mañana, queridos oyentes-manitas.*

La luz roja del estudio se apaga.

—Voy a comprar ahora mismo pintura en eBay —exclama Sylvie, sentada al lado de Charlotte.

—Sylvie, no puedo decirte por qué, pero debo ausentarme durante algunos días.

—Pero eso es imposible, te necesitamos.

—He dejado escritas varias crónicas. ¿Crees que podríamos grabarlas?

Sylvie reflexiona un momento.

—¿Hay alguna historia de amor detrás de todo esto? Esa es la única excusa que me vale.

Charlotte no quiere contradecirla y hace una leve mueca.

—Ahora empiezo a entender por qué querías mis zapatos —se burla Sylvie—. Voy a hablar con el jefe. Las cosas van mucho mejor entre nosotros —añade sonrojándose.

Cuando al final de la tarde Charlotte abandona el edificio de Radio France, Gilbert la espera ligeramente apartado en los peldaños de hormigón del exterior. La víspera, se había hecho pasar ante la portera de la casa de Charlotte por un agente de seguros deseoso de ponerse en contacto con su cliente afectado. Pero nadie había tenido noticias de ella desde el incendio. Lo único que la portera le dijo fue el apellido de Charlotte y que esta trabajaba en Radio France. Gilbert se ha apostado ante la entrada de personal de la Casa de la Radio; lleva en su teléfono la foto de Charlotte que ha obtenido en el vestíbulo de la emisora. Esa animadora, que debe de creerse una estrella, había posado con gafas de sol.

Gilbert se adentra en el metro tras ella. Seguir a alguien nunca le ha resultado tan fácil, se dice mientras ella avanza con su bastón blanco.

El tren está abarrotado. Arthur finalmente encuentra un asiento plegable entre dos vagones, donde aprovecha para reflexionar sobre la situación. No es el único que está buscando los últimos lápices de colores Gaston Cluzel. ¿Quién más habrá llegado a esa misma conclusión? ¡La mafia china sin duda! Recuerda cómo estuvo fanfarroneando en el QG y contándole a todo el mundo, en particular a Gilbert, que había vaciado todas las existencias de pigmentos en esa última serie. «¡Qué estúpido he sido! —se reprocha apretando los puños—. Ahora que esos mafiosos han logrado apoderarse de los lápices, intentarán cualquier cosa con tal de encontrar a Louise. Si es cierto que no quieren que los otros colores reaparezcan, tratarán por todos los medios de hacerla desaparecer.»

De pronto, Arthur ve aparecer, al otro lado del vagón, a un revisor, fácilmente reconocible por la banda roja de su gorra. No solo no ha comprado un billete, sino que tampoco tiene dinero. Este no es el momento de hacerse notar, habida cuenta de que la policía posiblemente esté tras su pista. Recordando las buenas películas antiguas de serie B, intenta refugiarse en el aseo. Ocupado. Entonces emprende la marcha en dirección opuesta a la del revisor, atraviesa un vagón y llega a la cola del tren. Delante del aseo, el mismo llamativo rótulo de «ocupado» en letras de un rojo intenso parece estar provocándole. Debe encontrar una solución. Al volver sobre sus pasos, distingue a un viajero dormido, con el billete sobre sus rodillas. Arthur se lo quita suavemente sin siquiera detenerse. Ha sido tan poco discreto al hacerlo que casi espera que alguien grite: «¡Al ladrón!». Pero no, no se oye nada... Como el número del asiento está escrito en el billete, Arthur trata de alejarse

lo máximo posible. Se dirige directamente hacia el revisor que pica el billete sin siquiera mirarlo. Un poco más adelante, encuentra un sitio libre al lado de una señora mayor de origen asiático. Sin embargo, le asalta un presentimiento que le hace sentirse cada vez más angustiado. Si los ladrones se han pasado esa mañana por casa de Cluzel, tal vez también estén en ese tren y también sean de origen asiático. Descarta inmediatamente de su lista de sospechosos a la anciana e intenta localizar a todos los viajeros orientales. «A eso se le llama discriminación», se dice, un tanto avergonzado. En cualquier caso, es incapaz de razonar y, justo entonces, sospecha de un fortachón de ojos oblicuos oculto tras unas pequeñas gafas de leer en el vagón de cola, y de otro, un poco más joven, sentado hacia la mitad de la fila de asientos. Decide comenzar por el primero y atraviesa de nuevo el vagón en sentido inverso. Se disculpa secamente cuando pasa junto a un pasajero malhumorado, recién despierto, que está buscando de rodillas su billete, bajo la mirada suspicaz del revisor, y se acerca al primer sospechoso. Un auténtico luchador de sumo, de la categoría de los *yokozunas*, capaz de partirle el cráneo con una sola mano. «La mayoría de los luchadores de sumo son japoneses, y no chinos», se dice para tranquilizarse. En el portaequipajes, sobre la cabeza de ese imponente viajero cuyo cuerpo desborda su asiento invadiendo el de al lado, hay una bolsa decorada con un bordado que representa un dragón rojo. Los tristes y grisáceos suburbios de las afueras de París, siempre bajo un cielo plomizo, desfilan ahora a través de la ventanilla. El tren no tardará en llegar a la estación de Saint-Lazare. El luchador de sumo se despega con dificultad del asiento y avanza hacia él con autoridad. ¿Qué hacer? ¿Huir? Obviamente, pero sus piernas flaquean. Se da la vuelta y cierra los ojos, esperando a ser estrangulado, triturado, descuartizado o algo peor. Al cabo de unos segundos, abre los párpados con cautela. Ese doble quintal de músculos ha pasado ante él sin detenerse. Arthur lo ve entrar en el aseo y aprovecha para acercarse a su

bolsa. El dragón lo contempla con ojos malignos, provocándole, como si le dijera: «Eres incapaz de abrir esta bolsa para ver lo que contiene». Los viajeros comienzan a recoger sus enseres y Arthur, a quien no le gusta ser humillado por dragones, agarra la bolsa. Los frenos del tren chirrían, anunciando la inminente llegada.

—¿Es suya esa bolsa? —pregunta tímidamente una voz a su espalda.

Arthur hace como si no la hubiese oído y abre la cremallera. ¡El interior está lleno de lápices Gaston Cluzel de color gris! Advierte que en algunos de ellos el logo es ligeramente más fino, y por lo tanto que son más recientes. Cierra la bolsa, se la echa a la espalda y trata de abrirse paso hacia la salida. Su corazón palpita desbocado.

—No creo que esa bolsa sea suya, señor —repite la irritante vocecilla alzando el tono.

Se vuelve hacia la voz femenina y sonrío. Es una mujercilla de carnes secas que viste un traje sastre color rojo carmín alizarina y un collar rosa fresa.

—¿Está hablando conmigo, señora?

—Sí, señor.

—Le doy las gracias por haberse fijado en ello. Si todo el mundo fuera como usted, sin duda habría muchos menos robos. Pero precisamente esta bolsa es mía. ¿Este saco es de alguno de ustedes? —pregunta Arthur a los pasajeros con una seguridad que le sorprende incluso a él.

Todos los viajeros guardan silencio. La mujer busca con la mirada al hombre gordo que estaba sentado a su lado. No aparece por ninguna parte. Después de todo, se dice, solo porque la bolsa tenga un dragón bordado no tiene por qué pertenecer forzosamente a un hombre asiático. Y, además, un hombre vestido con una chaqueta de lentejuelas rosas no puede ser un ladrón...

—Le pido disculpas, señor —termina por balbucear.

—Ha hecho usted muy bien. Nunca se es demasiado prudente.

Apenas quedan unos cientos de metros para alcanzar la estación y la mayoría de los pasajeros ya se han levantado. Una chica joven, que lleva un bebé vestido con un mono rosa en un cochecito gris, bloquea la salida. De pronto, distingue al luchador de sumo que sale del aseo y busca con los ojos su bolsa en el portaequipajes. Arthur suelta rápidamente el saco en el suelo para ocultarlo detrás de la hilera de pasajeros, pero es demasiado tarde. «Doble quintal» le clava la mirada y, mostrando una pequeña sonrisa, balancea la cabeza de derecha a izquierda: o bien le está diciendo que no o le está dando a entender que no debería haber hecho eso. Su corpulencia le impide deslizarse entre los pasajeros y sus equipajes, que ahora colapsan el pasillo. Es evidente que no desea llamar la atención. Contra todo pronóstico, da media vuelta y se aleja en dirección contraria.

¡Pues claro! Ese vagón tiene dos puertas exteriores y el luchador de sumo está justo al lado de la otra salida. Como el andén es una vía sin salida, Arthur se verá obligado a pasar por delante de él. El tren ya casi se ha detenido; debe tomar una decisión y obrar con rapidez. Abre la bolsa, se apodera de todos los lápices que puede y los oculta en su pantalón; luego se quita, a su pesar, la chaqueta rosa y la mete en la bolsa. Las puertas automáticas se abren.

—Permítame que la ayude, señora —anuncia Arthur a la joven madre con un matiz de autoridad.

Antes incluso de que ella haya aceptado, levanta el cochecito y desciende los tres peldaños.

—¿Cómo se llama esta hermosa niña toda vestida de rosa?

—Tristán. Es un chico.

—Ah, perdón...

Arthur deposita el cochecito en el suelo del andén. La mujer desciende justo detrás de él, con su bolsa y la de su bebé.

—Usted coja a Tristán. Yo le llevaré las bolsas.

Arthur avanza con la mayor naturalidad posible al lado de la madre y del cochecito. Su corazón se ha vuelto a desbocar al ver a Doble Quintal correr en su dirección. ¿Tal vez no vea bien de lejos? Y si está buscando a un hombre con una chaqueta rosa que carga con una bolsa con un dragón bordado, puede que tenga alguna oportunidad de librarse.

Doble Quintal observa a todos los viajeros que pasan ante él. Cuando llega a su nivel, Arthur vuelve la cabeza y se inclina sobre el bebé. Los lápices ocultos en su pantalón se le clavan en el vientre. Le cuesta agacharse.

—Has sido muy bueno, Tristán —dice gimiendo de dolor—. Te felicito.

Doble Quintal sigue adelante sin detenerse hasta alcanzar la puerta del tren. Aparta a los pasajeros para subirse. Arthur, como si nada, acelera el paso, seguido de la joven madre, que tiene que esforzarse para mantener su ritmo. «Decididamente —piensa ella—, los parisinos siempre tienen prisa.» Un joven aparece a su encuentro y toma al bebé en sus brazos. Arthur le tiende las bolsas, se despide con la mano del bebé por encima del hombro de su padre y se precipita hacia la salida.

*Alerta en lemonde.fr:*

*La venta de armas en el mundo está batiendo récords.*

Ante la gran mesa de la residencia, en una silla realzada por un grueso cojín, Louise se niega a dibujar con los nuevos lápices. La veintena de minas en sus cajas de madera hexagonales de tono gris está alineada frente a ella. Charlotte, sentada a su lado, le acaricia el hombro. Arthur y Lucien se mantienen a distancia observando la escena lo más discretamente posible.

—Yo quería un lápiz amarillo, mamá —se enfurece Louise—. ¡Y no hay ninguno!

—Prueba con este —le sugiere Charlotte escogiendo a tientas un lápiz—. Tal vez puedas hacernos un bonito sol.

Louise lo coge y traza un nuevo círculo en la hoja. Una vez más es un círculo gris.

—No me gustan los soles grises —protesta la niña.

Entonces salta de la silla para abandonar la habitación.

—¡El sol es amarillo! ¡No es verde, ni gris, es amarillo!

Lucien atrapa al vuelo a su nieta cuando pasa por delante de él. La levanta hasta ponerla al mismo nivel de su rostro y sonrío. Es ligera como una pluma.

—¿Por qué has mencionado el verde? —le pregunta suavemente su abuelo.

Arthur tiene el mismo presentimiento.

—A mí lo que me gustaría es que me dibujaras una hierba muy verde — intenta Arthur.

—No tengo ganas.

—¿Y qué pasa con mi colección de cerditos? —insiste Lucien—. Los tengo rosas y rojos, pero me gustaría mucho tener un cerdito verde. ¡Por favor! Sería como el del juego Angry Birds.

Lucien acompaña de vuelta a su nieta hasta la mesa y la acomoda sobre sus rodillas.

—¿Ves algún lápiz verde?

Louise, sin decir nada, agarra un lápiz gris y traza varias líneas verticales en la parte baja de un folio blanco. Unas líneas grises. En medio de estas, dibuja una forma oval que a continuación colorea. En gris. Arthur y Lucien se interrogan con la mirada. Ella añade con cuidado dos puntos en la parte delantera del óvalo, apretando muy fuerte la punta del lápiz. Deben de ser los ojos.

—He escondido el cerdito verde entre la hierba para que no se lo coman.

Al cabo de varios segundos, el cerdito gris se transforma en un camaleón. Imperceptiblemente, va cambiando de tonalidad. Empiezan a adivinarse reflejos verdigrises cada vez más pronunciados. Poco a poco, el color torna hacia un tono más gris arcilla, luego a un amarillo verdoso, a caqui, a oliva, a almendra, a puerro, a aguacate, a tilo, a ajeno.

Hasta que finalmente el color del cerdito y el de la hierba se fijan en un resplandeciente tono pistacho. Lucien vuelve la cabeza y advierte por primera vez los motivos verde agua de la alfombra del salón, exactamente del mismo verde que las puertas y zócalos de la habitación.

Arthur señala con el dedo hacia la ventana para que Lucien mire en esa dirección. Este alza los ojos y observa el jardín. Las pinochas de las coníferas han recuperado su color en una mezcla de verdes que va desde el verde anís hasta el verde botella. El olivo destaca en pleno invierno con sus hojas caqui oscuro. El césped también ha recobrado su color.

Charlotte, que sabe interpretar perfectamente ese silencio, acaricia la nuca de su hija.

—¿Hay algún lápiz de otro color en la mesa?

—Este —indica Louise agarrándolo—. Voy a dibujar el cielo por encima

del credito.

Charlotte ofrece su brazo a Arthur. Su bastón blanco, ahora plegado, asoma de su bolsito en bandolera. Se abren paso con dificultad entre las personas que recorren el museo de Orsay. Los escasos visitantes se concentran frente a los cuadros en los que domina el tono rojo o rosa, apelotonándose frente a *La blusa de cuadros*, de Bonnard. Una mujer de aspecto elegante y distinguido de unos cincuenta años contempla un cuadro totalmente gris con ojos desorbitados y la boca muy abierta. Su cuerpo se balancea suavemente sobre un pie y luego el otro, mientras suelta leves gemidos.

Arthur y Charlotte ascienden al primer piso por una escalera engalanada con una alfombra roja que recuerda a la de la escalinata del Festival de Cannes. De pronto, Arthur agarra la manga de Charlotte. «Ahí está», dice deteniéndose delante del *Almuerzo en la hierba*. Las cerezas que se han salido del cesto son como pequeños oasis de color en un lienzo plagado de tonalidades grises. Charlotte se detiene frente al cuadro orientándose gracias a la iluminación. Se concentra para afinar sus cuatro sentidos superdesarrollados. El ruido a su alrededor queda ligeramente amortiguado por ese lienzo monumental. Puede percibir el olor de los cuadros antiguos, que se mezcla con el de los visitantes. Intenta imaginar a los cuatro personajes de esa composición triangular, de sentir la mirada de la mujer desnuda, que se ofrece al sol, sentada con cierto abandono sobre la hierba al lado de dos hombres totalmente vestidos. Nota cómo su corazón se acelera, sus manos se humedecen y su respiración se vuelve más entrecortada. Ha visitado decenas de veces el museo de Orsay, siempre con esa misma sensación de frustración por no poder tocar alguna de esas obras maestras. Le gustaría tanto sentir y poder palpar con la yema de sus

dedos el talento de esos grandes pintores... «¿Por qué no dejarán a los ciegos, aunque solo sea una vez, acariciar los cuadros? ¿Por qué no nos dejarán compartir esta cultura universal? Tan solo una vez», se dice en cada visita.

Por supuesto, Charlotte sabe que el contacto repetido de los dedos y la acidez de las microgotas de transpiración polinizan cualquier material y hacen desaparecer la pintura. Pero aunque solo fuera una vez...

—Hoy voy a devolver el color a las grandes obras del impresionismo. Merece la pena hacer una pequeña excepción —se justifica ante Arthur.

—Por supuesto. ¡Sobre todo en vista de que el talento colorista de tu hija es también... impresionante! —la anima, no muy seguro de su nota de humor.

Pero Charlotte sonríe y saca de su bolso el dibujo de Louise y un dispensador de cinta adhesiva que tiende a Arthur. Cuando oye el sonido de la cuchilla del dispensador cortar cuatro veces el rollo de celo, inspira profundamente.

—Tú me dices cuándo —murmura.

Arthur tiene controlados a los vigilantes. Son dos, sentados a una decena de metros a la izquierda del lienzo. Ambos observan atentamente a la multitud. Un grupo de estudiantes bastante ruidoso entra en la estancia, atrayendo su atención.

—¡Ahora!

Charlotte avanza con precaución manteniendo el dibujo frente a ella. Nota cómo la hoja de papel entra en contacto con el lienzo. Presiona ligeramente los trozos de celo pegados en las cuatro esquinas del dibujo y lo pega en la parte inferior izquierda del cuadro. Un turista, que contempla la escena, abre desmesuradamente los ojos. El cerdito de Louise parece mordisquear las cerezas de Édouard Manet. El azul cian del cielo del dibujo se funde con los reflejos azul acero del mantel. El personaje sentado a la derecha del cuadro parece estar señalando al cerdito con el dedo, con gesto un tanto asombrado.

Charlotte se seca las manos en la falda para eliminar cualquier rastro de transpiración existente en la punta de sus dedos, y luego los posa suavemente sobre el cuadro. Lo recorre con infinita dulzura, mientras percibe los huecos y abolladuras del lienzo, y se detiene en algunos trazos gruesos para impregnarse mejor de ellos. La mujer desnuda la contempla con bondad, suplicándole que continúe.

El ruido del silbato del vigilante de sala del museo llega completamente amortiguado a los oídos de Charlotte. No lo oye. Ha dejado de oír cualquier sonido exterior. Su cerebro ya no es más que la prolongación de sus dedos que recorren la tela a su antojo. Su consciencia se ha modificado. Sus dedos son como diez transmisores que envían información a través del sistema nervioso hasta su córtex somatosensorial. Miles de sensaciones dulces y difusas se abren paso hasta su consciencia a través de conexiones neuronales. Entonces Charlotte descubre el verdadero genio de Manet; por fin percibe la armonía de los colores. Otras activaciones neuronales crean sobresaltos involuntarios en su nuca, que se tensa. El aleteo de sus párpados se vuelve cada vez más rápido.

Los dos vigilantes han abandonado sus sillas. Arthur se interpone abriendo los brazos para dejar que Charlotte disfrute algunos segundos más del lienzo. Pero no es necesario, los guardias no lo apartan del lugar. Se han parado en seco, atónitos. Su mirada pasa del dibujo infantil al cuadro del maestro. Los verdes sombríos del fondo del cuadro han recuperado todo su esplendor. El mantel azulado resalta de nuevo la blancura de la piel ligeramente sonrosada de la joven desnuda. Los vigilantes, al igual que los visitantes, perciben de nuevo el espectro de colores cuya longitud de onda está comprendida entre los cuatrocientos y los quinientos setenta nanómetros, es decir el conjunto de verdes y de azules. Aún quedan múltiples zonas grisáceas en el lienzo, pero la obra maestra ha recuperado todo su poder. La multitud que se concentra ante el

cuadro con el dibujo pegado es cada vez más numerosa. «*Amazing... asombroso... tolle... fantastikt...*», manifiestan entusiasmados en todas las lenguas. «*Sugoi!*», exclama una turista japonesa señalando con el dedo los ojos azul cerúleo de un turista nórdico.

Los dos vigilantes, en un mismo acto reflejo, dan la espalda al cerdito que mordisquea las cerezas en la hierba verde, y tratan de contener la aglomeración cada vez más compacta. Arthur se une a ellos, con los brazos extendidos, para que Charlotte explore unos segundos más cada centímetro cuadrado del lienzo. Ella se demora especialmente en los rostros de los personajes.

Su cuerpo tiembla ahora de la cabeza a los pies. Ha inclinado la nuca hacia atrás. Está en trance. Solo la yema de sus dedos extendidos, que acaricia el cuadro, parece en calma. Se pueden percibir sus ojos en blanco bajo las gafas de sol.

Arthur fuerza fácilmente la puerta trasera de la fábrica Gastón Cluzel, ahora desierta.

—Hay una posibilidad entre mil —le dice a Charlotte entrando con cautelosa.

—Pero siempre existe esa posibilidad —responde ella siguiéndole por el viejo edificio.

Rápidamente se ve asaltada por el olor de los pigmentos, de la madera y de la cera entremezclados con el de la grasa.

—Si quedara algún lápiz, ¿dónde estaría?

—En el despacho del jefe —responde él guiándola hacia la escalera metálica.

Desde lo alto de la escalera, la fábrica en desuso parece todavía más grande. Arthur advierte las manchas oscuras del suelo en los lugares que antes ocuparon las máquinas.

En el despacho de Cluzel, hay un fuerte olor a recién fregado. Se ha limpiado toda la oficina a conciencia, vaciándola por completo, a excepción de dos grandes cajas de mudanza en un rincón. Arthur se precipita hacia ellas, pero se desilusiona rápidamente. No hay nada en su interior. Por su modo de suspirar, Charlotte percibe su decepción.

Ella levanta una de las dos cajas de cartón, la despliega del todo y la deposita sobre el suelo. Hace lo mismo con la segunda, que coloca al lado de la primera. Muy despacio se arrodilla sobre los cartones.

—Quiero hacer el amor —propone con la mayor naturalidad del mundo.

—Yo... no sé... si este es el momento o el lugar —farfulla Arthur.

Ella lo atrae hacia sí, desata su propia bufanda y la anuda alrededor de los ojos de Arthur que no opone resistencia.

—Quiero hacer el amor —repite.

Arthur, también arrodillado ante ella, se siente terriblemente nervioso.

—¿Has oído hablar de las caricias tántricas? —le pregunta ella.

Él se siente incapaz de responder, mientras ella prosigue en un tono tranquilo:

—Bajo determinadas condiciones, la unión de dos cuerpos permite fusionar los espíritus, que de esta forma trascienden y se engrandecen. Quiero ofrecerte toda mi energía y sacar a la luz la tuya. Toda la potencia del yin y del yang unidos. Vamos a necesitarla para recuperar los colores.

Arthur se ve sacudido por tics nerviosos.

—No veo nada —protesta con sus ojos todavía vendados.

—Todo lo contrario, ahora es cuando empezarás a ver lo que es importante.

Charlotte lo desviste lentamente.

—¿Sabes por qué la gente cierra los ojos cuando ríe, llora o cuando hace el amor? —prosigue ella con una voz aún más clara que de costumbre, a la vez que le acaricia el torso—. Porque son emociones que provienen del corazón. Vuestros ojos son tan eficientes que tienen tendencia a anestesiar los otros sentidos.

Arthur comprende que ella desea instruirle en su mundo y se relaja ligeramente.

—Vamos a empezar por acompasar nuestras respiraciones —dice ella invitándole a tumbarse boca arriba a su lado—. Pon tu mano sobre mi vientre.

Arthur avanza su mano derecha, temblorosa, y toca la piel con la que lleva soñando durante meses. Es aún más suave de lo que había imaginado. Su mano se detiene a pocos centímetros del ombligo de la joven. Su dedo pulgar roza el

vello de la zona alta del pubis de Charlotte y advierte que ella también está desnuda.

—Sigue los movimientos de mis pulmones y trata de inspirar y espirar al mismo tiempo que yo.

Arthur se concentra y poco a poco su respiración se vuelve más calmada.

—¡Ya está! Ahora estamos acoplados a un mismo ritmo. ¿Notas el calor de mi cuerpo? Está algo más caliente que tu mano.

Arthur acaricia el vientre de Charlotte y su mano remonta suavemente hasta sus pechos.

—¿Sientes cómo están un poco más fríos? Ahora vamos a acompasar nuestro ritmo cardíaco. El corazón no engaña. Es la gasolina de la vida. Puedo sentir que el tuyo se acelera. Vas a escuchar el mío con tu mano.

Arthur abandona el pecho derecho, desliza la mano hasta el esternón y asciende delicadamente hacia su pecho izquierdo, hasta posarse sobre el corazón de Charlotte.

—No oigo nada.

—Es porque no estás escuchando. No lo suficiente. Concéntrate.

Arthur busca a tientas con la mano.

—Ahí está —murmura al cabo de varios segundos—. Empiezo a notar algo. Es un sonido leve, pero puedo percibir un ritmo regular.

—Imprégnete de los latidos de mi corazón. Y, ahora con tu otra mano, trata de tomarte el pulso.

Arthur posa su dedo índice izquierdo en su carótida. Charlotte atrapa el dedo y lo desplaza ligeramente sobre el cuello.

—Ahí está. ¿Puedes sentir ahora tu corazón?

—Sí, late más deprisa que el tuyo.

—Ahora vas a acariciarme para acelerar el mío hasta que ambos palpiten al unísono.

Arthur vuelve a colocar la mano en el pecho izquierdo de Charlotte, pero nota que es su propio corazón el que se acelera. Le acaricia el hombro descendiendo la mano regularmente para comprobar los latidos del corazón de ella. Esa caricia en el hombro surte más efecto en la joven que las de los pechos. El ritmo cardíaco de Charlotte se acerca poco a poco al suyo. Entonces ella roza con sus dos manos las piernas de Arthur, subiendo hasta las nalgas, y nota cómo la excitación va creciendo en su interior. Sus ritmos cardíacos y sus respiraciones están ahora sincronizados y se aceleran a la vez.

—Si sigues mis arterias, encontrarás todos los lugares de mi cuerpo en los que podrás sentir mi pulso.

Arthur, sin decir palabra, le acaricia el rostro, notando claramente la tensión en su sien. Sus dedos se deslizan por la nuca, siente el pulso en su carótida, luego desciende a lo largo de sus brazos y lo reencuentra al nivel de su muñeca. Remonta hasta sus hombros, y baja hasta el vientre deteniéndose en la arteria femoral en lo alto de sus muslos. Los corazones, siempre al unísono, laten aún más rápido. Él sigue la arteria hasta las rodillas, pierde el pulso en su pantorrilla y vuelve a localizarlo en el hueco de su tobillo. Sus respiraciones, cada vez más entrecortadas, siguen sincronizadas. Arthur sube la mano para explorar la última zona que aún no se ha atrevido a tocar. Se acerca suavemente, nota su humedad, su calor, roza su clítoris, lo rodea, vuelve a él, se aleja y luego introduce su dedo índice. Los dos corazones incrementan su frecuencia. Sus respiraciones son más breves, más sincopadas, pero siguen sincronizadas.

—Ahora péntrame —ordena ella.

Cuando Arthur se vuelve hacia ella, un teléfono empieza a vibrar. Una sola vez. Un sexto sentido libera de inmediato a Charlotte de su estado. Busca precipitadamente su móvil en el suelo y pulsa el mensaje con traducción vocal.

Una voz metálica anuncia en un tono alegre: «Mensaje... de... Pierrette...: Louise... y... Lucien... han... sido... secuestrados».

Cuando se descubre que la señora  
de los lavabos más encantadora de París  
no tiene nada de señora

De pronto, la residencia parece un asilo de ancianos como cualquier otro. Algunos ancianos pasean sin rumbo por los largos corredores de paredes azul ultramar. La sala de la televisión está más abarrotada que nunca. Los jubilados siguen las cadenas informativas, que comentan sin cesar el regreso de los verdes y azules. Un enviado especial, con traje color verde anís y corbata aguamarina, retransmite, micrófono en mano, frente al *Almuerzo en la hierba*. Nadie se ha atrevido a despegar el dibujo. Los residentes esperan, sin atreverse a confesarlo, que algún avance informativo anuncie la liberación de una niña. Pero no se habla más que de los azules y verdes y, esporádicamente, de los rosas y rojos reencontrados.

Charlotte y Arthur entran en tromba en el edificio.

—¿Qué ha pasado? —grita Charlotte.

—Dos hombres enmascarados aparecieron poco después de que os marcharais —balbucea Pierrette—. Al principio solo querían llevarse a Louise, pero Lucien llegó a un acuerdo con ellos: si esos granujas le permitían acompañarlos, nosotros no avisaríamos a la policía.

—Pero la habéis llamado, ¿verdad?

Un avergonzado silencio se extiende entre los residentes, aleccionados para no rebatir la decisión de un árbitro.

—¡Dicen que es durante la primera hora cuando existen más posibilidades de encontrar a las personas raptadas! —se enfurece Arthur.

Las lágrimas resbalan bajo las gafas de Charlotte.

—Si se enteran de que hemos avisado a la policía, corremos el riesgo de no encontrarlos nunca. Lo único que pretenden es que ella dibuje con sus lápices —añade Pierrette, que se seca la frente con un pañuelo verde—. Nos han prometido liberarlos muy pronto y no causarles ningún daño. Lucien parecía estar seguro de lo que hacía.

El móvil de Charlotte vibra. Con gesto torpe, atiende inmediatamente la llamada.

A Ajay le había resultado imposible descubrir en qué emisora había escuchado aquella voz femenina. La vieja radio-despertador no indicaba la frecuencia. Así pues, se había visto obligado a recorrer el pasillo del hotel y llamar a todas las puertas hasta que una mujer, que por suerte hablaba inglés, le abrió por fin. Cuando le preguntó si podía acompañarlo a su habitación y escuchar la radio con él, ella le cerró la puerta en las narices, acusándole de «pervertido». La palabra se pronunciaba prácticamente igual que en inglés, por lo que la entendió perfectamente, como también entendió, a juzgar por la mirada que le lanzó la joven de recepción, que no conseguiría nada actuando de esa forma. Esta última pretextó, mientras se sonrojaba, que no se le permitía abandonar su puesto.

De modo que tuvo que esperar la llegada de la empleada de la limpieza para saber que lo que estaba escuchando desde hacía horas era France Inter. Se descargó en el teléfono la página web de la emisora y, buscando a ciegas los podcast, se encontró finalmente sumergido en un color malva-violeta que lo trastornó por completo. Al pulsar en el nombre de la periodista, descubrió la fotografía de Charlotte y se quedó maravillado por su belleza. Sin embargo, no estaba seguro de que esa joven de rasgos delicados fuese la misma con la que había hecho el amor en la parte trasera de su taxi. En su memoria, ella tenía el cabello más largo. Pero, pensándolo bien, no se acordaba en absoluto de su rostro. Aquel día, las calles de Nueva York estaban oscuras, y, mientras escuchaba el sonido de su voz, cerró los ojos para saborear ese increíble color violeta. En la fotografía, la desconocida lucía unas gafas de sol. ¿Tal vez era ciega?

Al introducir el nombre de Charlotte en internet encontró numerosos artículos sobre ella. Charlotte Da Fonseca era una científica especialista en el color. Por lo tanto, no era la mujer que buscaba. Sin embargo, eso no disminuyó su deseo de conocerla. Era su voz lo que le hechizaba y decidió acercarse en taxi a la Casa de la Radio.

Cuando llegó, se fijó enseguida en un hombre camuflado bajo un abrigo negro que también esperaba ante la entrada. Ambos aguardaron largo tiempo —Ajay a menos de dos metros de él, un poco más retirado—, hasta que por fin Charlotte apareció. El hombre sospechoso echó un rápido vistazo a su teléfono. Ajay tenía el mismo modelo que él, pero lo más sorprendente es que tenían ¡la misma foto en la pantalla!

En un primer momento no reconoció a su cliente de Año Nuevo, pero el bastón blanco telescópico que la joven desplegó al salir no dejaba lugar a dudas. ¡Era ella! Exultante, se preparó para salir a su encuentro cuando vio al otro hombre echarse a un lado, como si no quisiera entrar en el campo de visión de su misteriosa dama. Un extraño movimiento, sobre todo ante una ciega. Ajay esperó varios segundos y observó que el otro empezaba a seguirla de cerca. En ese mismo instante decidió ir tras ellos sin hacerse notar.

Charlotte los llevó hasta la estación de Sceaux. Pero, cuando Ajay introdujo su billete de metro en la máquina para salir de la estación, se encendió un piloto rojo. El acceso estaba bloqueado y, al otro lado, un policía lo observaba con aire severo. Entonces se acordó de una fotografía en blanco y negro que le había llamado la atención durante el primer viaje que hizo a París con sus padres. Un futuro candidato a presidente de la República se había colado en el metro saltándose el torniquete y ese momento había quedado immortalizado en una fotografía. «Si un presidente francés decidió hacerlo, no veo por qué no debería seguir esa costumbre local», pensó Ajay escalando por

encima de la barrera. Pero el agente del orden, que no hablaba una sola palabra de inglés, le cortó el paso.

—¡Jacques Chirac! ¡Jacques Chirac! —repetía Ajay en su defensa...

Cuando el representante de las fuerzas del orden, que debía de ser de otro bando político, por fin se dignó soltarle, no sin antes hacerle entrega de un papel rosa, Charlotte ya había desaparecido. Ajay vagó al azar por aquel barrio residencial. Sus reflejos propios de un conductor de taxi le ayudaron a orientarse y así, durante más de una hora, se dedicó a explorar metódicamente las calles. Empezaba a perder toda esperanza cuando, de pronto, en el jardín de un gran edificio un poco retirado, vio a dos hombres encapuchados pistola en mano. Uno de ellos era enorme; el otro llevaba el abrigo negro que Ajay reconoció enseguida. ¡Era su hombre!

Ambos escoltaban a un hombre de unos sesenta años, que llevaba en brazos a una niña de tez mate y cabellos negros. El mastodonte abrió la puerta trasera de una pequeña furgoneta. Les conminó a subir y cerró la puerta con llave. Luego, los dos hombres se subieron rápidamente a la cabina y arrancaron con un chirrido de ruedas. La furgoneta enfiló la calle de la residencia y se paró ante un semáforo en rojo, justo delante de Ajay.

¿Qué podía hacer? ¿Obstruir la ruta de la camioneta? ¿Ir a buscar al policía de la estación? La luz del semáforo cambió al disco inferior. En ese mismo instante, oyó la voz de la niña y, sin pararse a reflexionar, se subió al parachoques trasero tratando de mantener el equilibrio con las dos manos aferradas al pomo. Cuando la furgoneta aceleró, cerró los ojos, pero no por miedo, sino para tratar de oír la voz de la cría mientras esta hablaba. Bajo sus párpados entornados, Ajay percibía claramente su color preferido: una mancha de color malva-violeta aún más nítida y mucho más intensa que la de la mujer que había amado una Nochevieja y que acababa de encontrar para, casi de

inmediato, volver a perderla. Pero, sobre todo, era una voz con una aureola naranja, un naranja sanguina como el color de su propia voz.

A diez kilómetros de allí, la furgoneta se había metido en un almacén de bebidas alcohólicas. Pocos metros antes, Ajay había saltado al asfalto antes de que el vehículo se adentrara en el aparcamiento. Con una calma y concentración inusual, caminó hasta la entrada de ese polígono industrial para averiguar el nombre de la calle, y luego volvió discretamente sobre sus pasos. Tras repasar las llamadas perdidas de su teléfono, encontró enseguida el número de la clienta a la que había dado plantón el día en el que los colores desaparecieron. Era la única llamada procedente del extranjero y, tras recomponer el rompecabezas en su mente, su único deseo era poder explicarle la situación.

Solo había un problema: allí no había cobertura. Probó otro escondite en el aparcamiento hasta que, finalmente, apareció una fina rayita en la pantalla del móvil. Ya podía llamarla. Reconoció de inmediato la voz de Charlotte, pero, antes de que tuviera tiempo de entrar en detalles, le destrozaron el teléfono, y también el brazo. Un mastodonte asiático había estado a punto de arrancarle el hombro al mismo tiempo que el móvil. El gigante lo ató, lo amordazó y lo metió en la parte trasera de un camión. Pocos minutos más tarde vio acercarse, igualmente amordazados y con las manos atadas a la espalda, al señor mayor gordito y, sobre todo, a la niña con su alegre color de voz.

*Numerosos estudios demuestran que el azul es el color preferido de todas las civilizaciones. Y eso viene sucediendo desde hace al menos dos siglos. Pero nuestras preferencias en materia de color ¿son innatas o adquiridas? Esa es la pregunta que se hicieron unos científicos ingleses al proponer a*

*varios niños elegir entre unos juguetes azules o rosas que, por lo demás, eran similares. Hasta los dos años, el color no tiene ninguna influencia en la elección de los juguetes. A partir de esa edad, las niñas muestran una clara preferencia por el rosa que va en aumento hasta los cinco años y luego se estabiliza. Puede observarse el mismo fenómeno con el azul y los niños. Después de los cinco años, solo una niña de cada cinco experimenta preferencia por el azul, y un niño de cada cinco por el rosa. En definitiva, la predilección femenina por el rosa y la masculina por el azul parece por tanto adquirida y no innata.*

*Hasta mañana, queridos oyentes.*

El cielo azul, enrojecido por el sol pero privado de determinadas longitudes de onda, presenta un aspecto extraño. Le faltan todos los matices de amarillo, naranja, marrón y violeta que surgen al caer la noche. Arthur reflexiona mientras observa fijamente el tejado de un almacén donde acaba de iluminarse un tragaluz.

Hace apenas una hora, un hombre anglosajón llamó a Charlotte por teléfono. En un tono muy enigmático, se había limitado a darle una dirección a unos diez kilómetros de la residencia, asegurándole que en ese lugar tenían secuestrada a una niña. Le suplicó que llamara a la policía y luego colgó.

Aunque seguía terriblemente preocupada, Charlotte había decidido atenerse a las consignas de su padre. En vista de ello, Arthur se había ofrecido a explorar esa pista por su cuenta y Simone le había prestado su Fiat 500. Había aparcado a un centenar de metros de la nave.

«¿Qué hacer ahora? Seguro que Louise ya ha pintado con todos los lápices. Lucien y su nieta ya no les son de ninguna utilidad, así que deberían liberarlos.» Un pensamiento trata de abrirse paso hasta la consciencia de Arthur. Y, de pronto, logra emerger: desde el tejado tal vez pueda observar sin que le vean lo que sucede en el interior.

Sin pensárselo dos veces, se encarama sobre un pequeño muro y trepa hasta el tejado con una sorprendente agilidad que ya no reconoce en él. Avanza a cuatro patas sobre la abrupta pendiente de la cubierta metálica, tratando de hacer el menor ruido posible, y llega hasta la lumbrera. En el interior están apiladas centenares de cajas de licores, pero el local parece vacío. Arthur se quita la chaqueta, se envuelve la mano con ella y, con un golpe resuelto, rompe

uno de los cristales. «¿No estaré a punto de cometer una tontería?», se pregunta. Pero ya se ha deslizado en el interior, atraviesa la nave de puntillas y va a parar a una oficina toda desordenada. En la mesa, hay decenas de hojas de papel con dibujos de círculos pintados en lápiz gris, y, en un rincón, está la bolsa con el dragón bordado. «Han estado aquí. Pero ¿dónde estarán ahora?» La angustia le atenaza. Sin duda, esos mafiosos pretenden desembarazarse de Louise y de su abuelo, puesto que ya no les son de utilidad... Abre frenéticamente todos los cajones en busca de alguna pista.

De pronto, sobre un mueble de aspecto barato descubre una fotografía en un pequeño marco con el cristal rajado. Reconoce a Gilbert haciendo turismo con su mujer ante la Gran Muralla china. ¡De modo que ha sido ese cabrón quien los ha raptado! Enfurecido, Arthur examina el despacho y finalmente descubre un sobre en el que figura la dirección de Gilbert.

Arthur se adentra en el Distrito XIII de París por la Porte d'Italie y aparca frente al domicilio de Gilbert. Una enorme torre en pleno barrio chino. Está a punto de entrar en el edificio cuando distingue a través del ventanal de un restaurante a pie de calle al gigantón del tren. ¡El Gordo, alias Doble Quintal, alias luchador de sumo! Sentado frente a este, Gilbert habla haciendo grandes aspavientos. El corazón de Arthur se desboca, pero consigue abrir sigilosamente la puerta del restaurante abarrotado. La mesa de los dos hombres está oculta por un grueso pilar que dispone de un perchero donde los clientes cuelgan sus abrigos. Desplazándose de lado, con el rostro vuelto hacia el lado opuesto a la mesa, Arthur se acerca a la columna y al abrigo negro de Gilbert ante la mirada desconcertada de una camarera. Esta se encoge de hombros y vuelve a su tarea.

A escasos metros del objetivo, Arthur afina el oído.

Gilbert comienza sus frases en chino y las termina en francés. Doble Quintal hace lo mismo para asegurarse de que se le entiende bien, ya que, salvo por una veintena de expresiones sencillas, a Gilbert el chino le suena a chino.

—Hemos encontrado un color, lo que no está mal.

—De todas formas, no podemos retenerles mucho más tiempo, es demasiado arriesgado —indica Gilbert.

Doble Quintal comienza un monólogo en chino.

«¿Qué estará diciendo?», se pregunta Arthur.

—¿Qué estás diciendo? —le increpa Gilbert.

—Vamos a darnos veinticuatro horas más para encontrar otros lápices y

obligar a dibujar a la niña —susurra Doble Quintal—, y luego haremos lo que hemos dicho.

Arthur desliza su iPhone en uno de los bolsillos interiores del abrigo de Gilbert y, sin más dilación, sale del restaurante.

Ajay había tenido el tiempo justo para sonreírles con los ojos antes de que el gorila cerrara la puerta y los sumiera en la penumbra.

El camión había estado circulando una media hora antes de detenerse. Luego oyeron que un coche se alejaba. Sus secuestradores sin duda se habían marchado.

A lo lejos una corneja se desgañita. Deben de hallarse en el campo. Louise llora a lágrima viva ante la mirada desesperada de su abuelo. Se retuerce tan frenéticamente que logra aflojar sus nudos. Cuando por fin consigue soltar una mano, se quita su mordaza:

—¡Tu juego no es nada divertido, Abu!

—Mmm —murmura Lucien.

Louise le retira rápidamente la mordaza.

—¡Has ganado, Louise!

—¡Ya no quiero jugar a este truco del mago que tiene que desatarse él solo!

—Me parece bien. En ese caso, quítame esto —le pide Lucien que se da la vuelta y le tiende sus muñecas.

El nudo está demasiado apretado y Louise no es capaz de aflojarlo. Se echa a llorar.

—Mmm —farfulla Ajay a su vez.

Louise le libera de su mordaza.

—*Biendía...* señorita... mi nombre Ajay... ¿Cuál ser su nombre?

Inmediatamente Louise deja de sollozar.

—Louise —responde sonriente.

—*Beautiful...*

—*Who are you?* —pregunta Lucien con voz inquieta.

—*Her father* —contesta Ajay con la misma sonrisa que Louise.

Los ojos de Lucien se han habituado a la penumbra. Mira de arriba abajo a ese hombre con la piel mate y a su nieta. El parecido es impactante.

—*But please maybe don't translate that* —añade Ajay—. *I have to talk first with her mother.*

Entonces se vuelve hacia Louise. La sonrisa se le dibuja de oreja a oreja.

—Louise habla a mí francés por *fivor* —le pide cerrando los ojos.

Los miembros de la residencia improvisan un blues en el estudio; una música relajante que, a su vez, te entristece el ánimo, igual que el color. Numerosos jubilados han querido participar en esa improvisación pudiendo constatar, desgraciadamente, que es cierto: se toca mejor el blues cuando se tiene el ánimo decaído. Apoyada contra una pared, Charlotte canta con ellos sin verter ni una lágrima. Toda su tristeza y su angustia se hacen evidentes en su timbre de voz acorde con la melodía.

Arthur entra en la sala como una exhalación, rompiendo el encanto de ese momento.

—Todo va bien, ahora os cuento. ¿Quién tiene un iPhone?

—¿Qué ha pasado? —pregunta Pierrette tendiéndole el suyo.

—Tengo instalado un localizador en mi móvil, que he conseguido deslizar en el bolsillo de Gilbert. Él es quien ha raptado a Louise y a Lucien. Ahora vamos a cargarla en el tuyo para poder seguirle.

Unos minutos más tarde, un punto azul oscuro se desplaza por la pantalla del teléfono de Pierrette. Gilbert ha abandonado el restaurante y camina por las calles del Distrito XIII.

—Y ahora hay que llamar a la policía —concluye Arthur, con los ojos clavados en la pantalla.

—No —rechaza Charlotte con voz firme—. Lo único que sabemos es que disponemos de veinticuatro horas. ¿Estás seguro de haber oído: «después haremos lo que hemos dicho»?

—¡Seguro!

—Eso no quiere decir nada —interviene Simone.

—Parecen estar muy organizados, y sin duda tienen ramificaciones por todas partes. Si ponemos a la policía sobre aviso corremos el riesgo de que se den cuenta y los hagan desaparecer. Mientras no sepamos dónde está mi hija, no pienso correr ningún riesgo. Y además... —Su voz se quiebra—. Mi padre ha dado su palabra.

—Entonces más vale seguir de cerca a Gilbert —añade Arthur—. Tarde o temprano terminará descubriendo mi teléfono, si es que no lo ha hecho ya.

—Esta vez yo iré contigo —dice Charlotte en un tono de voz que no admite discusión.

En la pantalla del teléfono de la cocinera, el punto azul oscuro se ha detenido a menos de un kilómetro del restaurante.

—Volvemos enseguida —anuncia Arthur saludando a los allí congregados con la mano que sostiene el móvil de Pierrette.

Arthur y Charlotte conducen a toda velocidad en dirección al centro de París en el Fiat 500 con la carrocería «soul blue», un azul saturado que recuerda al color del gel de baño Obao. A la sombra de los grandes árboles del parque Montsouris, unas cincuenta personas practican chi kung en el césped, con una coreografía bastante compleja. Entre ellos hay bastantes principiantes. Arthur le describe la escena a Charlotte.

—Los parisinos están redescubriendo las virtudes del verde —suspira ella—. Su longitud de onda se encuentra situada exactamente a mitad del espectro de lo visible. Es el color del equilibrio por excelencia.

—¿A qué te refieres?

—A que es un color esencial para los hombres, venerado sobre todo por los pueblos del círculo polar que viven una buena parte del año rodeados de nieve.

—¿Y por qué es tan importante?

Charlotte suspira de nuevo. No tiene ganas de adentrarse en una larga explicación, pero aun así responde:

—Cuando se estudia el córtex de una persona que vive en un entorno verde, es posible apreciar una actividad eléctrica importante tanto en el hemisferio derecho como en el izquierdo. Al igual que sucede con todos los colores fríos, el verde reduce la presión arterial, el pulso, el ritmo respiratorio y permite relajarse. Y, como todos los colores cálidos, el verde también ayuda a concentrarse y aporta fuerza.

—Nunca me lo había planteado.

—Y, además, el color verde inspira confianza. No es casualidad que en

1861, fuese el color que se adoptó para el dólar estadounidense. Era preciso que el pueblo abandonase el oro y creyera en el valor de un sencillo trozo de papel. En los casinos, se han probado distintos tonos para los tapetes. Cuando el tapete es rojo, el jugador apuesta grandes sumas de dinero, pero se retira pronto. Si es de color azul, arriesga poco. Sin embargo, cuando es verde, además de apostar grandes sumas, cuando está perdiendo, confía en que su suerte cambiará y sigue apostando. Con razón, el verde simboliza la esperanza en la mayoría de las civilizaciones.

—Pues bien, ¡esperemos que así sea!

Finalmente se detienen en la calle que indica el punto azul. El localizador del teléfono de Arthur no se ha movido desde hace más de una hora.

—Según el GPS, mi teléfono debería estar en ese edificio —le indica a Charlotte—. A pie de calle hay un karaoke, y luego una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete plantas más. ¿Cómo saber dónde están?

Aparcan el Fiat en un hueco minúsculo a pocos metros de la entrada del karaoke.

—Dime qué ves —le pide Charlotte.

—Nada en particular...

—Esperaremos.

El punto azul sigue sin moverse. Unos minutos más tarde dos occidentales entran en el karaoke.

—Es algo temprano para ir a cantar —señala Charlotte—. ¿Qué aspecto tiene ese karaoke?

—Una fachada y una puerta muy blanca. Creo que nunca he visto un blanco tan puro.

—Es normal. Se debe a que ahora has vuelto a ver el azul.

—¿Cómo dices?

—Lo que tú llamas blanco equivaldría a un azul claro para nuestros

antepasados. Desde un punto de vista de la física, el auténtico blanco es el color de la leche. Si colocas una hoja de papel blanco al lado de un vaso de leche, te parecerá ligeramente azulada. Debido a nuestros referentes culturales, la nieve en días grises resulta de un color algo amarillento.

—Es cierto que para mí la nieve totalmente blanca es la que puede verse bajo un cielo azul.

—Porque bajo un cielo sin nubes la nieve refleja al menos un cinco por ciento de azul. Los fabricantes de ropa tiñen las camisas y las camisetas blancas con blanqueadores para que el color sea más intenso.

—Eso explica por qué... ¡Oh!

—¿Qué sucede?

—¡Creo que he visto a un cura entrar en el karaoke!

El arzobispo de París conoce bien el Distrito XIII. Acude allí regularmente desde que, en el año 2010, supo de una estadística que hizo pública la Chinese Spiritual Life Survey: un dos con cuatro por ciento de la población china era cristiana. Podría parecer, a priori, una cifra insignificante, pero suponía unos treinta y tres millones de cristianos. «Dentro de diez años, la comunidad cristiana china será la más grande del mundo, pero también es una de las más antiguas», piensa el arzobispo al empujar la puerta del karaoke. En el año 67, el apóstol Tomás fundó una de las primeras iglesias católicas en la antigua capital china de Luoyang; una ciudad en el campo, situada a una distancia equidistante entre Shangai y Pekín. «Dichosos aquellos que creen tras haber visto China», se dice el arzobispo modificando a su antojo las palabras de santo Tomás. A esa hora temprana de la tarde el karaoke está desierto; es el único cliente.

—¿Podría usar los aseos, por favor?

—Por supuesto, señor —le responde Doble Quintal dándose cuenta de inmediato de que no debe llamarse «señor» a un hombre con sotana—. Quiero decir, padre —se corrige como un buen cristiano—, pero tendrá que esperar, están todos ocupados.

El arzobispo se queda sorprendido al escuchar un rock estadounidense y no música oriental, pero sus pensamientos regresan a las pequeñas vasijas de porcelana decoradas con dibujos multicolores y flores de tonos índigo. «Debe de ser agradable beber la sangre de Cristo en uno de esos recipientes», piensa. Dos hombres de unos cuarenta años salen juntos de los aseos, visiblemente aliviados a juzgar por sus amplias sonrisas. «Hay que ser abierto de espíritu»,

se dice el arzobispo mientras contempla la cabeza del cantante Prince impresa en la camiseta del hombre más joven.

Doble Quintal hace un gesto con su doble papada para indicar al clérigo la puerta de los lavabos.

—Ya puede entrar, monseñor —le invita, tras darse cuenta de que no viste una simple sotana de cura.

El arzobispo cruza la puerta y descubre en la entrada de los lavabos al hombre encargado de mantenerlos limpios, sentado detrás de una mesa. En lugar del tradicional platito para propinas, hay una caja registradora. Los baños están totalmente pintados de rojo.

Pero lo que sorprende aún más es lo que aparece escrito en el pequeño cartel que hay sobre la mesa: «10.000 €».

«Un poco caro para mi gusto, sobre todo cuando ni siquiera tengo ganas de hacer mis necesidades. Aunque, después de todo, se trata de mis ahorros», se justifica, sacando un fajo de billetes que tiende al encargado de los lavabos antes de entrar con cierta aprensión en los aseos mixtos. Allí se arrodilla rápidamente ante el retrete sin siquiera cerrar la puerta. Podría pensarse que sufre problemas intestinales, pero no, el arzobispo mantiene la cabeza muy erguida y las manos juntas, señalando hacia el cielo, con los pulgares rozando su esclavina. Está rezando ante un dibujo infantil monocromático fijado sobre la cisterna del inodoro. El dibujo representa a una mujer que camina con un bastón. Para el arzobispo, aquella es sin duda la representación de la Virgen María. Baja los ojos y contempla con júbilo cómo su esclavina va pasando poco a poco de un tono antracita a un gris linaza, después al marrón rojizo para finalmente recuperar su tinte violáceo, como el del dibujo. Es su color preferido. El violeta simboliza la fe, pero también la élite. En Europa, es el color de los obispos y cardenales. Los reyes de Francia y de Inglaterra eran los únicos que podían vestir prendas violetas durante los períodos de luto. En

Japón, ese color estaba reservado solo a los emperadores. Un tono que, inconscientemente, impone respeto e incita al misterio.

Tras la desaparición del violeta, este hombre santo se ha sorprendido en ocasiones dudando incluso de la existencia de Dios. Además, cuando rezaba con los ojos cerrados, las imágenes que se le aparecían estaban a menudo teñidas de violeta. Ese color es el elemento indispensable que le permite vincular su compromiso religioso y su conciencia. Tras haberlo recuperado, da fervientemente las gracias a Dios.

Cuando el arzobispo abre la puerta de la calle unos minutos más tarde, Arthur y Charlotte oyen la conocida melodía *Purple Rain* que proviene del karaoke. De pronto, Charlotte comienza a sudar y su respiración se hace irregular. La angustia le impide reflexionar.

—¿Eres creyente?

—No demasiado...

—En cualquier caso, esto no puede hacerte ningún daño. Ven.

Arthur rodea el vehículo, coge a Charlotte del brazo y juntos caminan al encuentro del clérigo, que muestra la misma sonrisa beatífica que los admiradores de Prince unos minutos antes.

—Discúlpeme, monseñor, ¿podría usted rezar por nosotros, por favor?

—Y en especial por mi hija y mi padre —añade Charlotte—. ¿Tal vez los ha visto?

En ese mismo instante, entra en el karaoke un hombre de porte elegante de unos cuarenta años que cojea ligeramente. Va vestido con camisa blanca y un traje a juego con sus sienes plateadas. En su espalda carga con una mochila de excursionista que contrasta con su apariencia.

Gilbert está contando los billetes. Aquellos son sin duda los lavabos más rentables de París, se felicita. El calor del lugar, reforzado por el color rojo de las paredes, ha hecho aparecer ligeros cercos de sudor bajo sus axilas. Cuando alza los ojos hacia el desconocido, advierte, de forma instintiva, que tiene ante sí a un hombre peligroso. Ambos se observan fijamente; ninguno quiere retirar la mirada antes que el otro. Es un enfrentamiento entre una hiena y un tigre. Gilbert sabe que aquel hombre no es un policía. Va demasiado bien vestido. Los polis no tienen medios para pagarse trajes como ese.

—Diez mil euros —dice sosteniendo todavía la mirada del hombre, al tiempo que se levanta.

El hombre lo calibra con gesto desdeñoso y advierte una gota de sudor en la frente de Gilbert. Entonces descarga el peso de su mochila depositándola encima de la mesa, mientras vuelve lentamente la cabeza en dirección a los lavabos abiertos para contemplar el dibujo.

—¡Primero hay que pagar!

El hombre permanece inmóvil. Durante varios segundos observa el dibujo sin que su rostro exprese emoción alguna, adoptando una perfecta cara de póquer. Sin apartar los ojos del dibujo, abre la cremallera de su mochila, que está llena de fajos de billetes de cien euros, y saca unos cuantos unidos por una cinta verde plastificada del mismo tono que los billetes.

—Aquí tienes cincuenta mil —dice con desprecio, arrojando los billetes delante de Gilbert.

La mano de este se acerca despacio a la pistola que lleva bajo la chaqueta. Definitivamente no le gusta ese donante tan generoso.

El desconocido aparta a duras penas los ojos del dibujo y los fija de nuevo en Gilbert.

—He oído decir que está en venta. Así que, ¿cuánto pides por él? — pregunta al fin con un fuerte acento anglosajón.

Gilbert ha hecho correr la voz de que posee ese dibujo. Pretende sacar una fortuna con él; sin embargo, debido a sus importantes deudas de juego, no puede esperar a que las pujas continúen subiendo. Por esa razón, ha decidido «abrir sus lavabos», mientras espera a que aparezca el pez gordo. Obviamente, un tiburón tigre ha mordido el anzuelo.

—Tan, ¡ven aquí! —dice alzando algo la voz.

Tan-Doble Quintal, sin duda el propietario del karaoke, aparece enseguida pistola en mano. Una hiena, un tigre y un rinoceronte.

—Al señor le gustaría saber el precio del dibujo.

—Me he encariñado mucho con él —responde Doble Quintal mostrándose falsamente contrariado.

—Necesitarás otra mochila como esa —señala, al fin, la hiena al tigre herido, amenazado por el arma del rinoceronte—. Guardaré esta como adelanto.

El hombre permanece sorprendentemente tranquilo. Salta a la vista que esta no es la primera vez que practica ese juego. Reflexiona algunos segundos y luego alza las manos con las palmas orientadas hacia Doble Quintal, en señal de sus intenciones pacíficas. Retrocede hasta el urinario plantado sobre el alicatado rojo. Con un lento movimiento, baja los brazos hacia el botón de su pantalón, lo suelta, abre la cremallera de su bragueta y se alivia, tomándose su

tiempo. Gilbert, desconcertado, no es capaz de apartar sus ojos del chorro de orina gris. Luego, en lugar de subirse la bragueta, el hombre se baja despacio el pantalón hasta los tobillos. Gilbert y Doble Quintal reparan inmediatamente en la multitud de manchas violetas de sus piernas. Lleva pegadas a sus pantorrillas con cinta adhesiva una decena de fajos de billetes violetas de quinientos euros. El hombre, dejando escapar una pequeña mueca, despega con decisión las cintas adhesivas y va lanzando uno a uno los fajos sobre la mesa. Gilbert y Doble Quintal comprenden en ese mismo momento que, como en el caso del arzobispo y de los admiradores de Prince, el violeta es su color preferido.

Gilbert acompaña hasta la puerta al hombre que ahora ya no cojea. Cuando pasa frente a él, este le da una palmada en la espalda y le comenta: «Eres un auténtico pardillo. Este dibujo valía mucho más. Te doy un millón de euros por cada dibujo que me encuentres con un nuevo color».

Para cuando Gilbert logra reaccionar, su Papá Noel gris y blanco ya se ha alejado. En ese mismo instante se oye un ruido sordo y amortiguado, una vibración regular que parece provenir de su abrigo. «¿De quién es esto?», se pregunta sacando del bolsillo un teléfono puesto en modo vibración. Lo descuelga.

—Tenemos los lápices de colores que te faltan —le dice Charlotte a modo de farol, en el instante en que el hombre vestido de punta en blanco sale del karaoke.

—...

—Te propongo un trato.

—¿Quién es? —pregunta Gilbert, desconfiado.

—Soy la madre de Louise. Mi padre te dio su palabra de que no llamaríamos a la policía, y no lo hemos hecho, pero lo sé todo sobre ti. Tu dirección. Tu pequeño negocio de encargado de los lavabos.

—...

—Nos encontraremos a medianoche en tu almacén de licores. Sabes cuál es, ¿no? El mismo en el que mi hija ha hecho un dibujo mío de color violeta.

—...

—Hoy a medianoche —repite—. Trae a Louise y a Lucien. Nosotros llevaremos los lápices de colores que te faltan. Louise hará algunos dibujos y

luego la dejarás libre. De lo contrario, no solamente terminarás tus días en prisión, sino que además te arrancaré los ojos, Gilbert.

Tal como esperaban, Gilbert sale unos segundos más tarde acompañado de Doble Quintal. Cierran con llave el establecimiento y se suben a un Mercedes negro que se hunde ligeramente bajo su peso. Doble Quintal arranca haciendo chirriar los neumáticos.

—Allá vamos —dice Arthur girando la llave de contacto.

Gilbert ha conservado su teléfono, de modo que podrá seguirlo a cierta distancia sin que note su presencia. Doble Quintal se adentra por la circunvalación oeste, dirección Porte d'Italie. La vía no está demasiado congestionada y Arthur le sigue, manteniéndose a una distancia prudencial.

De pronto, a la altura de la Porte d'Orléans, el punto azul desaparece. Su teléfono ha debido de quedarse sin batería. Arthur pisa el pedal del acelerador. Confirmación: los *flashes* de los radares de la Porte Brancion, Porte de Sèvres, Porte Dauphine y Porte de Champerret funcionan perfectamente

—Han debido de salir de la circunvalación, de lo contrario los habría alcanzado —se enfurece Arthur.

Charlotte le coge la mano. La suya está más fría que la de él.

La noticia se propaga como un reguero de pólvora. Para poder admirar de nuevo el color violeta basta con acudir a Google, y allí, en la página de inicio del buscador, puede contemplarse el dibujo naïf de una mujer caminando con un bastón pintado con lápiz violeta. Un gif animado crea la impresión de que la mujer avanza. En todo el mundo, los portavoces de los distintos buscadores de la red transmiten al mismo tiempo y en todos los idiomas, en todas las radios y televisiones el mismo texto: «Como motor de búsqueda, nuestra misión es ayudar a encontrar todo lo que se desea buscar. Gracias a este dibujo que nos ha hecho llegar una persona que ha preferido mantenerse en el anonimato, nos sentimos felices por haber recuperado el color violeta y devolverlo al mundo. Y ofrecemos diez millones de dólares por cualquier nuevo dibujo que consiga hacer reaparecer otro color que aún continúe desaparecido».

Contra todo pronóstico, la reaparición del violeta no ha sido acogida como una buena noticia sino que, por el contrario, ha generado una fiebre y nerviosismo instantáneos. El mundo se asemeja a un niño impaciente y caprichoso. La gente ya no se contenta con un nuevo color, quiere recuperarlos TODOS y, por qué no, embolsarse muchos millones de dólares. Tras el cerdito rosa y el dibujo azul y verde aún pegado al cuadro del museo de Orsay, muchos creyeron que eran los dibujos de los niños los que hacían reaparecer los colores. Ahora, después del anuncio de Google, ya no cabe la menor duda.

Todos los niños del mundo son invitados u obligados a dibujar con todos los lápices de color o los tubos de pintura que tengan a su disposición. Algunos padres no dudan en despertar a sus vástagos en plena noche para que

dibujen. La policía ha tenido que expulsar incluso a unos chiflados que se han infiltrado en los colegios con los bolsillos llenos de lápices de colores.

Los miembros de la residencia permanecen de pie delante del ordenador portátil de Pierrette, instalado encima de la mesa grande. Nadie se atreve a hablar y todos contemplan el dibujo violeta de Louise moviéndose en la pantalla. En la sala del comedor ha aparecido una pared en tono malva-lila, pero ninguno de los residentes le ha prestado atención.

Desde hace varios minutos el teléfono de Charlotte está conectado al altavoz.

Una voz grabada que se alterna con música clásica repite incansablemente el mismo mensaje: «Está usted llamando a la policía, no cuelgue... Está usted llamando a la policía, no cuelgue...».

—¿Qué demonios hacen? —protesta Charlotte, presa del pánico—. Con tanto dinero en juego no dudarán en quitarse de encima a mi hija y a mi padre.

—«... Está usted llamando a la policía, no cuelgue...»

—Sobre todo si descubren que les hemos mentado y que no hay ningún lápiz nuevo.

—«... Está usted llamando a la policía, no cuelgue...»

—¿Por qué no les habremos llamado antes? —exclama Charlotte, furiosa.

Nadie se atreve a responderle que fue ella quien les prohibió hacerlo y ahora todos lamentan haberla obedecido.

—«... Está usted llamando a la policía, no cuelgue...»

Por fin la música del contestador se interrumpe bruscamente.

—Policía nacional, buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita, me llamo Charlotte Da Fonseca, y es mi hija

Louise la que hace reaparecer los colores. Unos criminales muy peligrosos se la han llevado y también han raptado a mi padre.

—Es terrible lo que le ha sucedido —interrumpe la agente de policía en un tono falsamente compasivo.

—¡Tenemos una cita con los secuestradores a medianoche, hay que darse prisa!

La policía deja pasar unos segundos. Conoce esa voz. ¿Dónde ha podido escucharla? Bueno, qué más da...

—Escúcheme, señora, seré franca con usted. Estamos desbordados por llamadas relativas a niños en peligro que han sido secuestrados por hacer reaparecer los colores, o que han sido golpeados porque no son capaces de lograrlo. Desde luego no pongo en duda sus palabras —añade con voz que demuestra lo contrario—. Solo puedo aconsejarla que se pase por comisaría y presente una denuncia.

Charlotte intenta controlarse y articula con la mayor calma posible:

—Acabo de decirle, señorita, que tenemos que vernos con los secuestradores en menos de una hora.

«Decididamente conozco esa voz», se dice la agente. Le recuerda la de una locutora de su emisora de radio preferida, aunque tal vez un poco más crispada.

—Y yo, señora, acabo de decirle que lo más fácil es que venga a la comisaría y ponga una denuncia. Sin embargo, ahora mismo hay mucha gente, por lo que le aconsejo que mejor se pase mañana por la mañana.

En un gesto de rabia Charlotte arroja su móvil contra la mesa.

*Alerta en lemonde.fr:*

*El LSD acaba de ser legalizado en California «con fines terapéuticos».*

## La noche en que empezaron a llover naranjas, plátanos y manzanas

Desde hace algunos minutos, Arthur y Charlotte están estacionados frente a la nave de bebidas alcohólicas. No hay ningún otro vehículo en el aparcamiento. Ninguna luz procedente del edificio. El cielo está cubierto y sin luna. Tan solo una farola de sodio emite una luz gris, tan inhóspita como el halo naranja que, en otro tiempo, arrojaba ese tipo de alumbrado.

—Ya pasan diez minutos de la medianoche, ¿qué demonios están haciendo?  
—se pregunta Charlotte, que imagina los peores escenarios.

—Está bien, iré a echar un vistazo —anuncia Arthur, saliendo del vehículo.

En ese instante se da cuenta de que no teme por su vida, sino por la de Louise y la de su abuelo. Se acerca a la entrada principal y llama a la pesada puerta metálica. No hay respuesta. «¡Que eso no te detenga!», piensa. Dará la vuelta para entrar otra vez por el tejado. Justo en el momento en que gira sobre sus talones, suena el tono de llamada de un móvil y advierte una mancha de luz en el suelo frente a la puerta. Es su teléfono; han debido de recargar la batería. Arthur lo recoge y descuelga.

—Soy yo quien fija las reglas del juego —le advierte Gilbert con voz autoritaria—. Quería estar seguro de que veníais los dos solos. Regresa a tu coche, y ya te iré dando indicaciones.

Arthur vuelve precipitadamente al Fiat 500 y pone el móvil en modo altavoz. Gilbert les guía con precisión: coger de nuevo la A86 y tomar la

salida de Vélizy. Adentrarse en el bosque de Meudon y, una vez allí, dar media vuelta para comprobar que no les han seguido y salir por una pequeña arteria.

—¡Deteneos ahí! —ordena Gilbert.

Obedecen y se encuentran en un pequeño camino de tierra en medio de ninguna parte. Arthur apaga el motor. Dos faros se encienden frente a ellos a apenas una cincuentena de metros.

—Ahora apaga los faros y sal con los lápices —exige Gilbert en tono amenazador—. Las manos en alto.

Arthur apaga las luces del coche y coge una decena de lápices de la guantera. Cuando ya se prepara para salir, cambia de opinión.

—¡Primero quiero ver a la niña! —grita al teléfono.

Cegado en un primer momento por las luces largas de los otros, percibe finalmente el contorno de una furgoneta y adivina, a contraluz, la puerta del pasajero que acaba de abrirse. Unos segundos más tarde, varias sombras aparecen y avanzan en su dirección. Una de ellas es enorme. «Este es sin duda la de Doble Quintal», se dice Arthur estremeciéndose. Pero ¿dónde está la pequeña silueta de Louise? Antes de que tenga tiempo de comprender lo que sucede, una forma oscura surge frente a los faros a la velocidad de un misil. Es Charlotte que corre hacia la mancha de luz que se agita ante sus párpados. Arthur sale a su vez del vehículo y trata de alcanzar a Charlotte, mientras lleva en cada mano una decena de lápices. De pronto, la sombra gigante se deforma y desarticula, al tiempo que una pequeña parte se desprende y corre hacia ellos. La silueta de Lucien surge a la luz de los faros. Lleva sobre los hombros a su nieta, a la que ha depositado en el suelo. La última sombra, con las manos en alto, parece ser un hombre de origen hindú.

Charlotte corre lo más rápido que puede. Tropieza con una piedra y cae pesadamente al suelo. Arthur intenta ayudarla a levantarse. Pero ella se ha sentado y abre los brazos en dirección a la luz. Ha reconocido el ruido de los

pasos que avanzan hacia ella; un sonido ligero y entrecortado que se amplifica. Tiene la impresión de que la escena se desarrolla a cámara lenta, y entonces consigue distinguir la respiración jadeante de Louise. En el momento en que percibe su olor, cierra los brazos sobre su hija estrechándola con fuerza contra ella.

—¡Mamááá!

Charlotte llora. Quiere decirle cuánto la quiere, cuánto ha temido por ella, pero sus sollozos le impiden articular palabra.

—¡Las vacaciones con el Abu han sido muy divertidas, me he convertido en maga!

A su vez, Lucien, que también ha llegado a su altura, se agacha y rodea a su hija y a su nieta con sus grandes brazos.

—Se ha terminado —dice—. Les hacemos un último maldito dibujo y todo habrá acabado.

Una oleada de pavor recorre a Charlotte. Se había olvidado por completo de los lápices. Lo único que le importaba era encontrar a su hija. Esos granujas no tardarán en darse cuenta de que no son los lápices buenos. ¿Qué sucederá entonces? Charlotte redobla sus sollozos.

Gilbert, con una pistola en la mano y un cuaderno de dibujo en la otra, avanza hacia ellos. Sin decir palabra, arroja el bloc a los pies de la familia. Instintivamente, Charlotte se vuelve hacia él. Se quita las gafas, se seca los ojos y alza la cabeza. Sus ojos color alabastro se clavan en el rostro de Gilbert, cuya posición ha adivinado por su respiración agitada, exacerbada por una nariz algo congestionada. El hombre, incómodo, se aparta ligeramente, pero ella le sigue con la mirada.

Hace un ligero amago de retroceder, pero esa mirada vacía clavada en él parece traspasarle.

—¡Arthur, los lápices! —ordena Gilbert—. ¡Y tú, dile a tu hija que dibuje

rápido! ¡Espero por vuestro bien que no me hayáis mentido!

Sin pronunciar palabra, Arthur tiende el puñado de lápices a Lucien y luego retrocede un paso, quedándose ligeramente apartado, al igual que ese hindú filiforme que aún mantiene las manos en alto y una extraña sonrisa en los labios. El cielo está tan negro en ese instante que apenas pueden distinguirse los enormes árboles a cada lado del camino. Las polillas bailan ante los faros de la furgoneta.

Arthur se muere de ganas de estrechar a Louise entre sus brazos, pero ¿con qué derecho? ¿Cuál es su lugar?

—Louise, ¿podrías hacerme un retrato de tu madre con una gran sonrisa? —le pide Lucien.

Charlotte no consigue tranquilizarse. Le gustaría poder decir algo, pero sigue sin poder hablar.

—¿Podrías hacerme el dibujo en colores, por favor? —añade Lucien.

—¿Por qué llora mamá?

—Porque hace mucho tiempo que no le haces un dibujo. ¿Qué lápiz quieres usar? ¿Tienes suficiente luz para dibujar?

Charlotte, entre dos espasmos, se vuelve hacia Arthur guiándose por su respiración entrecortada y declara por fin con voz tranquila y controlada:

—¡Quiero hacer el amor!

Lucien piensa que su hija sigue en estado de shock. Se expresa de forma incoherente. Ajay, que se ha acercado ligeramente, reconoce la palabra «amor» y da un paso atrás.

—Es una buena idea, Charlotte —canturrea Lucien que, por encima de todo, no quiere que su nieta se asuste—. Louise, ¿sabes cómo se dibuja el amor?

¿No? Hay que hacer un corazón. ¿Podrías dibujarme un corazón, por favor? — insiste tendiendo a la pequeña un lápiz escogido al azar.

—¡Quiero hacer el amor! —repite Charlotte con la misma voz, extrañamente clara.

—Sí, mamá tiene razón, dibújanos un corazón —insiste Lucien.

Arthur por fin se da cuenta de que Charlotte se está dirigiendo a él utilizando un lenguaje en clave. Retrocede varios pasos y se aleja de Gilbert y de la familia para, discretamente, caminar hacia atrás hasta la camioneta. Gilbert parece estar obnubilado por Louise, que ahora está dibujando un corazón.

—No me apetece dibujar. ¡Estos lápices son todos grises! —se enfada la niña, a quien la situación le resulta de lo más extraña.

Gilbert da un respingo al oír un grito seguido por un ruido de forcejeo procedente de la camioneta. Una enorme mano ha agarrado a Arthur por el cuello y le está obligando a entrar por la fuerza en el interior. Es Doble Quintal, que durante todo ese tiempo ha permanecido en el vehículo, con el motor encendido para escuchar la frecuencia de la policía, preparado para actuar a la mínima señal de alerta. Es una lucha desigual. Doble Quintal aprieta cada vez más el cuello de Arthur para estrangularle. Este alarga las manos hacia el salpicadero, nota que sus fuerzas le abandonan. En un último esfuerzo, consigue apagar el contacto y la luz de los faros se desvanece.

Tiene el tiempo justo para lanzar las llaves por la ventanilla abierta. «Misión cumplida», se dice antes de perder el conocimiento.

Ahora la oscuridad en el bosque de Meudon es absoluta. Charlotte se pone rápidamente en pie y, bajando la cabeza, se abalanza contra Gilbert. Este recibe el cabezazo en pleno pecho y suelta la pistola. Trata de aferrar a Charlotte, pero esta ya ha retrocedido y le asesta un golpe mal calculado en el brazo. En la oscuridad, ella cuenta con ventaja. Gilbert busca un mechero en

los bolsillos de su abrigo, pero lo ha dejado en la camioneta. ¿Qué estará haciendo allí dentro ese gordo seboso? Otro golpe en la espalda le corta el aliento. Ella ha debido de encontrar una piedra. Gilbert se dobla dolorosamente y trata de echarse a un lado para escapar de su rival, pero ella vuelve a la carga y le atiza con fuerza en la cabeza con el mismo objeto. Aturdido, se tambalea y se lleva la mano a la frente. Un chorro abundante le confirma que su cabeza está sangrando.

Doble Quintal consigue por fin abrir la portezuela del conductor. La cabina se ilumina y esa luz tenue es suficiente para que Gilbert distinga la silueta de Charlotte. Bloquea un nuevo golpe, y, tras rehacerse, recupera su arma. Inmediatamente ataja al hindú, que intenta escapar con Louise en los brazos. Mientras tanto, Doble Quintal, a cuatro patas sobre la hierba húmeda, ha encontrado las llaves.

Unos segundos más tarde, Charlotte está sentada en la parte trasera de la camioneta, con su hija, paralizada por el miedo, sobre las rodillas. Lucien abofetea a Arthur para que recupere la consciencia. Ajay, con los ojos cerrados, continúa mostrando esa sonrisa perenne en los labios.

La joven madre percibe claramente el crujido de las ruedas aplastando los lápices de color gris.

Doble Quintal se incorpora a la A86 tomando a gran velocidad la bifurcación de la A6 en dirección al centro de la ciudad. El cielo por fin parece haberse despejado un poco y el firmamento perfora en algunos puntos la bóveda color regaliz. Son las tres de la madrugada. Los pasajeros de la parte trasera guardan silencio. Arthur, con gran esfuerzo, ha conseguido volver en sí y se masajea la nuca. Su último recuerdo es el de la luz lechosa de un túnel que se abría paso en la oscuridad. Cuando por fin logra recordar lo sucedido, su rostro se crispa al observar los finos dedos de Charlotte recorrer lentamente el rostro de Ajay y demorarse en los ojos. Su forma almendrada es idéntica a la de su hija. Arthur aparta la mirada.

La camioneta da alcance a un furgón que circula a poca velocidad por el carril izquierdo.

—Pero ¿qué puñetas está haciendo ese cretino? —se impacienta el luchador de sumo.

Le adelanta por la derecha haciendo sonar la bocina. Justo delante, otra furgoneta intenta a duras penas adelantar a una serie de camionetas que circulan por el carril derecho. A Doble Quintal no le queda más remedio que

frenar. Se pega a ella; su velocímetro tan solo marca sesenta kilómetros por hora.

—¡Más rápido, estúpido! —se enfurece Gilbert.

Otra furgoneta se pone en paralelo a ellos por el carril izquierdo. Uno tras otro, los vehículos han puesto los intermitentes y han ido reduciendo la velocidad hasta quedar totalmente parados en medio de la autopista.

El furgón de Doble Quintal se encuentra atrapado en medio de un convoy formado por una decena de vehículos. Echa un vistazo por el espejo retrovisor y presiente algo raro. No es el hecho de estar bloqueado —conoce bien los atascos de la región parisina, incluso en mitad de la noche—, sino que todos los vehículos, sin excepción, son pequeñas camionetas o furgonetas, y eso es lo que le resulta extraño. Es como si estuvieran en la feria de camiones y furgonetas. De pronto, el conductor de un furgón se apea, abre el maletero y comienza a descargar cajas de fruta en plena autopista. Acto seguido, advierte por el retrovisor cómo una señora mayor hace lo mismo con su dos caballos y deposita también su mercancía sobre el asfalto.

—¡Mieeerda, estamos en medio de una manifestación de agricultores! Vamos, sacad de ahí vuestra basura. ¡Tenemos prisa!

El gorila maniobra para tratar de salir del cortejo a través del arcén, pero la camioneta que tiene detrás avanza un poco para impedirle que se mueva. A su vez, el furgón que le precede también recula. Pillado en esa trampa, Doble Quintal intenta salir de esa ratonera jugando a los coches de choque. Un pomelo gris se estampa entonces contra su parabrisas, seguido de una nube de naranjas también grises; Doble Quintal pone en marcha los limpiaparabrisas. El jugo grisáceo crea una película viscosa sobre el cristal. Apenas puede ver nada y avanza a ciegas adivinando en el último momento la presencia de una camioneta que está atravesada en la carretera y que les bloquea definitivamente el paso.

En la parte delantera, los dos malhechores desenfundan sus armas y saltan a la calzada. Su única posibilidad de salir de allí es usar a los prisioneros como rehenes. Se dirigen a la parte trasera del furgón, pero una lluvia de plátanos, manzanas y kiwis se abate sobre ellos. Gilbert y Doble Quintal son lapidados a golpe de frutas, pudiendo constatar que son las manzanas las que más daño hacen.

Desesperado, Gilbert pega un tiro al aire. ¡Una pérdida de tiempo! Ese ruido atronador transforma la lluvia de frutas en tormenta tropical. Los proyectiles les llegan de todas partes. Los menos habilidosos utilizan a Doble Quintal como blanco, al ser más fácil de alcanzar.

—¡Nos largamos de aquí! —grita Gilbert, que franquea el guardarraíl de seguridad y atraviesa la autopista.

*¿Sabían que el simbolismo de los colores es a menudo fruto del azar? Tomemos como ejemplo los colores de los coches deportivos. Todo surgió con la copa automovilística Gordon Bennett, llamada así por el nombre del propietario del periódico The New York Herald, entre 1900 y 1905. A cada equipo nacional que competía se le atribuía un color para poder reconocerlo: azul para Francia, verde británico (British Racing Green en honor a Irlanda), amarillo para Bélgica, rojo para Italia y blanco para Alemania. Durante los años treinta, el «blanco alemán» se convirtió en gris debido a que los vehículos no debían superar un peso máximo autorizado. Al parecer, los W25 de Mercedes presentaban un exceso de peso de solamente un kilo. Para evitarlo y conseguir rebajarlo, los mecánicos pulieron la chapa de sus coches blancos. Y así es como nacieron las «flechas de plata» con sus carrocerías de aluminio desnudas y pulidas.*

*Hasta mañana, queridos oyentes.*

Pierrette conduce su dos caballos a velocidad moderada mientras se dirige a la residencia. Lucien va sentado delante. Charlotte ocupa el asiento trasero entre Ajay y Arthur. Louise, al fin tranquila, duerme sobre las rodillas de su madre.

—Desde que advertí que el localizador se activaba otra vez en mi teléfono —explica Pierrette mientras conduce—, no aparté los ojos de él. Y, cuando vi que poníais rumbo al bosque de Meudon, supe que había problemas. Enseguida me dirigí a Rungis, donde alerté a mis amigos proveedores. Estos

se movilizaron de inmediato y luego tratamos de alcanzarlos. Por suerte, no había demasiada circulación en la carretera y pudimos reconocer fácilmente vuestro vehículo. Después, los colegas que iban de camino a Rungis dieron media vuelta para bloquear al camión. Y ya conocéis el resto.

—Mientras no reaparezcan todos los colores, Louise estará en peligro — murmura Lucien contemplando a su nieta dormida.

—Y además hay otro problema —añade Charlotte—. Apenas estamos empezando a comprender hasta qué punto la ausencia de colores desequilibra nuestro mundo, que ya de por sí no estaba demasiado equilibrado... En apenas unas pocas semanas, todos nuestros hábitos se han visto profundamente trastocados. Temo que a muy corto plazo la humanidad no sea capaz de sobrevivir a ese cambio tan radical.

—Es durante la noche cuando resulta hermoso creer en la luz —suspira Lucien, un gran admirador de Edmond Rostand.

Arthur observa el sol rojizo elevándose sobre París. Un degradado de grises se funde con el azul del cielo permitiendo imaginar una suntuosa aurora.

—Podemos dejar fuera de circulación a los chinos. La policía sin duda nos ayudará. Ahora tenemos suficientes testigos para que nos crean —sugiere Pierrette.

—Pero entonces nos encontraríamos no solo con todos los delincuentes de la tierra tras nosotros, sino también con todos los perturbados, por no hablar de los periodistas. ¿Quieres que mi hija permanezca oculta hasta el fin de nuestros días?

Se hace un incómodo silencio en el coche. Todos piensan que no va demasiado desencaminada. Arthur, que no desea ver el espectáculo que ofrece Charlotte hombro con hombro con Ajay, finge consultar su teléfono y se encuentra con el correo de Solange. Aún no se ha atrevido a abrir el archivo adjunto: la última foto tomada ante la fábrica. Numerosos colores han

reaparecido en la imagen, incluso si sus antiguos colegas muestran una sonrisa triste y la cara aún gris. De pronto, repara en un pequeño detalle en las manos de Solange. Ayudándose del pulgar y del índice, agranda la foto. Aunque al aumentar el tamaño la imagen aparece pixelada, sin lugar a duda Solange sostiene en la mano una caja rectangular metálica y plateada. Un estuche de lápices Gaston Cluzel.

## Cuando se descubre que el arcoíris está compuesto por setecientos mil colores

Desfile de alta costura en el Gran Palais. El agregado de prensa de la casa Chanel ha situado a los invitados por orden de importancia. Pese a ello, hasta la mismísima Anna Wintour está sentada en segunda fila. ¿Quién es entonces toda esa gente que ocupa la primera?: una veintena de personas mayores totalmente desconocidas, algunas incluso en silla de ruedas... ¡Un público digno de *Cifras y Letras*! Y, entre ellos, un hombre de unos treinta años con aspecto de jugador de rugby.

Una a una, las modelos filiformes van desfilando por la pasarela luciendo unas prendas extravagantes. Los periodistas advierten que ha pasado mucho tiempo desde que no se veía una gama tan amplia de colores en un desfile: azul, verde, rojo, rosa, violeta, algunos toques de gris, pero ni blanco ni negro. También el público asistente luce esa variedad de colores.

En efecto, todos los invitados sin excepción van ataviados con tonos saturados, lo que le da al evento un toque inusual, alegre e informal. Una espectadora, bajo los efectos del LSD, vestida de verde de la cabeza a los pies, infla y desinfla regularmente sus carrillos al tiempo que levanta los codos. Aquello divierte a la mayoría de sus vecinos que, sin embargo, la vigilan por si acaso.

Las modelos, desprovistas de su aire altanero, se permiten una leve sonrisa. El desfile llega a su fin y Karl Lagerfeld hace su aparición. Va cogido de la

mano de una joven vestida con un traje de novia. Tras ellos, una niña con un vestidito gris claro y una hermosa trenza les acompaña.

Un clamor recibe al modisto, que ha cambiado su habitual vestimenta negra por otra color rosa rodamina, del mismo rosa que sus zapatos y su abanico. El clamor aumenta cuando los espectadores descubren que la maniquí, por más gracia que muestre, no reúne las medidas exigidas a las modelos ni en peso ni en estatura, y camina ayudándose de un bastón blanco. Lleva un vestido corto hecho de papel. Su fino talle está resaltado por una falda de patinadora y su largo cuello puesto de relieve por un escote que deja a la vista sus hombros. A guisa de collar, un simple lazo adornado con una camelia. El público responde hechizado, y aquí y allá se escuchan gritos de: *Délicieux!*», *Charming!*», «*So fresh!*», «¡Sublime!». Unos segundos más tarde, la música se interrumpe y la modelo se vuelve lentamente. Estupefacta, la asistencia descubre que en la espalda lleva prendido un dibujo multicolor... Un hombre de piel mate junto a un taxi amarillo: todos los colores resplandecen. Marrones, naranjas, melocotón, salmón, un negro profundo, un blanco lechoso, amarillos, caquis... Las cámaras de televisión enfocan en un primer plano los trazos de lápiz. Los invitados emiten gemidos de asombro al contemplar en ese momento sus manos, brazos, piernas y el rostro de sus vecinos. Los colores han recuperado todos los matices y toda su complejidad, en especial en el tinte de la piel. Una cámara enfoca a la pequeña dama de honor y los espectadores descubren el luminoso color de su vestido de algodón. Ajay, que ha insistido en que la niña lleve un traje del mismo amarillo que su taxi rematado con una cenefa de cuadros negros y blancos, sonrío, orgulloso.

La última caja con las últimas muestras de lápices Gaston Cluzel descansaba apaciblemente en el cajón de la mesilla de noche de Solange. Durante sus insomnios, ella los olfateaba con nostalgia. Su olor a madera y pigmentos mezclados le ayudaba a conciliar el sueño. Sin embargo, ya no habrá más noches solitarias ni insomnes para Solange, puesto que los miembros de la residencia han decidido por unanimidad acogerla en su comunidad. Ella no ha dudado en aceptar, y ya ha trasladado a su pareja de gatos rosas.

Por su parte, Charlotte había descartado enseguida la idea de vender a Google los colores recuperados. «Son tal y como la naturaleza nos los ha ofrecido, no se puede comerciar con ellos. Pertenecen a todo el mundo. No hay más que hablar», declaró. Por tanto, tan solo quedaba encontrar la mejor forma de que la humanidad pudiera disfrutar nuevamente de ellos.

Como buena profesional del marketing, Simone pensó en cuál sería la mejor manera de hacerlo. Una información en su iPad atrajo su atención: al día siguiente iba a tener lugar un desfile de Chanel.

—¿Por qué no hacer reaparecer toda la gama de colores desde el autoproclamado centro neurálgico del buen gusto, el templo pagano de la moda? ¡Desde allí el color iluminará de nuevo al mundo!

—¡Y de forma duradera para nuestra felicidad y equilibrio! —había añadido Lucien, que vestía una camisa hawaiana.

Rápidamente Pierrette había echado mano a su teléfono.

—Conozco a un tal Karl que desde hace diez años se consume pensando en mi timbal de salmonetes a la verbena fresca y fruta de la pasión...

Así que Pierrette se había puesto manos a la obra en la cocina a cambio de

algunas invitaciones para los residentes y de una sesión de ensayos urgentes para Charlotte y Louise. Las patronistas, sastras y costureras habían trabajado a destajo toda la noche para terminar a tiempo los dos vestidos y coser de forma armoniosa el dibujo de Louise en la espalda del traje de novia.

Ahora todas están apiñadas entre bastidores contemplando, orgullosas, el efecto que han producido sus prendas en el público. Las modelos regresan a la pasarela para saludar y aplaudir rodeando al creador, y el efecto resulta impresionante: sus vestidos muestran ahora todos sus colores.

Por primera vez en un desfile de alta costura, el público, alborozado, hace de forma improvisada una ola.

Una inmensa multitud se ha congregado a la salida del desfile. Los parisinos acuden como si se tratara de fuegos artificiales. A su alrededor, Arthur no ve más que grandes muestras de alegría. Esa felicidad colectiva contrasta con la melancolía que le embarga. Por más que intente convencerse, ese sentimiento es más fuerte que él. Así que decide marcharse y tratar de abrirse paso entre la marea humana que llega a contracorriente. Al echar un último vistazo, distingue a Ajay, que estrecha a Louise y a Charlotte en sus brazos. Está demasiado lejos para oír la conversación, pero, de todas maneras, prefiere no oírla.

—Adiós, papá.

—*Repetir* otra vez, por *fivor* —le pide Ajay sacando su teléfono para grabar la voz de su hija.

—Adiós, mi papá.

Ajay saborea esas palabras con los ojos cerrados.

—*Thank you, Ajay. You are a very nice guy. We'll come to see you soon in New York* —añade Charlotte besándolo en la mejilla.

Las vacaciones de Ajay han terminado y su avión despegará en pocas horas. Está deseando volver a encontrarse con su taxi amarillo.

Con el corazón hecho trizas, Arthur aún lucha entre el gentío para alejarse de allí cuando nota una pequeña mano deslizarse en la suya. Da un respingo y descubre a Louise que ha conseguido alcanzarle escabulléndose entre la gente. Esa pequeña y cálida mano lo conmueve en extremo, haciendo que sus ojos se empañen súbitamente. La niña tira de su brazo en dirección a Charlotte. Pero

Arthur se resiste y empieza a despedirse de la pequeña acariciándole la cabeza.

De pronto advierte justo delante de Charlotte a un hombre mayor de origen asiático que se ha vestido de tiros largos, con un elegante traje color coral. Está escoltado por dos gorilas orientales. Arthur coge a Louise en brazos y se precipita hacia donde está la madre. Apenas le separan algunos metros y, tras propinar algunos codazos, por fin consigue poner la mano en el hombro de Charlotte. Al contacto de los dedos de Arthur, ella intuye que sucede algo raro.

—Le ruego que me disculpen, ¿son ustedes la señora y la señorita Da Fonseca? —pregunta el hombre mayor.

Charlotte se sobresalta imperceptiblemente.

—Así es. ¿Quién es usted?

—Mi nombre no tiene importancia, señora. Pero quería presentarle mis disculpas en persona. Dos hombres de nuestra organización se han comportado de forma inadmisibile con usted: puedo asegurarle que han actuado a nuestras espaldas. Se han saltado las jerarquías porque sabían de la importancia del color en nuestra cultura y creyeron que aceptaríamos hacer negocios con ellos. Nada nos ha pesado más que la desaparición de los colores. Hemos podido recuperar una buena suma de dinero ganada gracias a un dibujo realizado por su hija, en el que usted aparece retratada. Ese dinero le pertenece, querida señora —concluye señalando una mochila que tiene en sus manos uno de los guardaespaldas, ligeramente apartado.

—No quiero ese dinero. Pero pueden donarlo a la asociación de perros guía para ciegos, siempre están necesitados de fondos.

—Así se hará en su nombre, señora.

Hace una pausa antes de retomar con calma la palabra, con voz ahora más suave:

—Hay una última cuestión que desearía plantearle. Como sin duda

comprenderá, desgraciadamente no podemos entregar a esas personas a la justicia; sin embargo, merecen un escarmiento. Le concedo el honor de fijar su sentencia, puesto que ha sido a ustedes a quienes han ofendido. Por muy severa que esta sea, le doy mi palabra de que se llevará a cabo.

Charlotte se muerde el labio y reflexiona. El papa Juan Pablo II había visitado en prisión al hombre que le disparó con la intención de perdonarle, al igual que había hecho Nelson Mandela con aquellos que le encarcelaron durante más de treinta años.

—No quiero una solución radical —declara finalmente en voz alta—, pero...

—Una pena clemente sería el exilio a perpetuidad —propone el anciano de porte elegante.

—Tal vez yo tenga una idea mejor —interviene Arthur—. Se ha decidido pintar la torre Eiffel de rosa, y sé que Gilbert padece vértigo. ¿Por qué no proponerlos para que los contraten como pintores?

El asiático y Charlotte estallan en carcajadas.

Los miembros de la residencia abandonan las Tullerías en convoy. Un arcoíris como un semicírculo perfecto alardea en el cielo por encima del Sena, con un extremo sobre el museo de Orsay y otro sobre el Louvre. En el dos caballos de Pierrette van alegremente apiñados Lucien, Solange, Charlotte, Louise y Arthur. Los demás se han montado en el pequeño Fiat 500 de Simone. Varios vehículos de asistencia médica se han encargado de trasladar a los jubilados con alguna invalidez.

La radio del dos caballos retransmite una y otra vez un avance especial sobre los colores. Televisiones de todo el mundo han emitido el desfile de moda en menos tiempo del que se tarda en decirlo.

—Por fin cada uno de nosotros podrá admirar los colores «normalmente» —se extasía un periodista.

—Está equivocado —comenta Charlotte reajustándose el vestido de papel, un poco arrugado, que no ha querido quitarse—. Lo «normal» desde hace unos treinta años era no ver los colores.

—Es cierto que la manera de cortejar del poeta Ronsard, al proponer a su amada ir a admirar el púrpura de una rosa, ya no forma parte de nuestras costumbres —señala, divertida, Solange.

—Peor aún, nuestra sociedad estaba insidiosamente empeñada en huir de los colores. Un falso blanco adornaba la mayor parte de nuestras paredes y un gris casi negro abarrotaba nuestros roperos —añade Charlotte.

En la radio una inquietante información interrumpe su conversación.

*Un extraño fenómeno parece haberse propagado por todo el mundo. Los*

*monumentos históricos poseen ahora colores más vivos. En Atenas, el Partenón presenta una apariencia roja, azul y oro. Los muros del castillo de Versalles se habrían revestido de una tonalidad amarillo huevo. Acaban de comunicarme que la Gioconda está irreconocible. La tez rosada, las mejillas sonrojadas, los ojos caramelo claro y el fondo de un azul resplandeciente.*

—¡Esos son sus colores originales! —exclama Arthur.

Se hace el silencio en el coche. Cada uno trata de entender lo que está sucediendo.

—¿Es posible que los colores ya estuvieran ahí y no les prestarais atención? —sugiere Charlotte.

Nuevo silencio.

—¿Quieres decir que los colores habrían empezado a desaparecer hace ya muchos años, a modo de castigo, porque habíamos dejado de contemplarlos? —reflexiona Arthur—. ¿Y que, por lo tanto, nuestra sensibilidad al color habría ido desvaneciéndose progresivamente, hasta el punto de que hasta que no han desaparecido del todo no nos hemos dado cuenta?

—Tal vez. Pero, ahora que todos os asombráis nuevamente ante ellos, vuestra percepción se ha agudizado tanto como la de nuestros antepasados o la de los animales que han seguido viendo esos colores. Por supuesto, solo es una hipótesis —continúa Charlotte—. Los científicos nos explican que los colores son ondas absorbidas y tratadas por nuestro sistema visual y luego por nuestro córtex cerebral. Pero, si contemplamos con atención esos mismos colores, esas ondas activan numerosas zonas de nuestro cerebro con consecuencias de las que somos apenas conscientes. El color tiene el poder de maravillarnos, sorprendernos, reconfortarnos, dinamizarnos, relajarnos, emocionarnos, hacernos más creativos y, por eso, irradia sobre nuestro

entorno. Basta pensar en el placer que sentís cuando os regalan unas flores y contempláis sus colores.

Arthur recuerda que Charlotte rechazó las suyas, pero no dice nada.

—En latín, «color» tiene la misma etimología que «*celare*», que quiere decir «ocultar» —añade Charlotte—. Para comprender el misterio de los colores no es suficiente con verlos sino que hay que observarlos.

—Tal vez los dioses se hayan sentido ofendidos al ver que éramos incapaces de apreciar su formidable trabajo como coloristas, y hayan querido así que nos diésemos cuenta —sugiere Pierrette, saltándose un semáforo en un tono naranja bien maduro.

—¿Quién sabe? De todas formas ahora sabemos que el color no es más que una ilusión. Tomemos, por ejemplo, el violeta y el rojo, que son los más alejados del espectro de la luz. ¿Cómo es posible que los percibáis tan próximos? Los neurocientíficos han descubierto recientemente que la zona cortical sensible al violeta es vecina a la que resulta activada por el rojo, con una ligera porosidad entre ambas.

—Yo tengo otra teoría —añade Arthur—. Cuando se fabrica una mina para los lápices de color, esta es blanca a pesar de los pigmentos, pero cuando entra en contacto con un agente revelador la mina adquiere su color. Tú, a tu manera, has desarrollado una increíble agudeza para el color, y has debido de transmitir esa sensibilidad a tu hija. Si a ello se le suma el don para la sinestesia de su padre, Louise, con sus inocentes ojos infantiles, se ha convertido en un revelador del color.

—No sé... Lo único cierto es que aún nos queda mucho por descubrir sobre la percepción. Tal vez algún día la ciencia encuentre una explicación racional a todo esto.

—¿Os importa si damos un rodeo por la catedral de Notre-Dame? Me

encantaría ver qué aspecto tiene ahora —propone Pierrette—. ¿Estamos todos de acuerdo? ¡Entonces allá vamos!

Ningún uniforme azul a la vista. Pone el intermitente y gira del todo el volante para hacer un brusco cambio de sentido, atravesando la línea blanca continua. El dos caballos está a punto de volcar pero milagrosamente permanece sobre las cuatro ruedas.

*Alerta en lemonde.fr:*

*El presidente de la República francesa acaba de declarar que el Holi, la festividad hindú, será a partir de ahora día festivo.*

Tras unos cuantos intercambios de mensajes, todos los residentes se han reunido en el atrio de la catedral, construida hace más de setecientos años. Allí descubren, maravillados, las columnas bermellón de los dos campanarios. La torre del rosario, ahora anaranjada, da una impresión de ligereza y de elevación. Los tres pórticos esculpidos están ahora totalmente coloreados con un predominio del bermellón y del color oro. Los batientes encastrados muestran una flamante tonalidad rojiza. Un poco más arriba, la policromía azul intenso, verde, dorada y coral de las veintiocho estatuas constituye una sublime invitación a penetrar en ese santo lugar. El esqueleto blanco de Notre-Dame de París ha recuperado su envoltura carnal.

—Vamos —dice Lucien un tanto febril puesto que está convencido de que lo más hermoso, la metamorfosis más espectacular, se encuentra en el interior de la catedral.

—Explícame los colores, Arthur —le pide Charlotte cogiéndolo del brazo.

En cuanto penetran en el templo, ella percibe un frescor ligeramente húmedo.

—¡Los hay por todas partes! En los muros, en todas las columnas, en las claves de las bóvedas, los techos. Por todas partes. Hay muchos azules, verdes, amarillos, naranjas, rojos y oro. ¡Y los colores son tan vivos! ¡La luz parece irreal! Da la impresión de que las vidrieras son fluorescentes. Es como darse una ducha de colores.

—¿Es como estar en una discoteca?

—Una discoteca un tanto particular en lo que respecta a la decoración...

Por todas partes, alrededor del coro, pueden verse tallas pintadas. Una sucesión de escenas archicoloreadas que explican los evangelios.

—Es un curso de catecismo para aquellos que no saben leer. Un poco como el origen de los tebeos.

—Un tebeo con colores mucho más profundos.

—Los buenos impresores te dirían que son capaces de reproducirlos en litografía.

Arthur reconoce una cabeza familiar.

—¿Adivina a quién estoy viendo delante del altar?

—¿A quién?

—¡Al arzobispo de París!

—Vayamos a saludarlo.

Charlotte se aferra al brazo de Arthur y ambos avanzan por el pasillo principal. Él está feliz. No ha bebido una gota de alcohol desde hace meses y no siente necesidad de hacerlo. Sin ninguna duda se trata de un caso de vasos comunicantes entre la fe y el corazón...

Entonces advierte que todos los miembros de la residencia están sentados en la primera fila, en las sillas perfectamente alineadas. El arzobispo, vestido con una casulla de color amatista, los acoge con serenidad. Charlotte, que ha percibido su presencia, baja la cabeza en señal de respeto.

De pronto, mientras el órgano comienza a sonar, Arthur se da cuenta de la situación. Está delante de un clérigo, ante el altar de un lugar de culto, llevando del brazo a una mujer que viste un traje de novia. «Es una encerrona», se dice. Puede sentir las miradas a su espalda. Todos sabían que los colores originales iban a reaparecer y habían previsto la visita a Notre-Dame. Entonces contempla el maravilloso perfil de Charlotte que, notando su mirada, le guiña el ojo por encima de sus gafas de sol. Arthur distingue a Solange que, sentada en medio de los miembros de la residencia, le manda un

beso con la punta de los dedos. Un segundo después, adivina a Louise, a un lado. La niña le presenta mal que bien un cojín rojo amapola tan grande como ella y sobre el cual reposan dos anillos en oro limón.

«No lo he visto venir, realmente no veo nada —se dice—. Qué afortunado soy si ella acepta prestarme sus ojos.»

—¡Sí! —exclama con el corazón de color granada anticipándose a la pregunta ritual del arzobispo, flanqueado por su mitra con reflejos iridiscentes.

Sueña tu vida en colores, es el secreto de la  
felicidad.

WALT DISNEY

## Agradecimientos

A mi mujer Élodie, la más hermosa de las musas.

A mi hija Capucine (a quien le ha encantado esta historia, excepto la escena de amor que la habría traumatizado, según la musa antes citada...).

A Anna Pavlowitch, quien, al igual que en mi primera obra *El asombroso mundo de los colores*, confió en mí y puso toda su energía y buena voluntad para que este libro llegara a los lectores.

A Louise Danou, mi directora literaria, que con su enorme talento ha afilado sus lápices. (En cuanto a ella, no he perdido la esperanza de que algún día deje de vestirse de negro.)

Al lingüista Bertrand Verine, presidente de la Federación de ciegos y ambliopes del Languedoc-Roussillon, al profesor Hervé Rihal y al escultor Doris, cuyos consejos me han sido de enorme ayuda a la hora de sumergirme en un personaje invidente.

A François Durkheim, el director artístico a quien debemos la preciosa portada de la edición original francesa.

A mis primeros lectores, Sophie Borrie, Denis Boute, Anne-Cécile Lanchon, Bibiane Deschamps, Laure Vouzellaud, Annie Mollard-Desfour, Sandrine Cœur-Bizot, Dorothee Rothschild, Cécile Pivot, Erwan Leseul y Corine Quentin, cuyos ánimos me han quitado un enorme peso de encima (no hay nada más angustioso que escribir una novela y esperar a la reacción de los amigos).

A Alain Timsit, el más maravilloso y puntilloso de los agentes.

A Pascal Mollaret, mi «hermano» aveironés-nipón.

A Arthur y sus abigarrados pantalones indios.

A todos aquellos a los que me he olvidado de citar y que, al ser personas cercanas, no me lo tendrán en cuenta.

Y finalmente a Adeline Coursant, directora del Centro de transcripción y edición en braille. Gracias a ella, todos aquellos que han contribuido en este libro se sentirán felices y orgullosos de que una novela haya sido publicada primeramente en braille para lectores que nunca han podido ver los colores más que con el corazón.

**Una novela que es como un arcoíris: unos personajes carismáticos, una premisa original, magia, intriga y aprendizaje sobre la simbología de los colores.**

**Una atractiva historia rica en matices, para el deleite de los sentidos.**



Un día misteriosamente los colores empiezan a desaparecer. Así, sin más. Nadie sabe por qué, ni tan siquiera los científicos son capaces de encontrar una explicación razonable. La comida resulta insípida a la vista, la ropa se ha vuelto uniforme, los diseñadores se desesperan, todo es más aburrido, monótono y triste, y la economía se va a pique. En definitiva, la vida sin colores es deprimente.

En este nuevo mundo en blanco y negro, Arthur, empleado de una fábrica de lápices de colores, conoce a su vecina, Charlotte, una bella locutora de radio ciega de nacimiento que paradójicamente es una científica especializada en el color. Esta curiosa pareja se embarcará en una arriesgada aventura junto a la hija de Charlotte, una niña con un don especial que podría devolver el ansiado color a la humanidad.

**Después de leer esta novela deliciosa, no volverás a percibir los colores de la misma manera. Una historia para aquellos que ven con el corazón.**

**La crítica ha dicho...**

**«El día que amaneció sin colores es un rayo de sol.»**

*Aveyron*

**«¡Una lectura llena de color que te alegrará el día!»**

*Fémi-9*

**«Una novela entretenida y alegre que hará que nos olvidemos de la monotonía gris de lo cotidiano y nos permitirá devolver el color a nuestras vidas.»**

*Biblioteca Magazine*

**«Una historia con tanta imaginación, que verás el mundo a través de otros ojos.»**

*Freudin*

**«Una verdadera joyita.»**

*Lecteurs*

**Jean-Gabriel Causse** (Rodez, 1969) es un escritor francés, publicista y diseñador especializado en los colores. Sus estudios abordan el color no solo desde el punto de vista estético o de la moda, sino también la influencia que este tiene sobre nuestras percepciones y comportamientos. Miembro del Comité francés del color desde 2007, Causse goza de gran prestigio profesional e internacional como especialista cromático trabajando para importantes marcas de moda y multinacionales como Ikea. Asimismo, Causse es autor del exitoso ensayo *El asombroso poder de los colores* (El Ateneo, 2015), traducido en dieciocho países. Ahora presenta su primera novela *El día que amaneció sin colore*, que se traducirá a quince idiomas y cuyos derechos audiovisuales ya se han vendido para una gran producción internacional.

Título original: *Les Crayons de couleur*

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2017, Jean-Gabriel Causse

Autor representado por Alain Timsit – Melsene Timsit & Son, Scouting and Literary Agency

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Paz Pruneda, por la traducción

Diseño de portada: Lookatcia.com

Fotografía de portada: © SBK\_20D Pictures / Gettyimages

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5754-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

El día que el mundo amaneció sin colores

1. Érase una vez en el planeta azul...
2. O cuando el amarillo nos confunde
3. El día en que todos los gatos son pardos
4. Cuando los árboles son azules
5. Cuando se advierte que el vino rosado en realidad es naranja
6. Cuando se conoce la existencia de una voz absoluta
7. Cuando se presenta la ocasión de abrir una buena botella de tinto
8. Cuando se confirma que el rojo es un color cálido
9. Cuando un cerdito se va de pícnic
10. Cuando se descubre que la señora de los lavabos más encantadora de París no tiene nada de señora
11. La noche en que empezaron a llover naranjas, plátanos y manzanas
12. Cuando se descubre que el arcoíris está compuesto por setecientos mil colores

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jean-Gabriel Causse

Créditos